



Aprendiendo a amar a tu lado

MARICEL S. CASIMIRO

t!
(tinta libre)
ediciones





Tomás es un chico inmerso en su profesión, rodeado de amigos y familia. Ha pasado por muchas cosas, como todos. Una lesión, un amor caótico y el dolor por la pérdida de un ser amado lo llevan a transitar momentos delicados e inesperados que son apaciguados por las matemáticas, por el poder crear sabores con la comida y los clásicos partidos de fútbol compartido con sus amigos. ¿Por cuánto tiempo podrá ignorar lo que verdaderamente le duele?

En un momento inesperado, conoce a Lina, una chica dulce, soñadora y dispuesta a cumplir sus sueños. Ninguno de los dos se imagina que, con el tiempo, serán tan importantes el uno para el otro. Sin duda el amor es un sentimiento base en la vida de muchos, ¿ellos lo experimentarán?

Aprendiendo a amar a tu lado te invita a disfrutar de la amistad, las charlas entre amigos y del amor.



t!
(tinta libre)
ediciones



Producción editorial: Tinta Libre Ediciones
Córdoba, Argentina
Coordinación editorial: Gastón Barrionuevo
Corrección: María Laura Cerrella
Diseño de tapa: Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones.
Diseño de interior: Departamento de Arte Tinta Libre Ediciones.

Casimiro, Maricel Sabrina
Aprendiendo a amar a tu lado / Maricel Sabrina Casimiro. - 1a ed. - Córdoba : Tinta Libre, 2024.
208 p. ; 21 x 15 cm.
ISBN 978-987-824-931-5
1. Narrativa Argentina. 2. Novelas. 3. Novelas Románticas. I. Título.
CDD A863

Prohibida su reproducción, almacenamiento, y distribución por cualquier medio,
total o parcial sin el permiso previo y por escrito de los autores y/o editor.

Está también totalmente prohibido su tratamiento informático y
distribución por internet o por cualquier otra red.

La recopilación de fotografías y los contenidos son de absoluta responsabilidad
de/l los autor/es. La Editorial no se responsabiliza por la información de este libro.

Hecho el depósito que marca la Ley 11.723
Impreso en Argentina - Printed in Argentina

*Para mi mamá y mi papá, quienes me dieron la vida,
y gracias a eso puedo disfrutar del arte de escribir.*

*Para mi hermana,
quien me inculcó el amor hacia la lectura.*

*Para mis abuelos: Desi, Mari, Manuel y Luci,
y mi tía Emi, que siempre están a mi lado.*

Para Amby, mi pequeño ser de luz.

*Para Mechi, Cata, Naty, Taty, Nico y Charly,
quienes me recordaron el significado de la valentía
y de creer en los sueños.*

*Para mis infinitos (amigos y familiares),
que me apoyan y me ayudan a brillar.*

Aprendiendo a amar a tu lado es una novela argentina que se basa en las emociones confusas, pero que al fin son aclaradas por diferentes sucesos que demuestran, una vez más, que el amor y la amistad existen en cualquier lado.

Anónimo

Hermosa y atrapante historia de la vida cotidiana sobre cómo el amor y la amistad nos atraviesan y nos ayudan a evolucionar y a ser mejores personas. Novela llena de dulzura que traslada al lector a la adolescencia y a los grandes vínculos que se crean durante la misma.

Belén Vietti

Aprendiendo amar a tu lado, una historia que refleja la importancia del amor en nuestras vidas y cómo este nos ayuda en el aprendizaje continuo del día a día. Personajes e historias que nos representan en algún punto, sintiendo empatía por los mismos. Con una redacción atrapante que te invita a continuar leyendo.

Agostina Tinnirello

Aprendiendo a amar a tu lado

En la vida hay personas y personas, algunas se van y otras se quedan en el corazón, pero hay algo que es seguro: te enseñan. Somos grandes maestros y muchas veces ni nos damos cuenta.

Tomás Greco

CAPÍTULO 1

Yo

Todos tenemos una historia, nuestra impronta en esta vida, y cada uno es quien es de acuerdo a lo que le tocó vivir. Me costó mucho entender mi vida, mi forma de ver las cosas; lo bueno es que fui encontrando gente en el camino que me ayudó y me dio ese empujón para no tenerle miedo a mi pasado y a mi futuro. Me enseñó y me enseña a vivir y a disfrutar el hoy.

Mi nombre es Tomás Greco, tengo veinticinco años y soy profesor de Matemáticas. Desde chico siempre me han gustado los números, ellos me han dado una mano durante un buen tiempo. Ellos no se equivocan, son exactos hasta para tener comas. Son tantos que ni te sientes solo cuando estás concentrado en ellos; te hacen pensar, razonar y te desafían a que seas mejor, porque para ellos no existen límites. Hasta me han ayudado en un momento de vida y no vida, pero, bueno, ese es un pasado oscuro que no me interesa razonar en este instante. Hoy en día pienso en cómo mejorar mis habilidades, es por eso que comencé un curso de gastronomía. La cocina, además de tener relación con los números, es como mi cable a tierra, una forma de relajarme y compartir algo que me gusta con amigos y familia.

Aparte de todo eso, me gusta correr y jugar al fútbol. No me llama la atención ningún club en particular. El simple hecho de ver rodar la pelota en cualquier cancha ya es un disfrute. Eso sí, con lo único que soy meticuloso o jodido es con todas mis camisetas: sean del club que sean, tiene que estar el número 3. Cosas mías que en algún momento contaré.

Mi familia siempre me ha acompañado en cada situación en que me tocó enfrentar la vida. Me bancaron y ¡cuánto! También están los amigos, esos incondicionales que no te sueltan las manos hasta que te ven levantado. Te acompañan y cuidan. Son esos *cracks* que te brindan su tiempo las veinticuatro horas del día. Y bueno..., también tuve mis novias; no fueron muchas, pero aprendí de ellas lo bueno y lo no tan bueno. No soy un ganador con las chicas, me han gustado muchas y varias me han rechazado porque dicen que buscan a alguien que sepa expresar lo que siente y no lo que piensa. Pero, bueno, sé que tienen razón. Siempre di lo que podía dar, y por eso me han dejado y yo también he dejado. Hasta que llega alguien que te acomoda y desacomoda los números de una forma para nada racional y para todo emocional...

CAPÍTULO 2

Los pibes

Kevin

Con Kevin nos conocemos desde el jardín de infantes, éramos vecinos hasta que sus papás compraron una casa a cinco cuadras de la mía. Me acuerdo de que, cuando le tocó mudarse, fue algo muy trágico para nosotros. Teníamos siete años y pensábamos que ya no íbamos a ser más amigos, que no íbamos a poder hacer pijamadas o jugar a la pelota. Hasta que, unos días antes de mudarse, mi abuela nos llevó desde mi casa hasta la nueva casa de Kevin.

Las cuadras son largas por mi barrio, no era tan difícil el camino. Pero, en ese entonces, a Kevin y a mí nos gustaba juntarnos hasta para hacer la tarea; así que, cada vez que íbamos de una casa a otra, dejábamos marcado el camino con unas piedras de diferentes colores. Era divertido, nos sentíamos unos exploradores. Hasta que crecimos y ya no necesitábamos señalar el camino.

Kevin siempre fue mucho más expresivo que yo en cuanto a lo sentimental. Recuerdo que, cuando tomamos conciencia de que no estábamos tan lejos de nuestras casas, él me abrazó y me dijo que íbamos a seguir siendo amigos; yo solo me quedé quieto y me reí, pero sinceramente, también, estaba emocionado. Hasta el día de hoy, somos un gran dúo, grandes compañeros, siempre estamos el uno para el otro. Fuimos dos hasta que llegó Javi.

Javier

Con Javi nos conocimos en tercer grado. Era el primer día de clases y, como es costumbre, en el colegio siempre presentan a los chicos nuevos en la formación antes de entrar al aula. Y entre ellos había uno que lloraba mientras estaba abrazado a su mamá; Kevin y yo no entendíamos muy bien qué le pasaba. Nosotros nunca fuimos de llorar en el colegio, pero hoy en día pienso que eso fue así porque sabíamos que ambos nos acompañábamos.

Cuando entramos al aula, la seño presentó a dos niñas y a dos niños, pero cada tanto salía fuera del salón y no entendíamos el motivo. En un momento, nos pidió su atención y nos dijo que teníamos un compañero más al que le costaba integrarse. En eso apareció Javi de la mano de su mamá, se notaba que había llorado mucho. La seño tomó su mano y lo invitó a pasar. Mientras miraba dónde se podía sentar, Kevin levantó la mano y le dijo que detrás de nosotros había un asiento libre junto a otro compañero y que, si Javier quería, él podía mostrarle el colegio, así se sentía más cómodo.

Siempre admiré ese compañerismo de Kevin, siempre fue muy humano y servicial con todos; no le gusta ver mal a los demás y siempre busca la forma de poder solucionar los problemas. No es para menos: muchas veces salió como mejor compañero y mejor alumno, siempre fue aplicado y dedicado con sus estudios. Para mí es un *crack*.

Volviendo a Javi, estuvo unos días con problemas para integrarse por el hecho de que lloraba mucho. Hubo veces en que lo llevaron al equipo de psicólogos y psicopedagogos del colegio. Hasta que un día la seño llamó a mis papás y a los de Kevin. Nosotros nos rompimos la cabeza pensando qué macana nos habíamos mandado; la verdad es que estábamos muy asustados.

Cuando nos avisaron que pasáramos al aula, no sabíamos qué nos esperaba; mi mamá nos miró a ambos y nos dijo que la seño le había contado sobre la situación de Javi. Resulta que Javi se había mudado al barrio unos días antes de comenzar el colegio y que, por cuestiones de trabajo, su papá había tenido que irse fuera del país; eso lo tenía muy triste y, por ende, le costaba dejar ir a su mamá porque tenía miedo de que no volviera. La seño nos preguntó si teníamos problema con que Javi formara parte de nuestro dúo; nos reímos porque, para nosotros, Javi ya era nuestro amigo, solo que no nos animábamos a invitarlo a nuestras casas porque pensábamos que no iba a querer ir.

Así que, desde ese día, pasamos a ser tres amigos y, con el tiempo, tres hermanos.

Noelia

Cuando pasamos al secundario, teníamos una materia que se llamaba: “Expresa lo que sientas”. Yo no era muy bueno en eso, así que agradecía tener a Javi y a Kevin, quienes les daban un toque de sentimiento a nuestros escritos. Pero hubo una vez en que teníamos que ser un grupo de cuatro personas y no sabíamos a quién íbamos a integrar. Javi se llevaba muy bien con la mayoría de los chicos del curso —sí, Javi, el que en tercer grado no se animaba a hablar con otros, con los años y con la ayuda de muchos, se había ido integrando y logrando una gran convivencia con todos— y era muy amigo de una chica llamada Noelia. Nos comentó que le *coparía* que formara parte del grupo, que era piola y tranquila. A Kevin y a mí no nos molestaba, así que le dijimos que no había problema.

Ese día, en la clase, Noelia se sentó con nosotros, y la verdad es que demostró ser una persona muy agradable, con grandes ideas y motivaciones. Me *copaba* su energía y su forma de aceptar y adaptar las ideas de otros. A partir de ese día, Noelia pasó a ser Noe, y lo más *copado* para nosotros era que le encantaba jugar al fútbol. Hasta la invitamos a participar de los partidos de los sábados en la cancha del barrio. Al principio, a los demás chicos les parecía una locura que una chica jugara con nosotros, pero Noe era tan buena que los dejó boca abierta, y eso dio lugar a que más chicas se nos unieran a jugar. Noe siempre tuvo eso de ser revolucionaria y de abrirles la cabeza a los demás.

Tatiana

Cuando íbamos a noveno grado, que hoy en día es el segundo año de secundaria, nos llevaban de excursión a distintas partes de la ciudad. Una vez nos tocó ir con el profesor de Biología y teníamos que formar grupos de cinco personas. Con los chicos no sabíamos con quién trabajar y, mientras pensábamos, Noe nos dijo que ella era amiga de una chica llamada Tatiana, que podría invitarla a que se uniera a nosotros.

Tatiana había ingresado el año anterior, junto con otros chicos, al colegio. No había tenido

relación con ella hasta ese momento. Noe fue a hablar con ella para ver qué onda y, cuando volvió, nos dijo que estaba todo bien, solo que si podíamos hablar con el profe para ser seis en vez de cinco. Le preguntamos por qué y Noe nos dijo que Tati tenía a su amiga que estaba de viaje y que volvía dentro de unos días, y no quería que se quedara sin grupo. Con los chicos nos miramos dándonos a entender que estaba todo *OK*.

Kevin habló con el profesor, quien nos aceptó la idea de tener un integrante más en el grupo. Ese día Tatiana compartió la excursión con nosotros y la pasamos rebién. Era graciosa, divertida, con sus ideas locas y no tan locas; tenía esa particularidad de analizar y buscar el porqué a todo.

Cuando volvimos de la excursión, durante esa semana, nos juntamos en su casa; era un lugar muy agradable, estudiábamos y nos reíamos. En un momento, a Kevin se le ocurrió preguntarles a Noe y a Tatiana de dónde se conocían. Resulta que ambas iban al mismo club de fútbol, así que, como se imaginarán, Tati, además de ir con nosotros al cole de lunes a viernes, pasó también a juntarse con nosotros los sábados.

Unos días antes de presentar el trabajo de Biología, su amiga Macarena volvió de viaje. Pero, bueno, de ella les contaré más adelante...

CAPÍTULO 3

El clásico de los sábados

Después del clásico partido de los sábados con las chicas y los chicos, nos gusta organizar un tipo de fiesta o buscar ser invitados a alguna por el barrio y ver en qué podemos ayudar. Es nuestra forma de distraernos y disfrutar del fin de semana. Somos como veinte pibes y pibas cuya relación es directamente proporcional al gusto por la pelota. De todos ellos, como saben, Javi, Kevin, Noe y Tati son mis amigos que fui reuniendo durante diferentes etapas de mi infancia y adolescencia. Son cuatro pibes que valen más que cualquier otro número que pueda existir. Juntos formamos un quinteto que, como dice el refrán, se acompaña en las buenas, y en las malas mucho más.

Cuando terminamos de jugar con los chicos, dejamos la cancha ordenada. Yo siempre me encargaba de acomodar las pelotas en el vestuario y, como de costumbre, después de cada partido, al ver que estaba solo, le di las tres clásicas caricias y las gracias a mi rodilla derecha, hasta que entró Kevin:

—Perdón, ¿interrumpo algo? —preguntó Kevin tosiendo.

—No jodas, pasá. Me ves haciendo esto hace años y seguís haciendo el mismo chiste o intento de chiste —contesté.

—Ja, ja, ja, ja, tranqui, Tomás, nadie se va a enterar de tu romance con tu rodilla, ¿Cuánto llevan?, ¿siete u ocho años? —respondió Kevin.

—El próximo mes cumplimos nueve años —contesté.

—Fuaaaa, es la que más te duró. Si trataras a las chicas con los mismos sentimientos que a tu rodilla, seguro no te acusarían de ser “tan racional”. Ja, ja —contestó Kevin.

—Mi rodilla es mi rodilla, las chicas son las chicas. Por ahora no quiero nada con nadie, con mi rodilla estoy bien.

—Ja, ja. Sí, Tomás, todos decimos eso. Che, hablando en serio, ¿qué hacemos hoy? ¿Nos armamos una juntada con guitarras, birras y sándwiches en lo del abuelo de Toto o pinta ir a bailar...? —consultó Kevin.

—No sé, podríamos...

En ese momento apareció Javi.

—¡¡Pibes!! ¿Ya ordenaron todo? ¡¡Vamos!! Ya organizamos algo —dijo Javi muy contento.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Kevin.

—A Toto y a Euge les avisaron de un asado en casa del Pupi. Quedamos en poner parte del asado, así que vamos. Nos pegamos un baño, y ¡¡a la joda!! —respondió Javi.

Pupi es uno de los chicos del barrio. En su casa siempre se arman grandes fiestas y se la pasa

rebién, es el único lugar donde nos juntamos varios exalumnos del Colegio Nacional N.º 823. Así que cerramos la cancha y cada uno se fue a alistar en su casa, y quedamos en encontrarnos en la esquina de la vivienda de Javi.

Cuando se armaban estas juntadas, siempre caíamos los tres: Javi, Kevin y yo. Noe y Tati iban después porque tardaban un poco más en alistarse...

—Qué buen partido el de hoy, el gol que metió Sonia de media cancha estuvo espectacular —comentó Kevin.

—¡¡Estuvo de diez!! Sonia se tendría que haber dedicado al fútbol. ¿Vos qué pensás, Tomás? —preguntó Javi.

—El gol estuvo bueno y, por lo otro, creo que Sonia está bien con lo que estudia. Siempre dijo que el fútbol no es su gran pasión, lo hace de *hobby* —respondí.

—Ajá, ¿qué te pasa? Te noto medio decaído —preguntó Javi.

—Ya saben, a veces me siento así —contesté.

—Embolante. Ja, ja —agregó Kevin.

—Ja, ja, ja, ponele, solo quiero ir a dar una mano con el asado y despejarme un rato —comenté.

—Si vas a estar en la parrilla, entonces voy a comer de diez —dijo Kevin muy convencido.

—Yo también, y quiero tomar un rato y bailar —respondió Javi.

—Vos querés ir y ver si está Malena. Ja, ja —comentó Kevin de forma irónica.

—Uhhhhh, Malena. Esa chica es un fuego, no puede estar más buena. Hace dos años que vengo mirándola y ni el número de *cel* puedo conseguir —contestó Javi.

—Lo conseguirías si te acercaras a ella y se lo pidieras —le respondí a Javi de forma muy directa.

—Oh, como si fuera fácil. Casi nadie se le quiere acercar, aparte te mira con esos ojos de cielo y te deja bobo. Pero, bueno, quién sabe, tal vez hoy es mi noche. Ja, ja, ja —contestó Javi.

Malena es una piba un año menor que nosotros, iba a nuestro mismo colegio. Es la típica chica linda, popular que más de una vez salió reina de su curso. Y, siendo sincero, es una chica impactante, simpática. Nunca he visto que haya tenido problemas con nadie y, aparte de eso, para mí no es para nada creída, aunque algunos piensan que sí y que por eso no sale con ninguno del barrio.

A Javi le gusta desde hace dos años, cuando nos reencontramos los exalumnos en la fiesta que realiza el colegio todos los años, la cual es dentro de una semana. Y, en cada celebración, dice que le va a hablar, pero la realidad es que no lo hace, así que con Kevin siempre tratamos de darle una mano, aunque Malena nunca se detiene a conversar con nosotros.

Llegamos a la fiesta, había luces y música a todo lo que daba. Es un ambiente muy familiar y nos reciben con la mejor onda. Claro está, Pupi siempre me pide que vaya a dar una mano con la comida; según él, el mejor asado lo hago yo.

Cuando entramos nos encontramos con la sorpresa de que Noe y Tati estaban en la fiesta, así

que tomamos algo con ellas y luego cada uno se fue a su zona de confort.

En la parrilla siempre estaban don Robert —papá del Pupi—, Dani, Rafa y Tito, chicos del barrio.

—¡¡Eh, Tomás!! ¿Cómo estás, hijo? Ya te estaba extrañando por acá, me hace falta la mano de un maestro —dijo don Robert muy contento al verme.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Qué dice, don Robert! Si usted es el capo del asado —respondí de forma halagadora.

—Puede ser, pero siempre es bueno la mirada de alguien un poco más joven. Además, mis ayudantes se la pasan comiendo ja, ja —dijo don Robert mientras miraba a los chicos.

—Eh, don Robert, ¿por qué así? Por lo menos, no lo dejamos aburrirse—respondió Rafa riéndose.

—Eso sí, es verdad. Bueno, muchachos, ahora que llegó Tomás, me voy a dar una vuelta por la cocina para ver cómo van las ensaladas —respondió don Robert.

—¡De una! Vaya tranquilo, que acá queda el mejor de nosotros: yo. Ohhhh, nada que ver ja, ja, ja, ja. Conmigo comemos mañana ja, ja, ja, ja —respondió Dani.

—¿Cómo andás, Tomás? Alto partido el de hoy, ¿no? —preguntó Tito.

—¡Ni hablar! El gol de Sonia estuvo espectacular, quedará para la historia —respondí.

—¡Viste, hermano! ¡¡Qué golazo!! Me casaría con Sonia solo por sus goles, cada tanto se manda cada uno —dijo Tito emocionado.

—Ja, ja, ja, ja, ja, vos no te casás ni aunque te paguen —comentó Rafa.

—Bueeee, tampoco así. Sonia es buena mina, aunque a veces es medio antipática —respondió Tito.

—Hablando de antipáticas, llegó la reina de ellas —comentó Dani señalando con el dedo la entrada al patio de la casa.

Los cuatro miramos hacia la entrada y estaba Malena junto con su grupo de amigos. Inmediatamente, busqué a Javier y a Kevin. Pero ambos estaban entretenidos con los chicos que tocaban la guitarra, así que Malena podía esperar.

—A mí no me parece antipática. Las veces que la crucé, siempre me saludó de diez —comenté muy convencido.

—Capaz que quiere algo con vos, ¿te imaginás? Tom, ganándose a la mina más mirada del cole —respondió Dani mirándome a los ojos.

—Ja, ja, ja, ja, na, ni ahí saldría con ella —respondí.

—¿Por qué? Me llega a tirar onda ¿y sabes cómo levanto vuelo? ¿O es por códigos con Javier? —preguntó Tito.

—Ja, ja, ja, ja, más allá de que a Javier le mueve el piso, no saldría con ella porque... no sé, no es mi tipo —contesté.

—Ja, ja, no es mi tipo, está buena esa. Es el tipo de todos, ¿qué pibe no quiere una mina como ella? Aparte a Javier no le mueve el piso, le mueve hasta los huesos ja, ja —agregó Rafa.

—No te voy a negar que está buena, pero me parece reantipática y creída. No la vi con ningún

vago de acá y, supuestamente, dicen que sale con uno de zona norte. Como dicen, los chetos con los chetos —comentó Rafa mientras se cruzaba de brazos.

—Bue, hablando de minas, quiero hablar con Lina —agregó Tito.

—¿Te la querés levantar? —preguntó Rafa.

—¿Quién es Lina? —consulté pensativo.

—Na, no me la quiero levantar. Ella tiene mucha cabeza para la nuez de cerebro que tengo yo ja, ja. Lina es una amiga de Malena. Hace unas semanas estuvo en Europa y tengo ganas de preguntarle qué lugares están buenos para ir a visitar —respondió Tito.

—Miralo vos, Tito se va de viaje por el mundo —contestó Dani moviendo la cabeza.

—Y sí, hermano, en el laburo me van a dar un plus y un gustito me quiero dar —respondió Tito.

—Me parece genial. ¿Y por qué no la llamás, así le consultás? —pregunté.

—Tranqui, hermano, Lina es media tímida y recién llega a la fiesta. Que se acomode un toque y después hablo con ella —respondió Tito mientras se tomaba una cerveza.

Con los chicos nos quedamos conversando de mil cosas, hasta que estuvo el asado. Luego de eso, servimos la comida, todos quedaron satisfechos. Y, como es de costumbre, siempre dan un aplauso al asador, que en este caso fui yo. No es un momento que me agrada mucho, pero, bueno, siempre dibujo una sonrisa en mi cara como para agradecer. La fiesta sigue: cantan, bailan, se ríen, pasamos un buen rato. Después, con Tati, nos juntamos en la parrilla para limpiarla...

—Espectacular el asado de hoy, Tomás, ¡eh! ¡Te luciste! —comentó Tati mientras se limpiaba las manos con una servilleta.

—Es el que hago siempre, tampoco es para tanto —respondí.

—Ohh, ¡dale! A veces, está bueno reconocer que hacemos cosas geniales —contestó Tati.

—Hago las cosas porque las tengo que hacer, tampoco es para tanto —respondí sonrojado.

—Ja, ja, ja, ja, está bien, está bien, tampoco te emboles —agregó Tati.

En ese momento, sentí que se me cayó el tenedor con el que había hecho el asado y, cuando me di vuelta, estaba Malena. Me quedé un poco duro cuando me miró; tiene esos ojos que te dejan quieto un rato, pero por suerte estaba Tati.

—¡Eh! Male, ¿qué onda? ¿Cómo la estás pasando en la fiesta? Hace una semana que no te veo por el barrio, ¿te fuiste de viaje? —preguntó Tati.

—Ahora que estoy acá, la estoy pasando de diez ja, ja. Na, de vacaciones no, me fui estos días a zona norte a ver a mis parientes. —En ese momento, volvió la mirada hacia mí y me dijo—: Tomás, se te cayó el tenedor. Quise llegar antes que se cayera al piso, pero no llegué, ja, ja —respondió Malena.

—Ah. —Estaba como tonto—. ¡Gracias! No te hubieras molestado.

—¡De nada! ¿Y por dónde anda Tito? Lina lo está buscando para hablar un poco del viaje —respondió Malena.

—Ahora le mando un wasap para que se acerque a la parrilla. Por lo menos, en este lugar nos podemos escuchar —contestó Tati mientras buscaba su celular en su bolsillo del pantalón.

—¡De diez! Ahora le digo a Lina que venga para acá —respondió Malena.

Por un momento dirigí la mirada hacia donde estaban los chicos. Javi me saludaba con las manos junto a Kevin, los dos se reían, y obviamente Javi me hizo señas para ver si podía conseguir el celular de Malena.

—¿Y a quiénes tenés en zona norte? —le pregunté a Malena.

Pregunta media tonta, pero necesitaba tener una charla con ella.

—A unos tíos —contestó mientras esperaba a que llegara su amiga, supongo; mucha bola no me daba y era cortante, pero tenía que encontrar la forma de que la conversación fuera más fluida.

—Mirá vos, ¡qué bueno! ¿Y qué tal estos años después del colegio? —pregunté.

—¡Genial!, me faltan pocas materias para recibirme. Esperá, bancame un toque, ahí vengo. —Se fue entre los que bailaban, tomó de la mano a una chica y volvió con nosotros—. Chicos, les presento a Lina.

Tanto Tati como yo la saludamos. Malena la miraba con mucho aprecio, la presentó de una forma muy cálida y hasta con cierto orgullo.

—Lina, ellos iban a un grado más que nosotras en el colegio, y Tomás es el que hizo el asado, que por cierto estaba riquísimo —comentó Malena.

—Hola, chicos, es un gusto saludarlos. Tengo un leve recuerdo de ustedes por el colegio. No sé si se acuerdan de mí porque, por lo general, me la pasaba en el aula —respondió Lina.

—Obvio que sí, vos te ganaste una beca para la facultad. A veces, me preguntaba qué tal te estaba yendo porque la verdad es que siempre los comentarios eran que ¡eras un bocho! —respondió Tati.

—¡Es un bocho! Y, aparte, es la mejor de todas para mí —agregó Malena muy contenta.

“Sí, Malena tiene una cierta admiración por su amiga”, pensé mientras las observaba.

—¿Y qué estudiaste? —pregunté.

—Bioquímica y ahora tengo pensado hacer algún máster —respondió Lina.

—¡¡Genial! ¿Acá o fuera del país? —preguntó Tati.

—Por ahora por acá, quiero disfrutar un tiempo más de mis seres queridos. Ah, por cierto, ¡gran asado, Tomás! ¿Y vos qué hiciste de tu vida? —indagó Lina.

—¡Gracias! Yo soy profesor de Matemáticas y doy clases en la primaria del colegio y, además, estoy haciendo un curso de gastronomía —contesté.

En ese momento, llegó Tito un poco mareado o demasiado como para tener una conversación con Lina. Ella se dio cuenta, así que le dijo que le pasara su número para poder enviarle unas páginas y que mirara tranquilo los lugares que podía ir a visitar, y que siguiera disfrutando de la fiesta. Obviamente, Tito se lo reagració y se fue con los chicos.

Yo, por un lado, necesitaba conseguir el celular de Malena, así que tenía que pensar rápido porque la fiesta se acababa y las chicas ya se querían ir a su casa.

—Lina, ¿te molestaría ayudarme a llevar unas cosas a la cocina? —pregunté.

Me sentí raro porque las chicas podían pensar que me la quería levantar. Pero, bueno, era por mi amigo.

—Eh, sí, claro, no tengo problema. Male, bancame, ya vengo y nos vamos a casa —contestó Lina.

Miré a Tati para que revisara su *celu*, ya que le había mandado un wasap explicándole lo que necesitaba.

—Buenísimo, ¡gracias! —respondí.

Mientras ordenábamos las cosas de la cocina, pude charlar un poco con Lina. Era muy agradable y simpática, no parecía tan tímida como había dicho Tito. La verdad es que nuestra conversación fue bastante fluida y ni siquiera me di cuenta de que había pasado como una hora hasta que entraron Tati y Malena a la cocina.

—¿Tanto van a tardar para ordenar las cosas? Ja, ja —preguntó Malena.

—Ni me di cuenta de que pasó el tiempo. Bueno, Tomás, fue un gusto haber conversado con vos. ¡Ah!, una cosa: ¿la ves a la seño Peñalba? —consultó Lina.

—Sí, sigue en el cole, la mejor seño ja, ja —respondí.

—Ja, ja, ¿es verdad! ¿En qué horario está? Me gustaría pasar a visitarla —preguntó Lina.

—Pasame tu *celu* y, cuando la vea, le pregunto en qué horario podés ir —contesté.

—¡Buenísimo! —respondió Lina.

Nos pasamos los celulares y nos despedimos. Cuando las chicas se fueron, Tati me miró y me dijo: “Tengo el tesoro en mi celular”. Los dos nos reímos. Estaba contento porque, por lo menos, Javi, en la madrugada, no iba a hablar de por qué no se había acercado a Malena, sino de qué iba a hacer entonces, que tenía su número.

Sin embargo, eso no era lo único diferente en esta fiesta: también había conocido a Lina. Pero, bueno, eso iba a tomar mayor importancia unas semanas después.

CAPÍTULO 4

Resaca

Luego de la fiesta con los chicos, acompañamos a Noe y a Tati a sus casas. Y, como de costumbre, con los chicos nos quedamos a dormir en la casa de Kevin.

11:00 a. m.

—¡Eh, chicos! —Tiré un almohadón del lado de Kevin—. ¡Despierten! ¡Kevin!, levántate. Entró tu mamá y nos dejó el mate con unos bizcochitos.

—¡Pará, hermano!, dejame dormir un rato más. Vos estás *chala* porque no tomaste nada ayer. Encima, dormiste en mi cama, yo me tuve que tirar en el colchón —contestó Kevin.

—Ja, ja, ja, ja, eso te pasa por tomar de más. ¡Javi! —Tiré otro almohadón del lado de Javi—. ¡¡LEVANTATE!! No te conseguí el número de Malena para verte dormir todo el día.

—¿Le pudiste sacar el número? —preguntó Kevin.

—¡Sí!, ¿no me escuchaste que veníamos hablando de eso con las chicas? —respondí.

—No, la poca concentración que tenía la usé para dejar a las chicas en su casa. Además, no te hubiera dejado dormir en mi cama —respondió Kevin levantando una ceja.

—Dejen de hablar tanto, que Javi quiere dormir... —comentó Javi medio dormido.

—¡Dale, Javi! Que Malena espera tu mensaje ja, ja, ja, ja —respondió Kevin de forma irónica.

—¿Eh? ¿Cómo? —preguntó Javi un poco confundido.

—Te conseguí el número de Malena, capo —respondí.

Javi salió sobresaltado de la cama.

—¡Y cómo no me avisan, loco! ¡Mirá la hora que es, ni invitarla a desayunar puedo! —respondió Javi mientras se acomodaba los pantalones como podía.

—¡Pará, hermano! Primero, pegate un baño y, después, fijate qué vas a hacer con Malena, por favor —contestó Kevin tratando de calmar a Javi.

—Pasame el número, Tomás, así lo agendo —agregó Javi.

—Te dije que se lo pidieras a Tati, ella hizo la magia ja, ja —respondí.

—¡Hermano! Si llegué a esta casa fue porque vos me dabas tu hombro, así que ni hablé con Tati. ¡Dale, Tomás, pedíselo y pasámelo! —respondió Javi entusiasmado.

—Ja, ja, ja, ja, este es un desesperado. Bañate y, después, ocupate de eso. Che... —Kevin me miró—. ¿Hablás con Tati y me das una mano para ordenar mi pieza, así desayunamos tranqui? Voy a ver si quedaron facturas en la cocina.

—Dale —respondí.

Javier se fue para el baño y Kevin, para la cocina. Yo me acomodé un poco en la cama y le

mandé un wasap a Tati...

Tomás:
Tati, ¿estás despierta?

Tati:
¿Qué onda, man? Acá estoy. Hace un rato abrí mis ojitos ja, ja. ¿Vos qué onda?

Acostado, por desayunar dentro de un rato. Javi, en la ducha (emocionado por nuestro operativo de anoche), y Kevin fue a ver qué había en la heladera.

Ja, ja, ¡buenísimo! Ya te paso el contacto X, ja, ja. Che, te quiero preguntar algo de anoche que me llamó la atención.

¡Dale! Ja, ja, decime qué necesitás.

A CONTACTO MALE 823.

Mirá, no sé si la *flasheé*, pero creoooo que ¡¡¡¡¡Malena tiene onda con vos!!!!!!

¿¿¿¿¿Quéééé????? ¡Naaaaaa! Estás *flasheando* remal, Tati. ¿De dónde sacás eso?

¡¡En serio, broo!! ¿No te diste cuenta de nada? O sea, ¿desde cuándo esa piba se acerca a hablar con nosotros? ¿No te pareció raro?

No. Ella dijo que vio que se caía el tenedor y quiso tomarlo.

Uhh, vos, Tomás, sos más lento, hermano. ¡¡Eso fue una excusaaaa!! ¿No viste que, cuando le pregunté cómo estaba, ella respondió: “Ahora que estoy acá, mejor”? Por algo lo dijo, o sea, el único vago que estaba ahí ¡¡¡¡¡jeras vos!!!!

Nada que ver, Tati. La estás *flasheando* remal. Antes de pedirte que me des una mano para conseguir su número, yo estaba hablando con ella y viste que me daba poca bola.

En ese momento, entró Kevin a la pieza y me levantó el pulgar como signo de “¿Todo bien?”, pero captó mi cara de embolado, así que se dio la vuelta para preparar el mate.

Capaz estaba nerviosa, no sé. Yo te tiro mi mirada de las cosas, por las dudas. Mirá si está esperando un mensaje tuyo y no de Javi.

Si es así, que espere lo que quiera.

Me interesa saber si Javi tiene chances y, si no, ya fue. Solo me embola porque me pone un poco incómodo todo esto.

Pero, bueno, yo te quería preguntar cómo hiciste para pedirle el número a Malena porque seguro Javi me va a taladrar la cabeza con eso.

Uff, ya sabía que iba a ser medio embolante para vos.

Solo que, bueno, cuando te fuiste con Lina y tardabas en volver, se puso como media impaciente y eso también me hizo pensar lo que te planteaba.

¿Y cómo se lo pedí? No fue tan complicado: le pregunté si iba a la fiesta del colegio del sábado y me dijo que sí, así que le comenté que con las chicas nos juntamos un rato antes de la fiesta y vemos qué ponernos y jodemos un rato. Me dijo que le *copaba* la idea, así que nada... Me pasó su *celu* para que le dijera la hora de la juntada.

Uff, bue... Como te dije, si le pasa algo conmigo, no me interesa. Y buena táctica la tuya. Bueno, Tati, voy a desayunar, ¿te veo más tarde?

No creo, hermano, mañana hay que laburar y tengo que ordenar unas cosas. Además, Noe quiere que le dé una mano con uno de sus proyectos. Así que nos vemos en la semana. Noe te manda saludos. ¡Abrazo, hermano!

¡Dale, Tati, saludos para las dos!

En ese momento, entró Javi a la habitación con su bata y su toallón en su hombro.

—¿Y, hermano? ¿Tenés lo mío? ¿Qué te pasa? Tenés una cara de embolado —comentó mirándome fijamente.

—Con esa misma cara lo encontré mientras se mensajaba con Tati —respondió Kevin mientras preparaba el mate.

Suspiré.

—Ahí te mandé el contacto de Malena. No pasa nada, Tati no tuvo mejor idea que meterme en su mundo de chicas. Ustedes ya saben...

No podía contarles las conclusiones de Tati, me incomodaba pensar que tuviera razón. Pero, bue, algo dentro de mí me decía que era una locura.

—Bueno, chicos, ¿mates? —preguntó Kevin.

—Sí, de una. Ja, ja, a relajar un rato —respondí mientras me sentaba sobre uno de los almohadones.

—Ohhh, semejante mina y tiene una foto del perro en el WhatsApp, ¿a vos te parece? —comentó Javi desilusionado mientras nos mostraba su celular.

—Ja, ja, ja. Cambiate, Javi, y sentate a tomar unos mates —respondió Kevin señalando otro de los almohadones.

Hablamos un buen rato los tres sobre la fiesta, sobre lo que hicimos y lo que no hicimos. Obviamente, Javi cada tanto nombraba a Malena en la conversación, pero en ningún momento se animó a escribirle. Ordenamos la pieza de Kevin y, luego, bajamos a la cocina para saludar a su familia.

Kevin vive con su hermana Diana, sus papás y su abuela. Para Javi y para mí, son nuestra familia y nos tratan como tal. Compartimos toda la tarde con ellos. A eso de las 19 h, tanto Javi como yo nos fuimos a nuestras casas. Al día siguiente se volvía a la rutina y cada cual tenía que ordenar sus cosas. En la semana seguro nos veíamos para organizar qué iba a llevar cada uno a la fiesta del sábado.

Buenos días, profesor Greco

“Buenos días, profesor Greco”: esa es la frase que me recibe todas las mañanas al entrar al curso. Todos los lunes doy clases de Matemáticas a los chicos de quinto grado. Los pibes son tranquilos y grandes compañeros. Esas son las cualidades por las que elegí dar clases en mi colegio. En cada fiesta de reencuentro que hacen, se llena; es impresionante ver como cada egresado vuelve al colegio con todas las pilas. Siempre nos impulsaron y nos inspiraron a valorar lo que tenemos, a ser quienes somos y ser buenos compañeros.

Los lunes hago horario completo: doy clases a quinto, cuarto y tercer grado. En los tiempos libres, suelo ir al gabinete donde están los psicólogos y psicopedagogos de la institución, a charlar un poco con ellos, tomar un café y saber cómo están mis alumnos. Tati, cada tanto, viene al colegio porque suele presentar proyectos sobre cómo ve el barrio, lo que va conociendo de las familias de los alumnos, entre otras cosas. Tati es asistente social y está muy comprometida con cada caso que se le presenta. Me mandó un mensaje que decía que, alrededor de las 11 a. m., pasaría por el colegio y tomaría un café en el gabinete.

Mientras la esperaba, sentí la sensación de que algo tenía que recordar esta semana, pero no lograba acordarme qué era. Miré el reloj y eran las 10:55 a. m., así que me puse a calentar el café y a ordenar unos papeles del gabinete hasta que llegara Tati...

—¡Buenas, buenas! ¿Cómo estamos hoy? —preguntó Tati al ingresar al gabinete.

Ella, siempre que llega al colegio, suele saludar con mucha buena onda; es como que te renueva el ambiente.

—¿Qué hacés, Tati? ¿Todo bien? ¿Cómo va la mañana? —pregunté mientras me acercaba para darle un fuerte abrazo, como de costumbre.

—A *full*, hermano, fui al Colegio N.º 821 y tuve algunos desacuerdos con unos profesores, así que vine para acá a despejar un poco la cabeza —respondió Tati.

—Uff, me imagino. ¿Café? —pregunté.

—¡Obvio!, traje unas facturas, así tenemos con qué acompañar. Che, ¿qué pasa, que no hay nadie en el gabinete? —respondió Tati asombrada, mirando para todos lados.

—Están en reunión con la directora, dentro de un rato vuelven —respondí.

—Buenísimo, y contame... ¿Qué onda ayer Javi? ¿Le escribió a Malena? —preguntó Tati mientras tomaba su café.

—Na, se la pasó dando vueltas, no le va a escribir nada —respondí.

—¿Y vos cómo estás con nuestra charla de ayer? —preguntó Tati.

—Mirá, Tati. —Tomé un sorbo de café y respondí—: Tengo treinta minutos de descanso y no los voy a desperdiciar para hablar de eso, ¿sí? Aparte, te voy a ser claro, así no tocamos más el

tema. A mí Malena no me interesa, no me parece que tenga onda conmigo y, en caso de que quisiera algo conmigo, no le daría bola; no es el tipo de chica que me gusta. Aparte, ni siquiera tiene el perfil de las chicas con las cuales he salido. Otra cosa, y la más importante: a Javi le gusta, así que ni loco intentaría tener algo con ella.

—¡Bueno! ¡Está bien! Tampoco para que te emboles. Aparte, ¿qué tiene si no tiene “el perfil de las chicas con las que saliste”? A veces, está bien tener un cambio. ¿Qué te pasa? Desde el sábado que te noto medio ido o raro, ni que fuera 14 de octubre —respondió Tati un poco molesta.

La miré de reojo y no sabía si mandarla a pasear o pedirle que se ubicara, pero opté por respirar y responder.

—No jodas con esa fecha, es bastante movilizante para mí...

—Es movilizante para los dos, Tomás. —Suspiró—. Está bien, disculpá, no tenía por qué nombrar esa fecha, ¿sí? Solo que te noto más o menos y no sé por qué.

—Está bien, no sé qué me pasa. Desde el sábado que estoy así, “raro”, pero ahora siento que tengo que recordar algo y no recuerdo qué es —respondí de forma pensativa.

—Ay, hermano, ¿será que, mientras más años tenemos, más complicados nos ponemos? Debe ser algo importante, por eso querés recordarlo —comentó Tati.

—Ja, ja, ja, ja, ni idea. Por eso opto por los números, ellos no son complicados; si un resultado no te sale es porque vos estás haciendo algo mal. Ellos son precisos, te invitan a buscar el resultado y, cuando te das cuenta, no eran necesarias tantas vueltas.

—Ajam. —Me miró como no comprendiendo del todo lo que decía, así que cambió de tema—. Che, son las 11:30, ¿no tenés clases dentro de un rato?

—Sí, dentro de diez minutos. Seguramente, ya van a volver los del gabinete porque va a ser la hora del recreo.

Con la cabeza me afirmé que sí y miré para la ventana.

—¡Che, Tomás! Ahí está la seño Peñalba, ¿te acordás de que Lina te pidió que le preguntaras qué día podía venir a visitarla al colegio?

—¡Es verdad! —exclamé—. Eso era lo que tenía que recordar. ¡Gracias, Tati!

—Ja, ja, ja, ja, agradecé a mi cerebro, que se acuerda de tus tareas ja, ja.

—Ja, ja, ja, ja, está bien, está bien. ¿Te veo en la semana? —pregunté.

—Mm, el jueves puede ser, lo vamos hablando por WhatsApp. Igual sabés que el sábado nos vemos ja, ja.

—Sí, obvio. Bueno, nos estamos hablando.

—¡Dale! ¡Ah!, ¿viste que era algo importante lo que tenías que recordar?

—¿Qué?, ¿por qué? —pregunté al no poder entender el comentario de Tati.

—Ja, ja, no importa, Tomás. Hoy no entendés nada ja, ja.

Nos reímos y, con la mirada, nos despedimos. Me dirigí al patio y busqué a la seño Peñalba, hasta que la vi cerca de la entrada del jardín de infantes.

—¡Seño Peñalba! —exclamé—. ¿Cómo está?

—¡Hola, Tomás!, ¿Cómo estás, hijo? ¿Cuándo será el día que me llames por mi nombre: Marilú? Te conozco hace años y hoy somos colegas.

—Ja, ja, es la costumbre. Le quería hacer una pregunta.

—Dime, dime.

—Quería saber qué día, por la tarde, tenía un rato libre para que la venga a visitar una exalumna.

—Y déjame pensar... El jueves por la tarde, entre las 15 h y las 17 h. ¿De quién se trata?

—Emm, se trata de Lina, pero no recuerdo su apellido. Ella es una promoción menor que la mía y es amiga de Ma...

—Lina Rathner —agregó la señora Peñalba—. Y también me acuerdo de Malena Lewis. Grandes amigas. Lina fue y, seguramente, es una gran alumna con una forma de comprender hasta lo incomprensible, y sus escritos siempre me produjeron un cosquilleo amoroso en el alma. Qué bueno que venga a verme.

La señora Peñalba nos dio clases de Lengua en la primaria, siempre nos impulsaba a leer y a expresar lo que sentíamos. Recuerdo que mis escritos le daban ternura y me los respetaba mucho; no era de poner metáforas o grandes frases, iba a lo simple y concreto. Y siempre me decía: “Una pizca de sentimiento no le hace mal a nadie”. Le tengo un gran aprecio y me entusiasma verla en el colegio.

Luego de escuchar su recuerdo sobre Lina, me despedí de ella y me dirigí al curso de tercero para dar mi clase.

Después de salir del colegio, regresé a casa para almorzar y, a eso de las 15 h, fui a mi curso de gastronomía. Mientras viajaba en el colectivo, me llegó un mensaje de Tati...

Tati:

¿Qué tal te fue con la señora Peñalba?

Tomás:

Bien, y ahora que me preguntas, me acordé de que todavía no le escribí a Lina.

¿En qué andarás esa cabecita? Ja, ja.

Seguramente, en nada de lo que vos estés pensando ja, ja. La señora Peñalba se acuerda de los apellidos de todos, no sé cómo lo hace ja, ja.

Tiene memoria de elefante esa mujer ja, ja. Che, antes que me olvide, con los chicos organizamos pagar el postre de la fiesta, ¿te parece? La directora se encarga de recaudar la plata. Hasta el jueves hay tiempo.

¡Obvio! Mañana le dejo mi parte. ¿Algo más?

Nada más, hermano. Te voy dejando, acordate de escribirle a Lina. ¡Besos!

¡Dale! ¡Nos hablamos!

Cuando miré por la ventana del colectivo, me di cuenta de que estaba cerca de la parada. Me bajé y caminé hasta el instituto. Como me quedaban unos minutos, me senté en la entrada del curso y busqué el número de Lina...

Tomás:

Hola, Lina. ¿Cómo estás? Soy Tomás, el profesor de Matemáticas. Hablamos el sábado en la fiesta de la casa del Pupi.

Le di los mayores datos posibles para que se acordara de mí.

Lina:

¡Hola, Tomás! Bien, ¿y vos? Ja, ja, sí, me acuerdo.

Todo bien, te escribía para contarte que hablé con la seño Peñalba y me dijo que podías ir a verla el jueves entre las 15 y las 17 horas.

Ah, ¡buenísimo! Ese horario me queda bien. Bueno, ¡muchas gracias por avisarme y preguntarle!

¡De nada! Se reacuerda de vos ja, ja. Me habló de tus escritos.

Ja, ja, qué vergüenza. Bah, no por la seño, sino porque siempre me dio vergüenza mostrar las cosas que escribía. Pero, bueno, ella siempre me animó a hacerlo.

Me imagino, siempre nos transmitió que podíamos hacer las cosas que nos proponíamos.
Che, ¿vas a la fiesta del sábado?

¡¡Sííí! Y sí ja, ja. Nuestra promoción se encarga de la bebida. ¿Vos?

También voy, y mi promoción se encarga del postre.

Mirá vos, ¿y qué tienen pensando servir de postre?

Ni idea, supongo que helado. Yo solo pongo mi parte, no suelo meterme mucho en eso.

Buenísimo, nosotros vamos a poner lo de siempre. ¿Y qué hacés?

Esperando a entrar a mi curso, ¿y vos?

Acabo de llegar a mi casa, así que voy a descansar un rato. ¿Curso de qué?

Gastronomía.

¡Es verdad! Ja, ja, me había olvidado.

Sí. Bueno, Lina, tengo que entrar a mi clase. Nos estamos viendo el sábado en la fiesta.

¡Dale! ¡Éxitos en tu clase! Y gracias por el dato de la seño Peñalba.

¡De nada!

Guardé el teléfono en mi mochila e ingresé a mi clase. Llegó la hora de despejar la cabeza.

Abuelos

Después de una semana con alumnos, clases, charlas de familia, algún que otro wasap con amigos, llegó el fin de semana. Mientras ayudaba a mi abuela Lupita a levantar las cosas de la mesa para lavarlas, nos pusimos a conversar un rato...

—¿Hoy tenés tu fiestita, hijito?

—Sí, abu, estamos reemocionados con los pibes porque ¡siempre la pasamos de diez!

—Me alegro muchísimo, hijo. Realmente ese colegio forma grandes alumnos y personas. Hace sentir a todos como si fuéramos familia. Me acuerdo de cuando te llevaba al jardín y me quedaba a charlar con las chicas. Así formamos nuestro grupo de amigas. Ellas me ayudaron a sobrellevar muchísimas cosas, sobre todo lo de tu abuelo. Siempre voy a estar muy agradecida a esa institución.

Mi abuela tiene setenta y cinco años y, para su edad, está muy bien. Cuando empecé el jardín, a mi abuelo Pocho le diagnosticaron alzhéimer. Mis abuelos, junto con mis papás, la pelearon mucho hasta que, en el año en que yo iba a noveno grado, falleció.

Nunca vi a una persona tan dedicada al amor por alguien como mi abuela. Cuando mi abuelo empezó a olvidarse de las cosas, pegamos carteles por la casa, le cantábamos canciones, le recordábamos todo el tiempo quiénes éramos y, sobre todo, que lo amábamos. Me acuerdo de que la única persona que le recordaba a mi abuelo quién era él era mi abuela. Tenían diálogos tan hermosos y profundos que hasta hoy en día los recuerdo.

Uno fue en la clínica, cuando mi abuelo tuvo que ser internado por una neumonía. Yo la acompañaba a mi abuela en las horas de visita. En esa mañana, mi abuelo estaba durmiendo y le tocaba una medicación. Mi abuela, siempre que entraba al cuarto, abría las ventanas, se acercaba a él y le decía: “¡Buenos días, Pochito! Ya llegué, soy yo, tu Lupita”. Mi abuelo abría los ojos, sonreía y susurraba: “Lupita”, a lo que mi abuela respondía: “Sí, soy yo, tu Lupita, que te ama con todo su corazón y su memoria”. Esa vez mi abuelo sonrió tan grande que hasta hubiera podido contarle todos sus dientes, y contestó: “Lupita, llevás años recordándome que me amás y yo solo tengo para decirte que yo también, yo también te amo. —Le tomó su mano y se la besó—. Mirá, querida, se me podrán apagar las neuronas, pero los latidos del corazón jamás; el siempre latirá por un solo corazón, por un solo nombre, por una sola mujer, y esa sos vos, mi Lupita”. Los dos se miraron con una profundidad que solo expresaba amor y se besaron.

Otra charla que recuerdo fue un día antes de que mi abuelo partiera. Recuerdo que una vez me dijo que su última memoria se la iba a regalar a mi abuela, y así fue. Ese día los médicos dijeron que mi abuelo tuvo una leve mejoría y que podíamos pasar de a dos para visitarlo. Yo pedí ingresar con mi abuela, sentía que debía estar con ellos en ese momento. Cuando entramos mi abuelo me tendió su mano y yo se la tomé. Me acerqué un poco a él y me susurró: “Lupita, mi

mujer a quien amo, siempre te va a alentar. Vos también dale un empujón a ella, y recuerda: 2+2 no siempre es 4, a veces es 3". Yo lo miré, le levanté el pulgar y le di un beso en la frente. Luego, le di paso a mi abuela; ella me pidió que me quedara en la habitación, así que me fui cerca de una ventana para que tuvieran un poco de intimidad. Igual podía escuchar a mi abuela decirle a mi abuelo: "Viejito, ¿necesitás algo?", y mi abuelo le respondió: "Lo único que necesito esta noche es a mi Lupita, mi compañera, mi luz, a vos. Te amo, y mis memorias y latidos son para vos, siempre serán para vos. Volveremos a brillar juntos como las estrellas que somos. Cuidalo al changuito". Suspiré, miré por la ventana y, pasando unos minutos, salimos con mi abuela de la habitación.

Al día siguiente, mi abuelo falleció. Fue muy duro para todos, fueron tiempos difíciles para mí, pero lo bueno fue que mi familia y mis amigos estuvieron presentes; ellos me dieron otra chance.

Volviendo a la conversación con mi abuela en la cocina...

—En el colegio hiciste tu grupo de amigas, abuela. Eso estuvo genial. Me gusta verlas en el patio de casa jugando a la lotería o que salgan al cine. Tendrían que armar sus fiestas en el colegio.

—Me podrías llevar a mover las caderas esta noche, ¿no te parece? —preguntó mi abuela con cierta picardía.

—¿De verdad? ¡Yo te llevo! Ja, ja, ¡así que vamos! —respondí.

—Ja, ja. No, hijito, era broma. Hoy salgo con las chicas, es noche de pelis y lotería. Vos andá y divertite como cada año.

—Bueno, pero que conste que te invité ja, ja.

—¡Pues claro! Hijito, ¿vos no tenés que ir a la cancha? —preguntó mi abuela mirando el reloj colgado en la pared de la cocina.

—Sí, sí, abuela, pero en la bici llego en un toque. No pasa nada, te ayudo a guardar los platos y me voy.

Terminé de ayudar a mi abuela, ordené mi bolso y me fui para la cancha. Qué bueno es recordar a mi abuelo.

CAPÍTULO 7

Chicos y chicas, ¡a jugar!

Cuando llegué a la cancha, ya estaba la mayoría de las chicas y los chicos. Miré para las tribunas, y estaban Javi y Kevin junto con tres chicos del barrio: Toto, Bruno y Nano. Caminé hacia donde se situaban y, una vez ahí, nos saludamos con el clásico choque de manos...

—¿Qué onda, Tomás? ¿Todo bien? —preguntó Toto.

—¡Sí! ¿Ustedes?, ¿todo bien? —respondí.

—¡De diez! —respondieron todos.

—¿Y? ¿Ya tienen preparado el trajecito para esta noche? —preguntó Bruno.

—¿Traje? Ja, ja. No, hermano, yo voy con lo clásico: camisa y *jeans* —respondió Javi.

—Obvio, hace rato que dejaron de ir en traje. Esto es como un evento familiar: tranquilo ja, ja —agregó Nano.

—¡Exacto! Che, ¿Tati y Noe no llegaron todavía? —pregunté observando la cancha.

—No, le mandé un mensaje a Tati, pero no le llegan. Voy a probar con Noe —respondió Kevin.

—Tal vez se quedó sin señal en el camino —agregó Nano.

—Y, bueno, las esperamos. Total, falta que llegue un par más —respondió Toto mientras se sentaba en el pasto.

—Puede ser que se hayan quedado entretenidas con algún perrito, viste que ellas siempre se emocionan cuando ven uno —respondió Javi de forma graciosa.

—El que se va a quedar emocionado vas a ser vos cuando veas con quién acaban de llegar Tati y Noe. Mirá —comentó sorprendido Kevin mientras señalaba, con su dedo índice, la entrada de la cancha.

Todos dirigimos la mirada hacia ahí. Más de uno no lo podía creer: Malena venía con ellas, y también Lina. Lo más sorprendente era que Malena estaba vestida como para jugar a la pelota. Con los chicos nos miramos y dejamos escapar una sonrisa de sorprendidos. Y ni hablar Javier...

—¿Qué hace esa piba acá? ¿Es amiga de las chicas? —preguntó Toto.

—Hasta donde yo sabía, no eran amigas —respondió Kevin.

—Hasta parece que va a jugar a la pelota —agregó Nano.

—No es que parece, va a jugar a la pelota, por algo vino con botines y ropa deportiva. La que parece que no va a jugar es la amiga que siempre está con ella —comentó Bruno.

—Sí, Lina. Seguro que ella viene a ver el partido. Me sorprende que estén acá. Pero, bueno, acá todos son bienvenidos ja, ja —agregó Kevin.

—Así es, hermano —respondió Nano mientras se sonaba los dedos—. Che, Javi, volvé a la

realidad, que así quieto no vas a jugar nada.

Javi sacudió su cabeza.

—Hermano, no puede ser que esté acá Malena y que, encima, juegue con nosotros. ¡Hoy me tengo que lucir! —exclamó Javi.

Todos nos reímos y le dimos unas palmadas en la espalda a Javi. Mientras hablábamos de lo sucedido, no nos dimos cuenta de que las chicas se nos acercaron...

—¿Qué onda, chicos? ¿Listos para jugar? —respondió Tati.

Todos nos dimos vuelta y permanecemos callados unos segundos, hasta que no me quedó otra que hablar...

—Obvio, como todos los sábados. ¿Cómo están? —contesté.

—¡Bien, bien! —respondieron las chicas.

—Chicos, les presentamos a Male y a Lina. Ya sé que con algunos se conocen, pero es para hacerlo un poco más formal ja, ja. —contestó Noe.

—¡Hola, chicos! ¿Cómo están? ¿Qué tal, Tomás?, ¿todo bien? —preguntó Malena.

Los chicos me miraron sorprendidos al escuchar que Malena dirigió un saludo para mí. Traté de no darle importancia, así que la saludé normal...

—Todo bien, Male. No sabía que jugabas a la pelota. ¿Cómo estás, Lina? —pregunté.

—Bien, bien. ¡Gracias! —respondió Lina.

—Sí, desde el colegio que juego. Solo que, bueno, como nos separaban varones y mujeres, nunca nos cruzamos para jugar —agregó Malena.

—Y vos, Lina, ¿no jugas? —preguntó Bruno.

—No, no ja, ja. A mí me gusta mirar como juegan —respondió Lina tímidamente.

—¡Lina es muy buena en vóley! —exclamó Malena.

—¡Mirá vos! ¡Qué *copado*! Bueno, si algún sábado tenés ganas de jugar al fútbol, unite. Acá ninguno es *crack*, lo hacemos para divertirnos y despejarnos un poco —contestó Bruno amablemente.

—¡Dale, dale, buenísimo! Lo voy a tener en cuenta, pero hoy prefiero mirar —respondió Lina.

—¡Dale! —agregó Bruno.

En ese momento, se nos acercó el Pupi...

—¡Gente! Armemos los equipos, así le empezamos a poner color a la tarde, ¿dale? Como Noe y Tati llegaron últimas, eligen los equipos ja, ja —insistió Pupi.

—¡Me parece genial! Ja, ja, bancame un toque, que les presento a los demás a Male y a Lina, ¡y empezamos! —respondió Noe.

—¡De una! —contestó Pupi.

—Male, ¿en qué posición te sentís más cómoda? —preguntó Tati.

—Por mí, cualquiera ja, ja. Vos decime —respondió Malena.

—Buenísimo, hoy voy a necesitar un 9. Porque mi amigo Javi parece que va a estar listo para el segundo tiempo ja, ja —contestó Tati de forma graciosa.

Todos nos reímos, incluido Javi. La verdad es que estuvo todo ese tiempo callado y era raro verlo así. Noe, junto con Male y Lina, se fueron a conocer al resto de los chicos. Toto, Bruno y Nano se fueron a poner los botines. Así que nos quedamos Javi, Kevin, Tati y yo...

—¿Y, Javi?, ¿no le vas a dar un abrazo a tu amiga por esta sorpresa? Ja, ja —preguntó Tati.

Ya en un ambiente de más confianza, abrazó a Tati y le dio un beso en el cachete.

—¡Te amo! Ja, ja. ¿Cómo hiciste para traerla acá? Seguro quedé como un bobo ahora por estar callado, pero la voy a impresionar en la cancha —respondió Javi.

—Ja, ja tranquilo, hermano, no fue tan difícil. En el día de la fiesta, quedamos en que iba a mandarle mensaje para juntarnos con las chicas y ver qué nos poníamos para la fiesta y, en medio de la charla, me pregunto qué pintaba el sábado y le comenté que nos juntábamos acá y que, si se *copaba*, la invitaba a ella y a Lina. Así fue —agregó Tati.

—¿Por qué no me avisaste? —preguntó Javi.

—Ja, ja, Javi, si te avisaba, nos ibas a tener locos a los cinco por el grupo de WhatsApp y, encima, le ibas a taladrar la cabeza con Malena a estos dos pibes. Así que dije: “Mejor que sea sorpresa” —respondió Tati.

—Gracias por pensar en nosotros ja, ja. Che, Lina es callada, ¿no? —comentó Kevin.

—No mucho, debe ser que no habló mucho porque recién los conoció a ustedes y a los otros chicos —contestó Tati.

—Es tranquila, hablé por WhatsApp con ella y es bastante dada. Bueno, gente, ¿vamos? Ya van a empezar a elegir el equipo —respondí.

Nos dirigimos al centro de la cancha. Noe y Tati empezaron a formar sus equipos. Por un momento, miré para el lado de las tribunas y vi a Lina y a Malena charlando y riéndose. Se abrazaron y unieron sus dedos meñiques. Me hicieron recordar a la película *Tierra de osos*, a la parte en que los hermanos osos juntan sus garras y dicen: “Por la garrita”. Ja, ja, me dio cierta ternura eso.

Lina se quedó sentada en las tribunas y Male se unió a nosotros. Los equipos se formaron once contra once. Con Kevin nos quedamos en el equipo de Noe y, en el de Tati, estaban Male y, obviamente, Javi. En esta oportunidad, el árbitro fue el Pupi y, como de costumbre, cada partido lo iniciamos con la frase: “Chicos y chicas, ¡a jugar!”.

Durante el primer tiempo, si bien íbamos cero a cero, nuestro equipo estuvo complicado. Realmente Malena era bastante buena y pensaba rápido para dar los pases. Me tocó marcarla y me la hizo difícil.

En el entretiempo solemos hidratarnos, charlar. Malena estuvo un rato con nosotros y, después, se fue con Lina. Se nota que son grandes amigas, me da la impresión de que Male siempre le pide su punto de vista a Lina. A veces, me genera intriga saber quién es Lina. Durante el partido la vi muy concentrada en lo que hacíamos, parece una persona que piensa mucho.

Pero, bueno, mis pensamientos se perdieron cuando escuché el silbato para comenzar el segundo tiempo. Durante los primeros diez minutos, jugué cómodo; sin embargo, después empecé a sentir molestias en mi rodilla, así que pedí el cambio. Mientras caminaba por la orilla

de la cancha, miré a Lina y, como estaba sola, decidí acercarme.

—¡Hola, Lina! —exclamé.

Ella estaba muy concentrada en el partido, así que con mi saludo se asustó.

—¡Ah! Hola, Tomás, ni me di cuenta de que te sentaste, estaba mirando el partido.

—Sí, me di cuenta. ¿Tan bien jugamos que te concentrás tanto?

—Ja, ja, la verdad es que el partido está entretenido. Male se está perdiendo de hacer unos goles... En el entretiempo estábamos hablando de qué era lo que podía mejorar, pero se está sobreexigiendo mucho y eso no la ayuda a definir.

—Ja, ja, sos como su DT personal por lo que veo.

—Ja, ja, algo así, siempre charlamos las cosas y nos gusta ver en qué puede mejorar cada una. Aparte, nos combinamos bastante bien: a ella le gusta muchísimo jugar a la pelota y a mí me gusta mucho ver como juegan.

—¿Y por qué no jugás?

—Y la verdad es que no me siento segura. Si tuviera que jugar a algún deporte sería al vóley. ¿Y vos por qué saliste?

—¿Yo?, me cansé. Aparte, cada tanto, salimos para que entren los otros chicos. ¿Emocionada por la juntada en el cole?

—¡¡Sí!! Tengo muchas ganas de ir y poder ver a los profesores.

—¿Y te juntaste con la seño Peñalba al final?

—Sí, sí. Estuvimos esa tarde charlando un rato. Siempre es agradable verla y charlar, le tengo mucho cariño. También me la encontré a Tati el jueves, estaba en el gabinete.

—Sí, la seño Peñalba es lo más. Y Tati trabaja algunos días con la gente del gabinete.

—Sí, eso me contaba el jueves. Y, de paso, me comentó que se estaba mandando mensajes con Male y que nos invitaba a venir a la cancha y, luego, a su casa para ver qué nos ponemos esta noche.

—¿Y vas a ir a la juntada con las chicas?

—Sí, a Male le *copó* la idea, así que vamos las dos. —En ese momento, fijó su mirada en el campo de juego y pegó un grito—. ¡¡¡¡GOOOOOOOLLLLLL, GOOLLL, GOOOOL, MAALEEEEEEE!!!! ¡¡¡¡VAMOS, AMIGAAAA, GOLAZOOOOO!!!!

Me quedé observándola asombrado por su reacción, luego miré a Malena, quien se tocó el pecho y señaló a Lina...

—Te dedicó su gol ja, ja —comenté.

—Sí, sí, ja, ja, y perdón por mi reacción. Justo miré que tu amigo Javier le tiró un buen pase y Male quedó sola, así que sabía que iba a hacer magia.

—Ja, ja, ¡¡no te preocupes!! Y sí, la verdad es que Javi tira buenos pases.

—En realidad, para mí, estuvo muy generoso con los pases a Male. Hubo oportunidades en que él podía convertir unos goles y se los dio a ella ja, ja.

—Ehhh, es verdad, es verdad, lo que pasa es que Javi es como muy... amistoso viste ja, ja

—respondí.

No sé de dónde me salió esa expresión, pero no quería mandarlo al frente a Javi.

—Ja, ja, mientras sea amistoso, está todo bien.

Los dos nos reímos y seguimos hablando sobre el partido. No quería saber qué oportunidades tenía Javi con Male porque no me parecía lo correcto en esta primera charla con Lina.

A los pocos minutos de terminar el segundo tiempo, Noe hizo el gol para dar el empate a su equipo. Y, como todos la estaban pasando bastante bien, decidieron adicionar dos tiempos de quince minutos cada uno. Me invitaron para volver a jugar, pero, como no sentía tan bien mi rodilla, me quedé sentado. Además, la charla con Lina estaba buena. En esa hora la conocí bastante; hablamos de nuestras carreras, de las épocas del colegio y de cómo nos sentíamos con nuestras vidas. Me sentía tan cómodo que, sin darme cuenta, acaricié mi rodilla tres veces...

—¿Sentís molestia en la rodilla? —preguntó Lina.

Me quedé pensando un rato, me puse nervioso y hasta sentí que fui un descuidado al no darme cuenta. Tomé aire y contesté como pude.

—Eh, no, no me molesta —respondí.

Bajé la mirada y vi que con el sol se notaba la cicatriz de la cirugía, y eso me puso más nervioso.

—¿Estás bien? Disculpá si no fue oportuna mi pregunta, me salió así, de la nada, porque observé que acariciabas tu rodilla con mucho cariño. Y, no sé, pensé que te dolía y que por eso no quisiste entrar a jugar —comentó Lina.

—No me molesta, es por otras cosas —respondí.

No sabía si contarle, la conocía prácticamente hacía horas y capaz le parecía algo tonto por qué hice eso.

—No tenés que contarme ni explicarme nada si no querés. Es más, si estás incómodo, me levanto y me voy a otro lado. No tengo problema, de verdad —dijo Lina.

—No, no, por favor, ¿cómo te vas a ir? Tampoco quiero que te vayas. —¿De dónde me salió ese acto fallido?—. Bah, quiero decir, tampoco es para que te vayas. —En ese momento, observé a Lina, quien, con su mirada comprensiva y una pequeña muesca de sonrisa, me dio confianza para poder contárselo—. Mirá, te voy a contar, pero..., por favor, no te rías.

—No tengo pensado hacerlo, decime. Es más, lo que me digas queda entre nosotros —respondió Lina.

—Bueno, gracias. Hace como nueve años, jugando al fútbol, me rompí los ligamentos y me tuvieron que operar. No fue fácil porque en ese tiempo había perdido a mi abuelo y me sentí muy mal, además de otras cosas que ahora no vienen al caso que las cuente. Y, bueno, el fútbol para mí es tener esa conexión con la pelota y tus amigos durante una X cantidad de tiempo, donde lo único que importa es pasarla bien. Y, cuando me pasó eso, pensé que no iba a poder hacerlo de nuevo. Pero, con ayuda de mi familia y mis amigos y de los profesionales, volví a jugar. Y, como agradecimiento, acaricio mi rodilla por permitirme jugar un partido más. La acaricio tres veces. —Suspiré—. Eso.

Lina me miró con mucha comprensión y escuchó atenta cada una de mis palabras. Eso me ayudó a expresarme como lo hice.

—La verdad es que ha sido un momento muy difícil. Uno lo ve hasta en la tele, en los propios jugadores, que se muestran muy afligidos. Pero lo bueno de todo esto es que saliste adelante y volviste a jugar, y hoy estás acá disfrutando de eso que te gusta junto con la gente que querés. Además, me parece un gesto hermoso y hasta tierno, disculpá si te molesta que lo diga así, la forma que tenés de agradecerle a tu rodilla que te permita jugar y, sobre todo, porque vos te lo permitís también. Así que yo te felicito y te agradezco que hayas compartido esa parte de tu historia conmigo. De verdad —respondió Lina.

Lina es una persona muy cálida y hasta tierna con sus palabras. Me hizo sentir tan aliviado y tranquilo que me quedé un rato mirándola, hasta que escuchamos el segundo gol de Malena. Ella lo festejó y gritó igual de fuerte que la primera vez.

Luego de que terminó el partido, cada uno se fue a alistar para la fiesta de esa noche. Antes de irme, me despedí de Lina y le agradecí por la charla que habíamos tenido, y quedamos en vernos en la fiesta.

CAPÍTULO 8

La previa

Unas horas antes de ir a la fiesta, nos juntamos en la casa de Kevin, preparamos una picada y compramos unas cervezas. En mi caso, esa noche solo tomé agua, pusimos de fondo los Gun N' Roses, la canción *Don't Cry*, mientras ordenábamos los colchones para que después de la fiesta nos tiráramos a dormir de una...

—Tomás, esta vez yo duermo en mi cama, eh —dijo Kevin.

—Ja, ja, bueno, tratá de medirte cuando tomás —respondí.

—Hermano —respondió Javi mirándome—, ¿cuándo te vas a permitir tomar un poco? Hasta Kevin, que siempre fue el cerebritito del curso, se mareaba cada tanto.

—No tengo ganas, Javi. Aparte, hoy me molestó la rodilla, por eso salí de la cancha —respondí.

—¿En serio?, yo pensé que te fuiste para poder estar solo con Lina, ja, ja —contestó Kevin.

—La verdad es que al principio no me di cuenta de que saliste pero, cuando vi que Toto estaba marcando a Malena, recién me di cuenta —agregó Javi.

—No, me acerqué a ella porque vi que estaba sola. Y nos pusimos a hablar, es una chica muy agradable —respondí.

—“Agradable”, dice. Es linda Lina. Tomás, yo que vos, si me da bola, agarro vuelo —comentó Kevin.

—Yo te diría que la invitaras a tomar algo. De paso, hacemos salida de a cuatro: vos con Lina, yo con Male. ¿Qué te parece? —agregó Javi muy convencido.

—Me parece que te estás adelantando bastante. La única comunicación que vi entre vos y Male fueron los pases dentro de cancha. Después, ni bola ja, ja —respondí.

—Tranqui, hermano, yo voy despacio —contestó Javi muy convencido—. A mí ya me conquistó con esos dos golazos que metió.

—La verdad es que la piba juega bien. Si llegan a salir con ellas, ¿no les preguntan si tienen alguna amiga para presentarme? Ja, ja —agregó Kevin.

—Ya la estas *flasheando*, hermano —respondí.

—¿La invitarías a bailar a Lina? —pregunto Kevin.

—Sí, ¿por qué no? —respondí.

—¡¡Esooooo!! Después se hace el desinteresado —contestó Javi chocándome el codo.

—¿Con cuántas chicas bailé en boliches, fiestas o juntadas, y nunca pasó nada? Es solo bailar, tampoco me voy a casar —respondí.

—Bueno, che, apurémonos porque, si no, nos vamos a perder la entrada, y yo no comí mucho

de la picada porque quiero probar lo que den en la fiesta —agregó Kevin.

Con los chicos ordenamos las cosas, nos cambiamos y salimos directo a la fiesta.

CAPÍTULO 9

Fiesta “Exalumnos del colegio N.º 823”

El momento de la fiesta llegó y varios nos encontrábamos en el evento. Con Kevin nos quedamos en la entrada para esperar a Noe y a Tati, mientras que Javi confirmaba nuestros lugares en nuestra mesa. Cuando aparecieron las chicas, ingresamos al colegio, nos sacaron la foto de grupo, pero, como no estaba Javi, tuvimos que pedir otra.

El lugar estaba repleto de profesores, exprofesores, exalumnos y alumnos de la promoción de este año. Había luces, música, comida, bebida: todo lo que te podías imaginar. Con los chicos nos ubicamos en nuestra mesa.

—¡¡Fuuaa!! ¡¡Esto está rebueno, chicos!! —exclamó Tati.

—¡La verdad que sí! ¡Va a ser una gran noche! —agregó Noe.

—¿Qué pasa, Javi? ¿A quién estás esperando, que mirás cada tanto a la puerta de entrada? Ja, ja —preguntó Kevin.

—Quiero ver cuando entre Malena, así la invito a que se siente con nosotros en la mesa —respondió Javi mirando a la puerta de entrada.

—Ja, ja, ja, ja, ¿estás loco? Malena no se va a sentar con nosotros, Javi, ella tiene la mesa en el sector de su promoción —agregó Tati.

—Bueno, pero no pierdo nada con intentar. Haceme un favor: cuando llegue, le hacés señas para que se acerque a la mesa y yo la invito —contestó Javi.

—Estás repasado, Javi ja, ja —comentó Noe.

—¿Y al final Lina y Malena se juntaron con ustedes? —pregunté.

—¡Sí! *Recopadas* las dos. Aparte, Malena trabajó dos años de modelo y trajo vestidos para que los viéramos y nos probáramos. Y Lina, muy buena onda, qué chica más agradable —respondió Tati.

—Y si, obvio que tenía que ser modelo, si es hermosa —afirmó Javi.

—Ja, ja, ja, ja, qué pesado que sos, Javi. Y eso que comentás de Lina también lo dijo Tomás después de su charla con ella en las tribunas: es “agradable” —respondió Kevin guiñando el ojo.

—Eso te iba preguntar: ¿por qué te saliste de la cancha?, ¿tu rodilla? —preguntó Noe preocupada.

—Sí —respondí incómodo.

—¡Ahí llegaron! —exclamó Javi.

Con el aviso de Javi, nos dimos vuelta. Y ahí estaban Malena y Lina junto con otras chicas. Malena, sinceramente, estaba hermosa: tenía un vestido con brillos que le quedaba muy bien y su pelo suelto. Seguramente, todas las miradas iban dirigidas a ella. Pero la mía se detuvo en Lina. Al observarla te transmitía mucha paz, fue tanta que mi embole por recordar la molestia de mi

rodilla se fue. Tenía su pelo suelto, recogido en un costado, y un vestido de color azul. La sonrisa que le nacía en su rostro hacía que hasta yo mismo dibujara una pequeña en el mío. Esa sensación de querer compartir, por lo menos, un momento con ella esa noche no la podía explicar con palabras, pero la sostuve hasta que Javier empezó a molestar a Tati para que llamara a Malena...

—¡Tati! Hacele señas para que venga a la mesa. ¡Por favor!, del resto me encargo yo —comentó Javi entusiasmado.

—Javi, no se va a sentar con nosotros. Pero, bueno, te la llamo —respondió Tati dudando.

Tati levantó su mano derecha hasta que Malena la vio. Y, junto con todo su grupo de cinco chicas, se acercaron a nuestra mesa.

—¡Hola, chicos! ¿Cómo están? ¡Este lugar es increíble! ¿No les parece? —comentó Malena.

—La verdad que sí, y estamos muy bien, ¿ustedes? —respondió Tati.

—¡Genial! —exclamó Malena.

En ese momento, las tres chicas que estaban con Malena y Lina se fueron a sentar en su mesa. Yo miré a Lina y ella también, y con la mirada nos saludamos.

—Malena, gran partido el de hoy, ¿no? Tenés que venir los sábados y unirse a nosotros —comentó Javi.

—Estaría buenísimo. Lo voy a tener en cuenta. Y sí, muy buen partido y buenos pases los tuyos —afirmó Malena.

—Hice lo que pude. Mirá, nos quedan dos asientos libres, ¿no se quieren sentar con nosotros? —preguntó Javi nervioso.

Malena y Lina se miraron un segundo...

—No, gracias. Quedamos en sentarnos con las chicas, hace mucho que no nos vemos y queremos ponernos al día. Pero, dentro de un rato, venimos, o durante la fiesta bailamos y jodemos un rato —respondió Malena.

Las chicas se fueron a su mesa...

—¡Te lo dije! Ja, ja, ja, ja, sos duro, Javi. ¡Eh! Mirá si se iba a sentar con nosotros en la fiesta del cole. Nos conocemos hace una semana —comentó Tati.

—Bueeee, por lo menos, lo intenté. No te voy a negar que estoy embolado, pero bueno —respondió Javi.

—Bueno, pero por esto no te vas a embolar toda la noche. No sé, supongo —agregó Noe.

—Obvio que no, en el baile la saco a bailar ja, ja —contestó Javi.

—Sos un caso, Javi, eh ja, ja —respondió Tati.

—Y Lina se vino bastante linda, ¿no? —agregó Kevin.

Los chicos me miraron...

—Sí, la verdad que sí, está bastante linda —respondí convencido.

—Miralo vos a Tomás, eh, poniéndole el ojo a Lina —comentó Tati.

—Yo no le pongo el ojo a nadie, solo digo lo que pienso —respondí.

—¡Uh, che! A vos no se te puede decir nada ja, ja —respondió Tati.

—¡¡Ahí vienen los mozos!! ¡¡Al fin la comida!! —exclamó Noe.

Todos nos reímos con la expresión de Noe. Los mozos sirvieron la entrada, luego reprodujeron un video emotivo con fotos de los profesores más referentes del colegio, como para recordarlos y tenerlos presentes. Pasaron un par de temas que invitaban a uno a bailar si quería, pero con los chicos nos quedamos hablando en la mesa.

Una vez que pasaron esos temas, nos sirvieron el plato principal. Mientras íbamos terminando de comer, apagaron las luces, no sabíamos qué se venía. Se prendió la pantalla y empezaron a mostrar fotos de nosotros, los exalumnos, en distintas partes de nuestro recorrido por el colegio. Fue muy loco y emocionante vernos. Muchos nos reíamos, hacíamos chistes. Era la primera vez que realizaban ese tipo de video.

En un momento, pusieron una foto donde salía Kevin entregando la bandera y nos dimos cuenta de que quien la recibía era Lina. Los dos nos miramos; por su gesto me percaté de que ni él se acordaba de ese momento. Luego, pasaron más fotos hasta que finalizó el video. En ese instante, todos nos paramos y aplaudimos; sinceramente, nos pareció una muy buena idea y no entendíamos cómo habían conseguido las fotos.

Después de este video, volvieron a poner música y justo uno de los profesores pasó por nuestra mesa, así que le preguntamos cómo habían hecho para conseguir esas fotos. Resulta que ellos se habían encargado de llamar a las familias para que les enviaran dos o tres fotos y, así, poder armar el video...

—¡Qué loco! El laburo que se tomaron para llamar a cada familia —comentó Kevin.

—La verdad que sí, pero estuvo ¡¡buenísimo!! —agregó Noe.

—¡¡Reemocionante!! —exclamó Tati.

Mientras comentábamos cosas del video, no nos dimos cuenta de que se acercaban Malena y Lina a nuestra mesa...

—¿Qué onda, chicos?, ¿emocionados por el video? —preguntó Malena.

—Chicas, pensé que no iban a volver y que nos veíamos en la pista ja, ja. Pasen, siéntense —respondió Tati.

Malena se sentó al lado de Noe y Lina, al lado mío...

—Lina, vi que en una de las fotos Kevin te entregaba la bandera, yo ni me acordaba de eso. ¿Vos, Kevin? —preguntó Noe.

—La verdad es que no, no me acuerdo mucho de ese día. Solo recuerdo que estaba nervioso y emocionado porque se terminaba una etapa. Fue muy loco —contestó Kevin.

—Yo tampoco me acordaba mucho, solo recordaba que era un chico. Fue muy loco también verme en esa foto, no sé por qué se me hace que la mandó mi mamá ja, ja —respondió Lina.

—Debe ser. Recién un profesor nos comentó que se tomaron el laburo de llamar a cada familia para que mandara dos o tres fotos de nosotros —contestó Tati.

—¡¡No!! La verdad es que se pasaron con el video —agregó Malena.

—Estuvo muy bueno —dijo Javi.

—Miren, ahí viene el postre —agregué.

—¿Será que nos podremos quedar acá?, las chicas se quedaron sentadas en la mesa de al lado —preguntó Malena.

—¡Sí, sí! No te preocupes, no nos van a decir nada —respondió Javi contento.

Los mozos nos sirvieron la copa de helado y nos dijeron que, si queríamos, podíamos repetir...

—Su promoción pagó el postre, ¿no? —preguntó Malena.

—Sí, sí. No puedo creer que podemos repetir el postre ja, ja —respondió Noe entusiasmada.

—Se reportaron ja, ja —respondió Malena.

—Esta va a ser una gran noche ja, ja —agregó Javi.

—¿Darán esos reconocimientos a los exalumnos durante el año? —preguntó Malena.

—Seguro que sí, el año pasado le dieron uno a Kevin por la beca que se ganó para ir a Barcelona —respondió Noe.

—Entonces, este año te van a dar uno a vos, Lina, por el curso que te ganaste e hiciste en Barcelona —comentó Malena.

—La verdad es que no sé. Además, ese momento de subir al escenario es medio incómodo; aparte, la mayoría está más impaciente por que empiece el baile —respondió Lina.

—¿Curso de qué? —pregunté.

—De nuevas técnicas de laboratorio. Van a traer las últimas novedades de Europa al país y seleccionaron a algunos bioquímicos para que fuéramos a ver las clases y luego les explicáramos a nuestros compañeros —respondió Lina.

—Lina, vos sos un *bocho*, no sé dónde te entran tantas cosas —comentó Tati.

—Ja, ja, bueno, ¡gracias!, tampoco es para tanto —respondió Lina tímidamente.

—¡Cómo que no! ¡Si sos una genia! —exclamó Malena.

En ese momento, la directora nos pidió su atención y dijo que iban a dar tres distinciones a tres exalumnos. En ese instante, Malena miró a Lina muy feliz y como asegurándole que una de esas tres distinciones era para ella. Primero, nombraron a una chica que egresó el año pasado por su beca en Cuba; luego, a un chico por la publicación de su libro y, finalmente, la directora nombró a Lina...

—Bueno, ahora queremos invitar a una alumna muy querida por nosotros, quien hace unos meses realizó un curso de capacitación en Barcelona. Un fuerte aplauso para ¡Lina Rathner! —dijo la directora.

Todos aplaudimos. Lina se paró y se dio un abrazo con Malena, quien estaba muy emocionada.

—¡Wooooow! ¡Vamos, Lina, vos sos la mejor! —gritó Malena.

Los chicos de su promoción también gritaban y aplaudían...

—Bueno, buenas noches a todos. Antes que nada quería agradecer a los directores, profesores y miembros del gabinete por esta distinción. Y también decir que siempre es un gusto volver al colegio y a estos eventos, que a más de uno nos emociona, porque en esta institución no solo te vas con una gran educación, sino que también con una gran familia. Así que, bueno, solo eso y que empiece el baile, que es lo que varios estamos esperando ja, ja —dijo Lina.

Lina agradeció y saludó a la directora, y volvió a nuestra mesa. Nos mostró su diploma y la felicitamos por su logro. A continuación, la directora dio inicio al baile. Lina y Malena fueron a dejar sus cosas en su mesa, Tati y Noe se fueron al baño y con los chicos nos quedamos sentados un rato en la mesa, esperándolas.

—Bueno, Javi, espero que ahora te luzcas con Malena —comentó Kevin.

—Sí, obvio, la voy a invitar a bailar. ¿Vos, Tomás, qué vas hacer? —preguntó Javi.

—Y esperar a que vengan las chicas y salir a bailar —respondí.

—¡No, hermano!, te estoy preguntando si vas a invitar a bailar a Lina —contestó Javi.

—Si se da sí, Javi, tampoco estoy desesperado. Yo vine a pasarla bien con ustedes, no a buscar una chica —respondí seriamente.

—Ja, ja, ja, ja, está bien, hermano. ¿Dónde está Malena? —preguntó Javi.

—Está bailando con sus amigas —respondió Kevin.

—¿Vamos, chicos? ¡A disfrutar del baile! —exclamó Tati.

Nos dirigimos a la pista de baile, y nos unimos al resto de los chicos. El baile grupal es el mejor de todos: nos reímos, bailamos como queremos, es el momento donde nos sentimos totalmente plenos...

—¡¡Qué bueno que está esto, hermano!! —dijo Javi mientras bailaba.

—¡La verdad que sí! —respondí.

—¡Javi! ¡Malena se sentó en su mesa! ¡Esta es tu oportunidad, hermano! —dijo Kevin.

—¡Chicos! Voy a seguir disfrutando de la noche —respondió Javi muy seguro.

Así fue como Javi se acercó a Malena y la invitó a bailar. Para nuestra sorpresa, le dijo que sí. Bailaron varios temas, después los perdí y me fui a sentar un rato con Kevin.

—¿Traerán más cervezas? —preguntó Kevin.

—Seguro que sí; si no, pediles a los mozos —respondí.

—Tomás, Lina está sola en su mesa. Invítala a bailar —sugirió Kevin. Miré a Lina, que estaba sentada mirando su celular, y luego Kevin me volvió a hablar—: ¡Dale, hermano! ¡Andá, es más, ni te cargo mañana si bailás con ella!

—Ja, ja, la voy a invitar a bailar, pero no por lo que me decís, sino porque yo quiero —respondí.

—¡Vamos, hermano! ¡Vivan las fiestas del colegio! ¡Mozo!, una cervecita, por favor —exclamó Kevin.

Me acerqué a Lina y la saludé...

—¡Hola, Lina!

—Eh, Tomás, ¿qué hacés? Disculpá, estaba concentrada con el *celu*.

—¿Ya te vas?

—¡No! Yo me quedo hasta final, ¿vos?

—¡También! ¿Tenés ganas de bailar?

—¿Yo? Ja, ja, sí, no tengo problema. Eso sí, no soy muy buena.

—Yo tampoco, pero zafo ja, ja.

Así fue como invité a bailar a Lina. Bailamos varias canciones de cumbia y cuarteto, hablamos, nos reímos y cada tanto mirábamos a Javi y a Malena.

—Javi estuvo muy atento con Malena esta noche —comenté.

—Yo diría que desde la cancha, ja, ja —respondió Lina.

—Es verdad, pero él es así: “amistoso”.

—Todo bien mientras sea amistoso ja, ja.

En ese momento, empezaron los lentos. Con Lina nos miramos; yo no sabía qué hacer, me puse un poco nervioso...

—Si no querés bailar estos temas, está todo bien, no tengo problema —dijo Lina.

—Lina, en este día me dijiste tres veces que no tenés problema. ¿Qué tanto te tengo que creer? Ja, ja —respondí.

—Y es que es así, la verdad es que no tengo problema si no querés bailar estos temas —respondió Lina.

—Mirá, Lina, la verdad es que yo no tengo problema en bailar estos temas con vos —contesté.

Nos reímos, le di mi mano y nos pusimos a bailar. Así fue como compartimos *Thinking Out Loud*, *Photograph* y *Perfect*, de Ed Sheeran. Durante esas canciones nos miramos, nos reíamos, hablábamos y, por algunos minutos, Lina apoyaba su cabeza sobre mi hombro. Los dos sabíamos que había un respeto mutuo y eso nos permitió disfrutar el momento. Sin darme cuenta, Ed Sheeran me hizo la noche.

Cuando pasaron esos temas, volvieron los movidos. Lina me dijo que quería ir a ver su celular por si había recibido algún mensaje de sus papás. La acompañé y en eso noté que en mi mesa estaban Kevin, Malena y Javi.

Una vez que Lina miró sus cosas, nos acercamos a los chicos. Charlamos un rato. La fiesta estaba terminando. Se sumaron Noe y Tati. Javi se levantó para ir al baño. A los pocos minutos, los papás de Lina la llamaron para avisarle que estaban afuera. Así que la acompañé, junto con Malena, a la salida...

—Bueno, Tomás, muy buena noche. Nos vemos el sábado —dijo Malena.

—Dale, Malena, nos vemos —respondí.

Cuando me acerqué a saludarla, me dijo al oído:

—¡Ojo! Ja, ja.

Yo solo me reí.

—Nos vemos, Tomás, la verdad es que fue una muy linda noche —dijo Lina.

—La verdad que sí, fue muy agradable —respondí.

Yo y el “agradable”, ojalá en otra ocasión pudiera usar otro adjetivo.

—Sí, ¡nos estamos hablando! —respondió Lina.

Nos saludamos y así fue como terminó esa noche. Miré a Lina hasta que subió al auto de sus papás. Me vio por la ventana y nos saludamos con la mano. Sin dudas, había sido una linda

noche. Pensé por un rato e, inconscientemente, guardé ese recuerdo y volví con los chicos a la mesa.

CAPÍTULO 10

Posfiesta

Eran las 10 a. m. y el despertador sonó...

—¡Chicos! ¡El despertador! Apáguenlo... —exclamó Kevin, pero el despertador seguía sonando—. Mmmm, ¿a quién se le ocurre poner un domingo el despertador a las 10 a. m.? ¡Los domingos vale despertarse tarde! Ese sos vos, Tomás.

—¿Qué te pasa, Kevin? —respondí mientras bostezaba.

—El despertador no para de sonar. —Kevin bostezó—. Estaba durmiendo tan lindo. ¿Vos qué onda? ¿Dormiste bien?

—Y, hasta que me despertaste, sí—respondí.

—¿Y vos, Javi? ¿Tranqui nomás? —preguntó Kevin, pero Javi no contestaba—. ¿Javi?

—Está durmiendo, si es como un tronco para dormir ja, ja —respondí.

—Male, Malena —contestó Javi medio dormido.

—Ja, ja, está soñando con Malena —comenté.

—A ver, ¿le preguntemos algo? Viste que a veces se copa hablando dormido ja, ja. Che, Javi, ¿qué pasó ayer con Malena? —preguntó Kevin.

—Malena no quiso sentarse conmigo —contestó Javi mientras abrazaba su almohada.

—Ja, ja, ja, ja, ¿y por qué no quiso? —preguntó Kevin.

—Porque soy un salame —respondió Javi.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, qué personaje que es a veces —comentó Kevin.

—Ja, ja, ja, ja, ja, la verdad que sí. ¿Qué hacemos? ¿Preparamos el mate? —pregunté.

—Na, reposemos un poco más —respondió Kevin mientras revisaba su celular—. Qué *copado* ayer, ¿no?

—La verdad que sí, estuvo muy bueno —respondí.

—Síí, ¿y qué tal Lina? —preguntó Kevin.

—Me dijiste que no me ibas a cargar —respondí seriamente.

—Y vos me dijiste que la sacabas a bailar porque vos querías, no por lo que yo decía ja, ja. Te pregunto bien, hermano, como amigo. No con joda. El que te va a cargar es Javi —contestó Kevin.

—Mmmm, nada, bailamos un rato... Vos nos viste —respondí.

—Precisamente por eso te pregunto, porque los vi —contestó Kevin.

—Lina es tranquila, parece una buena chica. Pero no pasa nada, Kevin, la conozco hace muy poco. Aparte, como te explico, yo sé que todas las chicas son diferentes, pero Lina es como distinta —respondí mientras miraba el techo de la pieza.

—¿En qué sentido? —preguntó Kevin.

—La forma de pensar, de expresarse. Yo sé que Tati y Noe me entienden, me acompañan. Solo que Lina, al hablarte o compartirte lo que piensa, es como que va más allá —respondí.

—Como que es más profunda para ver las cosas —afirmó Kevin.

—Algo así... —respondí.

—Está bueno conocer a alguien que pueda ver las cosas de esa manera —comentó Kevin.

—Sí, pero, como te dije, estoy bien solo —afirmé.

—Yo te dije “conocer”, no que te la levantes ja, ja. Como amiga, Tomás. Algo tranquilo —sugirió Kevin.

—Puede ser... Vos decís mates, charlas en las juntadas. Esas cosas —agregué.

—Claro, después se va teniendo más confianza para tener una relación como la que tenemos con las chicas —sugirió Kevin.

—Lo voy a pensar... —respondí.

—¡Buenos días, hermanos! —dijo Javi mientras se despertaba y se estiraba.

—¡Al fin te despertaste, *bro*! ¿Qué tal el sueño con Malena? —preguntó Kevin.

—¿Con Malena? Ni soñé con Malena —respondió Javi.

—Hace un rato estabas hablando dormido y la nombrabas, así que te hicimos unas preguntas ja, ja —comenté.

—¿Y qué dije? —preguntó Javi.

—Que Malena no se quiso sentar con vos porque sos un salame ja, ja, ja, ja, ja —respondió Kevin.

—¡Nooooo! ¿Posta? Ja, ja, ja, ja, ja qué volado que soy. Pero sí, la verdad es que fui un salame. El único ganador de la noche fue Tomás —contestó Javi de forma graciosa.

Kevin me miró como afirmando que Javi me iba hacer alguna joda.

—¿Por qué el único? Si vos bailaste con Malena —respondí.

—No bailé casi nada, hermano —respondió Javi.

—Pero, si cuando los mirábamos con Lina, estaban jodiendo en la pista —comenté.

—Cuando la saqué a bailar, solo bailé ese tema, después parece que le daba vergüenza y cada tanto se iba a la ronda con sus amigas. Entonces, para no estar solo y quedar como nabo, me unía a ellas y hacía alguna que otra payasada —contestó Javi.

—Pero yo te vi bailar con ella en los lentos —agregué.

—Media canción de lento —respondió Javi y dirigió la mirada a Kevin—. ¿No le contaste?

—No ja, ja, ja, ja. Contale vos —respondió Kevin.

—Viste que yo estaba bebiendo cerveza y, como me tomé unas cuantas, me dio ganas de ir al baño... —contestó Javi indignado.

—¡Nooooo! ¡Justo cuando estabas bailando con Malena! —exclamé mientras me agarraba la cabeza.

—Y, bueno, me estaba haciendo pis, así que le tuve que decir que me disculpara un rato porque

tenía que ir al baño —comentó Javi.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja tenías que ver su cara. Ja, ja, ja, ja, ja fue muy gracioso. Encima Malena se sentó conmigo en la mesa y, cuando este volvió del baño, le preguntó si tenía ganas de bailar y le dijo que ya estaba cansada ja, ja, ja, ja, ja —comentó Kevin.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ja, ja, ¿y qué hicieron después? ¿Estuvieron sentados hasta que nos acercamos Lina y yo? —pregunté.

—Claro, eran tan tiernos que nos entretuvieron a los tres ja, ja —respondió Javi mientras se abrazaba a él mismo.

—La que se daba vuelta a mirarlos era Malena. Parece que es media cuida de la amiga —comentó Kevin.

—Así parece. Encima no me pude despedir de Malena porque tuve que ir de nuevo al baño. No voy a tomar más cerveza cuando esté Malena, chicos. Ja, ja, no me favorece mucho ja, ja —dijo Javi.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ¿y los mates te favorecen? —respondió Kevin.

—Obvio, hermano, que vengan esos mates —respondió Javi.

Kevin se levantó y bajó a la cocina a preparar el mate. Con Javi empezamos a levantar los colchones y a ordenar un poco la pieza. Durante la mateada hablamos de la fiesta y cómo la había disfrutado cada uno. Así se fue pasando el domingo para luego volver a la rutina de la semana.

Una charla en la plaza

Era martes por la tarde, se acercaban fechas importantes en los próximos meses, y suelo ponerme bastante pensativo. Había salido temprano del curso de gastronomía, así que caminé hasta la plaza del barrio y me senté al lado de uno de los árboles que ofrecía un poco de sombra. Mientras añoraba mi época de dieciséis años, miré mi celular, el cual tenía una foto de mi abuelo como fondo de pantalla. Era un hombre muy sabio y profundo en sus palabras; creo que Lina me recordaba a mi abuelo y por eso me sentía cómodo con ella.

Me perdí en mis pensamientos unos minutos hasta que...

—Hola, Tomás, ¿cómo estás?

Me despabilé y miré para atrás. Era Lina con una mochila y con un rodete como peinado.

—Hola, Lina, ¿cómo estás? Yo bien, acá, pensando un rato.

—Bien, ¿interrumpo algo?

—No. Sentate si querés.

—¡Gracias!

—¿Y qué hacés por acá?, ¿estabas de paso?

—No, hoy salí un poco más tarde del laboratorio y siempre paso por acá para ir a mi casa. Justo miré para la plaza y te vi sentado, así que me acerqué a saludar.

—Ah, mirá, ¿y en qué laboratorio estás?

—En el que está a dos cuadras de la plaza.

Pensé por unos segundos.

—¿En el laboratorio San Marcos?

—Sí, sí, ese mismo.

—¡Ah! Pero es reconocido ese laboratorio. ¡Qué bueno, Lina!, te felicito.

—Ja, ja, eh, sí, es muy bueno y la gente que trabaja ahí es muy buena también.

—¿Y estás apurada?

—No, ¿por?

—Tengo para hacer mate en la mochila, ¿querés?

—Sí, sí, estaría buenísimo. Justo compré medialunas en la panadería de la esquina.

—Pero ¿no es para tu casa?

—Sí, pero puedo comprar más. No hay problema.

Los dos nos reímos por la última frase de Lina, preparamos unos mates y nos pusimos a hablar sobre qué tal había sido nuestro día, sobre la fiesta y el video que habían pasado esa noche...

—¿Sabés que al final mi mamá no mandó la foto donde salgo con Kevin? —comentó Lina.

—Ah, ¿no? Capaz que fue la mamá de Kevin, después le voy a preguntar ja, ja—respondí.

—¿Y tenés hermanos?

—No, soy único hijo. Así que soy como el mimado de mi casa ja, ja. ¿Vos?

—Sí, tengo una hermana más grande, pero ella vive en Barcelona hace unos años.

—Mirá vos, ¿se fue por trabajo?

—Sí, es licenciada en Comunicación, se ganó una beca hace años en Barcelona, donde conoció a mi cuñado y se casó.

—Qué *copado*, entonces vos vivís con tus papás en tu casa.

—Sí, y con mi perro Rocco. Aunque a veces tengo ganas de mudarme y vivir sola. Obviamente, con Rocco ja, ja.

—¿De verdad? ¿Fuera del barrio?

—En teoría sí, al frente del laboratorio están construyendo unos departamentos y tengo ganas de alquilar uno. Aunque es medio difícil.

—Debe ser difícil dejar el barrio. Todos, prácticamente, crecimos acá.

—Eh, sí, solo que no es tanto por el barrio. No heredé ese amor por el barrio como mis viejos. No es que lo odie ja, ja, ja, ja, la gente de acá es muy buena. La verdad, a veces, siento que necesito un cambio, un aire nuevo. Pero se me complica dejar a mis viejos y a Male, vivimos a dos casas.

—Claro, yo por ahora no tengo pensado mudarme. Pero lo que decís está bueno, eso de un cambio. Capaz necesitás buscar tu lugar. —Justo me llegó un mensaje y salió la foto de mi abuelo—. Disculpá, son los chicos, voy a ver qué quieren.

—Dale, contestá tranquilo.

—Listo, parece que los chicos de Barrio Cabildo tienen ganas de jugar un amistoso con nosotros el sábado. ¿Vas a ir?

—Lo más seguro es que sí. A Male y a mí nos *copó* ir el sábado. Disculpá, el de la foto ¿es tu abuelo?

—Sí, sí, es mi abuelo. ¿Por?

—Disculpá, a veces soy curiosa. Me llamó la atención su mirada; es como que expresa mucho amor, da la sensación de que en sus brazos sostiene algo.

Miré a Lina con cierto asombro.

—Sí, me sostiene a mí de bebé. Voy a buscar la foto completa, así la mirás. —Busqué entre las imágenes del celular hasta que encontré la foto—. Esta es, corté la foto porque me cuesta verme con él sabiendo que ya no está físicamente.

—A ver. —Miró la foto—. Ahora se entiende. Se nota que tu abuelo te quiso mucho.

—Tendrías que haber visto cómo se miraban con mi abuela. Eso sí era amor.

—¿Vivís con ella?

—Sí, en casa somos mis papás, mi abuela y yo.

—Mirá vos, qué lindo.

—Sí, dentro de unas semanas es otro aniversario más de mi abuelo. Y me vine un rato a pensar sobre eso. A veces quisiera que estuviera acá para darme algún consejo.

—Entiendo, hay personas que hoy en día no están y nos hacen falta. Me pasa eso con mi abuela materna, falleció cuando yo tenía doce años.

—¿Y qué hacés cuando necesitás una palabra de ella?

—La recuerdo, recuerdo su voz y sus gestos de cariño. Sobre todo, cuando tengo que tomar decisiones importantes.

—¿Como cuáles?

—Cuando tenía que decidir si aceptar o no el curso de capacitación, tenía un poco de miedo; si bien iba a estar con mi hermana, no sabía si iba a poder aprender todo y luego volver acá y explicarles a mis compañeros. Así que una noche me quedé pensando y recordé sus palabras. Ella me dijo que yo podía hacer mis sueños realidad, que los “pero” son pensamientos que tienen la intención de hacernos dudar de nosotros mismos, que no son malos, solo pensamientos negativos, y que detrás de cada pensamiento negativo existe uno positivo. Así que había que encontrar un equilibrio entre los dos para que nacieran expectativas positivas, las cuales me iban a ayudar a pensar mejor y a que no renunciara a mis sueños por nadie.

—Grandes palabras de tu abuela. Los abuelos son fantásticos.

—Para mí son seres que, antes de partir, nos regalan un poco de su luz para que la utilicemos en esos momentos de dudas.

En ese momento, miré la hora por el *celu*. Eran las 19:30 h y, si bien era tarde y se estaba levantando el viento, quería estar un poco más con Lina. Así que pensé en invitarla a dar una vuelta por el centro...

—Che, Lina, te parece si...

Sonó su celular. Ella atendió la llamada, era de su casa.

—Dale, mamá, nos vemos. —Cortó la llamada—. Disculpá, era mi mamá. ¿Qué me decías?

—Eh, que si te parece bien que te acompañe a tu casa. Se está poniendo de noche.

—¿De verdad? Justo te iba a decir que me tenía que ir. Yo vivo a tres cuadras de acá.

Me parecía que se debía ir, así que opté por acompañarla a su casa. La noté media desabrigada, por lo tanto, le ofrecí mi buzo. Me preguntó si yo tenía abrigo, le mostré que en la mochila tenía una campera. Aceptó mi buzo, ordenamos las cosas y caminamos hasta su casa.

En el camino compartimos anécdotas de nuestros abuelos, de su perro Rocco y de cuando íbamos al colegio. Cuando llegamos a su casa, me di cuenta de que había pasado varias veces por allí con los chicos, sobre todo, cuando en la esquina estaba el ciber “El viejo Dani”. Al arribar a la entrada, me quiso devolver el buzo, pero como estaba fresco le dije que me lo diera el sábado en la cancha. Ella aceptó, nos saludamos, y antes de irme me pidió que le avisara cuando llegara a casa. La miré y asentí.

Decidí ir caminando a casa, así que me puse los auriculares. Mientras iba escuchando música, no podía dejar de pensar en las palabras de Lina, en los consejos de su abuela y en mi abuelo. Me hacía sonreír recordar su voz, su forma de pensar y cómo sonreía Lina en cada parte de nuestra

charla. También me daba cierta ternura cuando miraba al suelo y su pelo recorría su rostro hasta taparlo entero, y luego ella se lo acomodaba detrás de su oreja para volver a mirarme.

De tanto pensar en esa tarde, no me di cuenta de que estaba cerca de mi casa. Así que saqué mi celular, busqué el contacto de Lina y le avisé que llegué bien. Ella me mandó una carita feliz y la mano con el pulgar arriba. Y entré a casa.

No estoy raro, me “siento” distinto

Un domingo por la tarde, estaba en mi casa con Kevin...

—¡Qué partido peleado el de ayer, hermano! —comentó Kevin.

—Sí, la verdad que sí. Esto de que vengan otros barrios y hagamos amistosos cada tanto está bueno —respondí.

—Síí, aparte los chicos y las chicas estaban retranquilos, nada de bardo.

—Sí, además, a vos te *copa* cuando jugamos con los del Barrio Girasoles porque te va la hermana de Lorenzo.

—¡Holaaaaa! ¿Y con Lina cómo andamos?

—¿Qué tiene que ver Lina?

—Que desde hace como tres meses que hablás con ella y andás lento.

—¿Lento en qué sentido?

—Dale, Tomás, no te hagas el tonto, algo te pasa con Lina. Hablás con ella los sábados, en las juntadas, y la verdad es que te noto como “raro”, pero raro bien.

—No estoy raro, me siento distinto.

—A eso me refiero, a que te reís más, te embolás menos con las jodas de nosotros. Con Javi nos preguntamos por qué estás tan lento con Lina si es *copada*, buena piba. La verdad es que no lo entendemos. Además, se nota que algo bueno le causás también a ella. Sobre todo, cuando se miran.

—Mmmm, creo que no lo quiero arruinar, como amigos estamos bien.

—¿Nunca salieron los dos solos a tomar algo, una merienda?, ¡algo!

—Ahora que lo pienso..., no, solo esa vez que les conté que tomamos mates en la plaza.

—¿Y por qué no la invitás a tomar algo? Capaz así te das cuenta de qué te pasa con ella.

—¿Para qué? ¿Para que después ande como Javi con Malena, como bobo?

—Hermano, lo tuyo con Lina es totalmente diferente. No sé vos, pero yo tengo ganas de hablar con Javier y decirle que ya se saque de la cabeza a Malena porque la verdad es que no le da bola.

—Pero él dice que onda tienen.

—En la cabeza de él solo hay onda. Malena lo trata como uno más, nunca le tiró onda desde que se hablan. Es más, para mí ella tiene algún pibe en zona norte. El fin de semana pasado, se fue para esos lados y Javi le mandó mensajes, de pesado, todo el sábado, y recién el lunes por la mañana le contestó.

—Bueno, por lo que me contás, tenés razón.

—Sí, hay que decirle que ya la corte. Bueno, volviendo a lo tuyo, ¿qué pensás hacer con Lina?

—Y, bueno, voy a acomodar mis horarios esta semana y le voy a escribir para que vayamos a tomar algo el viernes.

—¡Ese es mi amigo! Ja, ja. Aparte, te va a venir bien, vas a jugar con más pilas el sábado.

—¿Por qué?

—Y porque Lina te cambia el humor.

—Bueno, ya que estamos hablando de esto, la verdad es que sí. Lina me hace sentir distinto, me hace reír; me hace sentir que, si quiero lograr algo, lo puedo conseguir. Me aconseja con mis clases o cuando noto algún problema con algún alumno. La verdad es que Lina es un signo positivo en mi vida, y me da cosa sentir algo más fuerte que esto porque no sé cómo puede reaccionar ella. Y no la quiero perder, quiero seguir teniendo más charlas, más anécdotas con ella. Eso me pasa...

Kevin se quedó mirándome un rato y se acercó a mí.

—Hermano, nunca te escuché hablar así de alguien. Para mí Lina es una buena persona. Si vos sentís que querés ver si hay algo más que una amistad, yo te diría que te tires a la pileta, para mí hay agua. Y, si no hay agua, vos sabés que vamos a estar con Javi y las chicas para lo que sea.

—Lo sé, hermano, ya te contaré qué pasa. Vos sabés que yo pienso bien las cosas antes de hacerlas.

Nos dimos un apretón de manos y nos pusimos a preparar algo para cenar.

Helado de menta granizada

Estaba volviendo a mi casa, después de dar clases en el colegio, cuando recibí un mensaje de mi curso de gastronomía que avisaba que la clase del viernes se suspendía. Así que decidí escribirle a Lina. Estaba un poco nervioso, pero igual me mandé.

Tomás:
¡Hola, Lina!, ¿cómo estás?

Lina:
¡Hola, Tomás! ¿Bien y vos?

Bien, ¿qué haces? ¿Estás ocupada?

Terminando de entregar unos análisis y ver qué voy a almorzar. ¿Vos qué hacés?

Recién salgo del colegio. Te quería preguntar si el viernes tenés ganas de que vayamos a almorzar.

¿En serio?, la verdad que sí, solo que este viernes salgo a las 17 h.

Bueno, entonces, si salís a esa hora, podemos ir a merendar o a tomar un helado.

¡¡Sí!! Me parece genial. ¡Entonces nos vemos el viernes!

¡Dale!, ¿te parece que nos encontremos en la plaza a las 17:15 h?

¡Dale! Nos vemos a esa hora.

No fue tan difícil como pensaba. Lina me hacía sentir que no siempre hay que pensar tanto las cosas, porque parece que, cuando menos las pensás, mejor te salen.

Llegó el viernes. Iba camino a la plaza cuando recibí un mensaje de los chicos en el grupo de WhatsApp. Los cuatro me deseaban suerte con Lina; les agradecí, pero también les aclaré que no iba con las intenciones que ellos creían. Lo que me importaba era tener una buena salida con ella.

Al llegar a la plaza, me senté en unos de los asientos, miré la hora y eran las 17:10; recibí un mensaje de Lina en el que me avisaba que estaba en camino. Empecé a observar a dónde podíamos ir: para merendar, teníamos la cafetería Don José y, para tomar helado, estaba la heladería Luna de Cristal. Cuando miré por el lado en que podría venir Lina, la vi. Me saludó con la mano, así que me paré y esperé a que se acercara hasta donde estaba...

—Hola, Tomás, ¿cómo estás?

—Bien ¿y vos?

—Bien.

—¿Y a dónde te gustaría ir?

—Adonde vos quieras.

—Ja, ja, Lina, yo te invité, así que me gustaría que eligieras adónde querés ir.

—Ja, ja, está bien, emmm... Y, bueno, tengo ganas de tomar un helado. Podemos ir a la heladería Luna de Cristal, ¿te parece?

—Me parece genial, son muy buenos sus helados.

Cruzamos la calle y entramos a la heladería. Cuando estaba por pagar los helados, Lina sacó su billetera y le dije:

—Lina, no te preocupes, que invito yo.

—Es que no estoy muy acostumbrada a que me paguen.

—No te hagas drama, pago yo.

Así que le di el dinero a la cajera, quien nos indicó que pasáramos al mostrador para elegir los gustos, y esperamos hasta que fuera nuestro turno.

—¿Alguna vez viniste acá? —preguntó Lina.

—Sí, con los chicos venimos seguido en el verano. ¿Vos?

—También, el mejor helado de menta granizada lo tienen acá.

—¿Menta granizada? —respondí asombrado.

—Sí, ¿a vos te gusta?

—No es de mis favoritos.

—Ja, ja, ja, ja, no te gusta.

—Ja, ja, ja, ja, no la verdad que no. ¿Es tu gusto favorito?

—Sí, me podría tomar un kilo de helado de solo menta granizada ja, ja.

—Wooow, de verdad te gusta. Yo soy más de los clásicos. Ahora podemos pedir dos gustos si querés.

Era nuestro turno. Lina pidió menta granizada con crema del cielo y yo, dulce de leche con chocolate. Y nos fuimos a ubicar en una de las mesas que había en la heladería.

—¿Y qué tal tu día? —preguntó Lina.

—Tranquilo, la semana que viene tengo mesa de examen con los alumnos, así que este fin de semana tengo que preparar eso. ¿El tuyo?

—Igual, ¿y cómo estás para el partido de mañana?

—Bien, mañana jugamos entre nosotros. ¿Vos vas?

—No, mañana no. Male se va temprano a zona norte y me pidió que, a eso de las 19, la esperara en su casa.

En ese momento, vi que entró un artesano a la heladería. Iba pasando mesa por mesa, mostrando sus trabajos; me dio un poco de curiosidad saber lo que hacía... Pero, bueno, cuando llegara a nuestra mesa, iba a poder ver de qué se trataba.

—Malena va muy seguido a zona norte, ¿qué tal es por ahí?

—La verdad es que nunca fui. Tomás, yo te quería...

—¡Buenas, buenas! ¿Cómo están? ¿Interrumpí algo? —preguntó el artesano, que nos tomó por sorpresa.

—No... —respondimos ambos sorprendidos.

—Bueno, me presento: mi nombre es Julio y, si no es molestia, les quería mostrar un poco de mi trabajo en vivo y en directo, ¿les parece? —preguntó el artesano.

—Sí, adelante —respondí.

—Bueno, ¿ustedes son novios o amigos? —interrogó.

El señor me miró a mí. Me sentí incómodo, así que no tuve mejor idea que desviar la vista para otro lado. Lina se rio.

—Somos amigos —respondió Lina.

—¿Amigos o novios?, porque el caballero parece no estar tan convencido ja, ja —comentó el artesano.

—No, somos amigos —reafirmó Lina.

—Muy bien, señorita, ¿cuál es su nombre? ¿Y el de usted, caballero? —preguntó.

—El mío es Lina.

—Yo me llamo Tomás.

—Muy bien y, para ustedes, ¿cómo es la amistad que los une?

En estos momentos, ya no interesaba mucho saber de qué se trataba su trabajo, pero Lina se *copó* respondiendo las preguntas...

—Mmmm, infinita.

—Ohhh, ¿y cómo podríamos representar ese infinito?

—Con estrellas, ellas son infinitas.

—Perfecto. Bueno, yo trabajo con alambre y con mis amigas las pinzas, ellas me van a ayudar a hacerles un pequeño presente. —Tomó sus pinzas y el alambre, y empezó a darle forma. Armó la estrella y, antes de finalizar, hizo nuestras iniciales—. Ahí está, les hice un portasahumerio. Bueno, Lina y Tomás, se lo ofrezco con los mejores deseos y que esta estrella infinita siempre los ilumine y los encamine en esta amistad. Y, si ustedes lo desean, quién sabe, poder transformarlo en un hermoso corazón.

Le agradecemos por su trabajo y le entregué algo de dinero.

—Le quedó bastante bien el trabajo para hacerlo en unos minutos, ¿no? —comenté.

—La verdad que sí, está muy bonito.

—¿Querés otro helado?

—No, no, gracias, con uno es suficiente.

—¿Tenés ganas de que vayamos a otro lado?

—Vamos a la plaza, a esta hora siempre hacen algún evento.

—Dale.

Nos levantamos, agarré el portasahumerio y salimos de la heladería. Caminamos hasta la plaza y nos sentamos, tomamos mate mientras mirábamos una presentación de unas bailarinas con cintas.

—Está buena la presentación de las chicas —comenté.

—Sí, la verdad que sí, siempre me gustaron este tipo de eventos.

—Lina, te quería pedir disculpas por lo ocurrido hace un rato. Me puse nervioso cuando el artesano empezó a hacer preguntas.

—No pasa nada, ¿por qué te pusiste nervioso?

—Ehhh, porque no me gusta que me pregunten muchas cosas, sobre todo, si son desconocidos. ¿Vos no te pusiste incómoda?

—No, para nada ja, ja.

A Lina se la notaba muy tranquila y a gusto con la salida. Yo no sabía sobre qué conversar o qué decir. Así que tuve que pensar rápido...

—Lina, ¿qué te gusta hacer?, además de estar en el laboratorio.

—Me gusta mucho escribir.

—¿De verdad? ¿Y qué es lo que más te gusta escribir?

—Cualquier cosa: lo que veo, lo que siento, lo que pienso. Es un pasatiempo muy lindo y relajante.

—¿Y a quiénes les escribís?

—Mmmm, a mi familia, a Malena le he escrito muchas cartas. Y bueno..., a los novios que tuve también les he hecho escritos.

—¿Tuviste novios?

—Sí, sí, ja, ja. Tuve dos, ¿vos?

—Sí, tuve. Duraba un tiempo y después yo terminaba, o ellas terminaban conmigo ja, ja.

—¿En serio?

—Sí, decían que no era muy sentimental con ellas. Así que, bueno, les daba la razón, terminábamos y listo.

—Pero ¿no las extrañabas? O sea, cuando terminaban...

—Mmmm, a ver, tuve tres, cuatro novias. Con dos terminé yo. Una porque me celaba mucho y la otra porque sentía que, en dos meses de relación, no sentía tantas cosas por ella como ella hacia a mí, así que decidí terminar; y la otra me dejó porque esperaba muchas cosas de mí que, según ella, nunca llegué a cumplir, y además me dijo que quería a alguien más emocional.

—¿Y la otra chica?

—¿Qué chica?

—Me dijiste que tuviste cuatro novias y me nombraste tres.

Pensé por un momento en contarle la verdad a Lina, pero algo me decía que este no era el momento.

—Ah, con ella decidimos terminar los dos. ¿Y vos?

—Mi primer novio lo tuve cuando terminé el secundario, él tenía problemas de adicción.

—¿De verdad?

—Sí, lo amé mucho y lo ayudé hasta donde pude, pero él mismo se dio cuenta de que en ese momento no tenía ganas de recibir ayuda, así que nos separamos. Hace unos años me encontré

con su mamá y me contó que pudo salir adelante, terminó el colegio y empezó la universidad.

—Mirá vos, ¡qué bueno!

—Sí, me alegré muchísimo por él. Y con el otro estuve dos meses. Sentía que dependía mucho de mí, era muy celoso y, como yo no le demostraba celos, siempre buscaba la forma de generarlos; como no lo conseguía, se molestaba. Así que decidí terminar con la relación.

—¿Fue difícil?

—No mucho porque sabía que no quería una relación así... —En ese momento, dirigió su mirada hacia donde estaban las bailarinas—. Mirá qué bonitas las formas que hacen las bailarinas con las cintas.

Miré el baile de las chicas y, luego, a Lina; ella contemplaba el *show* muy atenta. Estuve esos minutos observándola, pensando qué era lo que me estaba pasando con ella, así que solo se me ocurrió preguntarle una sola cosa.

—Lina, ¿qué es para vos el amor?

—¿El amor? Wooow, qué pregunta. ¿Puedo explayarme? Ja, ja.

—Sí, tenemos tiempo.

—A ver, para mí el amor no lo es todo.

—¿No? ¿Por qué?

—Para mí el amor es la base de cualquier relación, sea tu pareja, tu familia o tus amigos. Es lo más importante, y por eso es la base, y tiene que ir acompañado de otros valores, como el respeto, la comunicación, el escuchar, el acompañamiento, la confianza, la sinceridad, entre otras más. Hoy en día el amor está muy desvalorizado. El amor verdadero es sano y puro... El amor es un gran maestro, te hace sentir cosas hermosas y bellas cuando estás con esas personas. Por ejemplo, yo amo muchísimo a Malena.

—¿A Malena?

—Sí, Malena es mi hermana; pasamos un montón de cosas juntas, nos entendemos, nos acompañamos, nos escuchamos, lloramos y reímos juntas. Siento que yo aprendo de ella y que ella aprende de mí. Somos un equipo, nos miramos y sabemos qué le pasa a la otra; respetamos nuestros tiempos, nuestros lugares... Es hermoso y muy enriquecedor lo que siento cuando estoy con ella.

—Lina, la verdad es que vos me hacés pensar mucho.

—Ja, ja, eso me lo dicen muchas personas; pero mi idea no es que piensen, sino que sientan. Sentir algo especial por alguien es mágico, y sentir que esa persona te hace mejor, que te puedes reflejar en su mirada y esa persona, en la tuya. No sé, a veces no hay palabras que puedan expresar todo eso.

—A vos te sale muy bien, ¿siempre fuiste así?

—No, ja, ja, no siempre fui así. Antes era de guardarme las cosas, me la pasaba estudiando y pensando que para lo único que servía era para eso. Pero luego conocí personas que me ayudaron a conocerme. Una de esas personas es la señorita Peñalba, ella me hizo dar cuenta de que podía escribir y transformar mis emociones en grandes versos. Uno no puede pretender olvidar quién

fue, pero, si hay cosas que nos molestan o que nos duelen de nosotros mismos, somos nosotros quienes podemos transformarlas en algo bueno y así poder disfrutar de los pequeños y grandes pasos que damos. Me fui aceptando, me fui queriendo un poco más, empecé a tener más amor propio para así poder amar y ayudar a los que quiero. Sinceramente, me siento muy contenta por la persona que soy hoy. ¿Y para vos? ¿Qué es el amor?

—Para mí... —En ese momento, quería decirle que el amor era ella, pero no podía, era muy pronto. No podía dejar de mirarla, quería abrazarla y expresarle que era fantástica; que, si bien hacía pocos meses que nos conocíamos, sentía que la conocía desde hacía años, pero no podía—. Emmm, mirá, Lina, no puedo decirte en este momento qué es el amor, pero sí puedo decirte que me siento muy afortunado de haberte encontrado...

Ella sonrió y me dijo:

—Yo también siento que soy muy afortunada de haberte encontrado, Tomás.

En ese momento, los dos nos miramos. Yo podía verme en el brillo de sus ojos y sentía que ella también podía verse en los míos. Nos íbamos acercando lentamente, no tenía ni idea en cómo iba terminar esto. Pero, en el instante en que quise acariciar su rostro, me desconcentró el aplauso y gritos de la gente. Los dos miramos para el lado del público, las chicas habían terminado de bailar y también la magia que habíamos creado con Lina en ese momento.

Justo se me cayó de la mano el portasahumerio. Lo tomé y miré a Lina.

—Lina, siento que vos le diste forma a este portasahumerio, así que te lo quiero regalar.

—¿Vos no lo querés?

—No es que no lo quiera. A veces, no me gusta quedarme con cosas, no porque no me importe el momento, sino porque prefiero tener recuerdos en la cabeza. Sé que vas a saber valorarlo y cuidarlo.

—Bueno, muchas gracias, Tomás, lo voy a cuidar muchísimo. ¿Sabés? La pasé muy bien hoy. Y te quería decir algo.

—Yo también la pasé muy bien. Decime.

—Yo sé que no nos conocemos desde hace mucho, pero, cuando hablo con vos y compartimos cosas, es como si te conociera desde hace años.

Sonreí.

—Yo también pienso lo mismo. ¿Querés que te acompañe a tu casa?

—Sí, obvio.

Le entregué el portasahumerio, ella lo guardó en su bolso, y caminamos hasta su casa. Al llegar y antes de despedirnos, Lina recordó algo.

—¡Ah!, ¿viste cuando estábamos hablando y llegó el artesano?

—Sí, ahora que lo recuerdo, querías decirme algo.

—Sí, te quería preguntar si me podías ayudar a planificar unas clases. Tengo dos semanas para presentarlas y la verdad es que me está costando un poco hacerlo.

—Sí, sí, obvio. Coordinamos y nos juntamos en tu casa o en la mía.

—Dale, buenísimo. ¡Gracias, Tomás!

Con Lina nos despedimos, y me pidió que le avisara cuando llegara a casa. Le dije que sí y esperé hasta que cerrara la puerta.

Camino a casa sentía miles de cosas. El celular me sonaba; sabía que eran los chicos, que querían saber qué tal me había ido, pero sinceramente todo lo que sentía quería compartirlo solo conmigo. Suspiraba y pensaba en Lina, escuchaba canciones y pensaba en Lina y me preguntaba: “¿Cómo alguien que aparece de la nada te puede generar tantas cosas en tan poco tiempo?”.

Entré a mi casa, subí a mi habitación y me acosté en la cama. Me quedé pensando un rato hasta que sonó mi *celu* y, cuando me fijé, era Lina, junto con los mensajes de los chicos. A los chicos les respondí que al día siguiente les contaría qué onda la salida, y a Lina le escribí un poco más.

Lina:

¿Tomás?, ¿llegaste a tu casa?

Tomás:

Hola, Lina, sí, llegué bien. Disculpá, me tiré a la cama y me quedé pensando.

¡Ah! Bueno, ¡está bien! Solo quería asegurarme de que hubieras llegado bien.

Sí, sí, estoy bien.

Bueno, me quedo tranquila. Voy a dormir, gracias por esta linda tarde. Que descanses.

Gracias a vos, Lina, espero que se repita.

Yo también lo espero. ¡Que descanses, Tomás!

Vos también descansá, Lina, nos vemos en la semana.

Esa noche tardé en dormirme. Pensaba en Lina, en su sonrisa, en su ternura, en su forma de expresarse. En cómo vivía la vida. Pasaron unos minutos y, mientras experimentaba esa sensación de felicidad, me dormí.

CAPÍTULO 14

“Me gustás”

Pasaron casi dos semanas desde la salida con Lina. Durante esos días nos juntamos en su casa o en la mía para ver la planificación de sus clases.

Entonces era el último día en que dábamos una revisión sobre cómo iba a dar su clase. Acordamos juntarnos después de mi curso de Gastronomía, pero antes de eso había quedado en almorzar con Kevin y Noe. Nos encontramos en el restaurante que está enfrente del colegio.

—¿Qué vamos a pedir, chicos? ¿*Pizza*? —preguntó Noe.

—Podría ser, ¿vos qué decís, Tomás? —agregó Kevin.

—Por mí está bien, las *pizzas* de este lugar son buenísimas —respondí.

—Dale, ahora llamo al mozo —contestó Kevin.

—¿Y Tati? —pregunté.

—Tati no viene, mañana nos vamos al retiro de yoga y está acomodando sus cosas. ¿Javi? —preguntó Noe.

—Javi sale tarde del trabajo hoy, así que por eso no pudo venir —respondió Kevin.

—¿Y qué onda ese retiro? —pregunté.

—Es un retiro que hacen cada tanto los profesores de yoga de adonde va mi mamá, y esta vez me dieron ganas de ir. Se lo comenté a Tati y se *copó*. Salimos mañana temprano y volvemos el domingo a la noche —respondió Noe.

—Claro, se cortan solas ja, ja —comentó Kevin.

—Ninguno de los tres iba a querer ir, así que por eso no los invité —dijo Noe.

—Es verdad ja, ja —respondí.

—¿Y vos, Tomás? ¿Qué onda Lina? —preguntó Noe.

—No mucho más de lo que les conté. Estos días nos vimos por el tema de la clase que tiene que dar el lunes. No sé, a veces siento que mi forma tan estructurada para organizar las clases la aburre —respondí pensativo.

—¿Por qué? Si sos muy bueno dando clases —dijo Noe.

—Porque a veces le explico mi forma de pensar y me contesta frases cortas, como “Ah, sí” o “Puede ser”, “Está bueno”. Me da la sensación de que lo hace para no decirme: “Mirá, flaco, sos un aburrido, mejor la hago sola”. Trata como de convencerme de que le agrada mi trabajo —respondí.

—¿Tan así, hermano? Yo creo que, si a Lina no le gustara como le planteás las cosas, te lo diría. Es más, ni perdería el tiempo con una planificación que no la convenciera —comentó Kevin.

—Es verdad, opino igual que Kevin. Capaz es idea tuya —agregó Noe.

—Puede ser... Ya veremos hoy, es el último día que nos juntamos. Después de eso tenía pensado invitarla a salir —respondí.

—¡Genial! Me gusta verte así. Decidido. ¿Y Javi con Malena? —preguntó Noe entusiasmada.

—Nada, ya le dije a Javi que la cortara porque esa mina no le da cabida. Pero no, él dice que sí, que hay que darle tiempo y no sé qué otras cosas más. Según él, el sábado después del partido, algo le va a insinuar de lo que le pasa. Veremos —respondió Kevin seriamente.

—Espero que le vaya bien —dijo Noe pensativa.

—No sé, por las dudas, voy preparando la caja de pañuelos —agregó Kevin irónicamente.

—Ja, ja, bueno, cualquier cosa, nos escriben por el grupo, no nos dejen fuera de esto —respondió Noe.

—Obvio que no —dijo Kevin.

Con los chicos almorzamos, pedimos el postre y, luego, cada uno se fue por su lado. Después de mi clase de Gastronomía, como tenía tiempo, antes de ir para la casa de Lina, compré unas facturas para que comiéramos mientras tomábamos mates.

Cuando llegué a la casa de Lina, me atendió su mamá. Me invitó a pasar y me dijo que Lina me esperaba en su pieza. Así que subí las escaleras y toqué la puerta.

—¡Hola, Tomás!, ¿cómo estás? Disculpá por el desorden, pero unas amigas me pidieron prestados unos libros y tuve que desacomodar mi biblioteca.

No sabía de qué biblioteca me hablaba porque nunca había visto una en su pieza. Así que, cuando busqué con la mirada dónde estaba, me di con la sorpresa de que uno de sus placares era la biblioteca.

—Lina, ¿uno de tus placares es tu biblioteca?

—Ah, sí, sí ja, ja, nunca te lo mostré. Me lo hizo mi abuelo, me lo regaló justo para uno de mis cumpleaños y, como ya tenía uno, no sabía qué hacer con él, así que a mi abuelo se le ocurrió esa idea y lo convirtió en biblioteca.

—¿Y todos esos libros tenés?

La biblioteca estaba llena de libros de su carrera; cada estante estaba organizado por años, excepto uno que no tenía rótulo.

—Sí ja, ja.

—Ese estante que no tiene rótulo, ¿libros de qué son?

—Bueno, yo siempre digo que todos estos que están separados por año me enseñaron sobre mi carrera, pero esos que están en ese estante me enseñaron de la vida. Son novelas de autores que me enseñaron muchísimo, sinceramente son mis favoritos ja, ja.

—Mirá vos, qué *copado*. Traje facturas, ¿querés que vayamos tomando mates y viendo los últimos retoques de tu clase?

—Sí, obvio. Es más, tengo el mate listo.

Nos pusimos manos a la obra. Todo iba marchando bien hasta que llegamos a la última parte de la planificación. La notaba a Lina un poco más callada y no sabía si prestaba atención a lo que le decía porque había momentos en que su mirada estaba como perdida.

—Creo que esta última parte de la clase podrías cerrarla como dando una conclusión de los últimos avances de los análisis que se hicieron precisamente en el laboratorio.

—Emm, sí, me parece bien...

—Lina, ¿estás bien? Te noto un poco rara. Mirá, si algo no te gusta, me lo decís y lo cambiamos.

—No, no, a mí me parece bien como lo estamos haciendo, solo que...

Se quedó callada.

—Lina, si tenés algo para decirme, hacelo.

Suspiró.

—Está bien, solo que no quiero que te molestes o te enojés.

—Lina, somos amigos. Lo que me digas no me va a enojar.

Yo ya estaba preparado para que me dijera lo que les había comentado a los chicos en el almuerzo, lo tenía todo calculado. Nos quedamos un rato en silencio, hasta que Lina habló.

—Bueno, emm, estoy un poco nerviosa ja, ja.

—Tranquila, decímelo.

—Bueno, Tomás, yo te quería decir que... —Tomó aire—... que vos me gustás, Tomás.

—¿¡Qué!?

—Lo que escuchaste, que vos me gustás.

Lina, en ese momento, no tan solo me había desordenado todos mis cálculos, sino también todos mis pensamientos. Me sentía como un niño asustado, con mucho para decir, pero que no podía emitir ni una sola palabra. Se me cruzaban millones de cosas por la cabeza, hasta podía escuchar la voz de Kevin diciéndome: “¡Viste que había agua en la pileta!”.

Sentía que el corazón me latía a mil, que todos mis nervios se concentraban en mi pecho. La única forma que encontré para poder expresarlo fue tomando uno de los hilos sueltos de mi pantalón (justo me fui con los *jeans* que tenía las rodillas rotas) y romperlo. Recién pude salir de todos esos pensamientos cuando Lina me habló.

—¿Tomás?, ¿estás bien?

Salí de mis pensamientos y pude responder.

—Emm, sí. Bah, estoy un poco confundido.

—Te preguntaba porque no quiero que te quedes sin *jeans* ja, ja. Te los estás rompiendo.

—¿Mis *jeans*? Ah, es verdad, es que estoy nervioso.

—Se nota, seguramente no entendés nada.

—Es que no me lo esperaba, yo pensé que me ibas a decir otra cosa.

—¿Como qué?

—Como te notaba rara algunos días, pensé que no te convencía lo que estábamos haciendo para tu clase. Entonces, pensé que me ibas a decir que mi forma de planificar era muy estructurada y aburrida.

—¡¡Noo!! Ja, ja, para nada. Me gustó mucho cómo quedó el trabajo. Además, no te voy a hacer perder el tiempo. Capaz que no era el momento de decirte lo que me pasa.

—No, no, Lina, lo que pasa es que estoy nervioso y raro. Y sé que estás esperando una respuesta.

—Mirá, lo que te dije es algo que siento hace mucho. Lo confirmé, sobre todo, ese día que nos quedamos en la plaza. Fue muy linda la sensación que sentí.

—Sí, yo entiendo. Ahora me siento un tonto por no poder decirte nada. Creo que mejor va a ser que terminemos lo de tu clase y hablar sobre esto después, más tranquilos.

—Me parece bien.

Nos volvimos a concentrar en la planificación de Lina como pudimos. No quería decir algo que no estuviera bien sobre lo que ella me había confesado. Me sentía poco caballero e inmaduro, pero a la vez quería estar seguro de lo que me pasaba. Sentía que Lina no me conocía del todo y que quería contarle varias cosas antes de ser algo más que amigos.

Terminamos la planificación y Lina me acompañó hasta la puerta de su casa.

—Gracias por ayudarme con mi clase, espero que todo salga bien el lunes.

—Va a estar todo bien, después avisame qué tal estuvo. ¿Mañana vas a la cancha?

—No, prefiero quedarme a practicar para la clase. Male va a venir a ayudarme.

—¿Eso es verdad, o es por lo que pasó hoy, que no querés ir?

—No, lo que te digo es verdad. A ver, lo que te dije hoy es verdad. Vos me gustás y era algo que quería decírtelo hace días, por eso estaba rara. Tampoco quiero que pienses que te pedí ayuda como para tener oportunidad de decirte esto. Necesitaba una mano para poder hacer mi clase porque había cosas que no tenía muy en claro.

—No te preocupes, no hubiera pensado eso de vos. Solo que me voy un poco incómodo porque no te puedo dar una respuesta.

—Tomás, no te preocupes. Mirá, en este tiempo te tomé mucho cariño. Para mí sos un chico bueno y, como lo hablamos ese día en la plaza, me siento muy afortunada de haberte conocido. No quiero que te sientas presionado ni nada, tomate el tiempo que necesites.

—Lina, vos no sos una chica que se merezca estar esperando a nadie. Dame unos días para acomodar mi cabeza, pero sí quiero que sepas algo: vos sos alguien muy especial para mí. Gracias por entenderme y comprenderme, espero ser merecedor de tan linda persona. —Nos miramos y nos abrazamos. Nos quedamos un rato así. Le acaricié el pelo, cerré los ojos y le dije —: Lina, hay cosas que no te conté y quiero contártelas, pero a veces se me hace difícil. Estas fechas son complicadas para mí, pero sé que quiero compartirlas con vos.

Nos dejamos de abrazar y nos miramos...

—Está bien, Tomás. Yo te quiero un montón y voy a estar acá para escucharte, siempre. Suspiré.

—Yo también te quiero, Lina.

Nos despedimos. Y me fui para mi casa.

Durante todo el camino recordé la voz de Lina diciendo que gustaba de mí, que me tenía cariño y que me quería.

Llegué a mi casa, me acosté y pensé en cómo iba a poder dormir con todo esto. No sabía si escribirles a los chicos, seguramente estaban durmiendo. Decidí esperar hasta el día siguiente y poder hablar con ellos, que sin dudas son las mejores personas para escucharme.

CAPÍTULO 15

Una charla entre amigos

A la mañana siguiente, me desperté y me sentía raro. Miré el *celu* y tenía un mensaje de las chicas en el que avisaban que habían llegado bien a su retiro. Me levanté, me cambié y bajé a desayunar.

En mi casa me notaban distraído y raro, les dije que tenía que entregar exámenes esta semana y que eso me tenía ocupado. No sé si me creyeron, pero por lo menos dejaron de preguntar.

Terminé de almorzar y me fui a la cancha para despejar un poco la cabeza. Cuando llegué estaban Kevin y Javi, los saludé y nos pusimos a hablar sobre la decisión de Javi de “declararse a Malena”. Kevin le dijo que no le parecía, pero que hiciera lo que sentía y, como yo no podía pensar mucho, manifesté que opinaba igual.

Al empezar el partido, no estaba tan concentrado. Para ser sincero, no estaba jugando bien, así que en el segundo tiempo le di lugar a una de las chicas y me senté en las tribunas. Recordé que ese había sido el primer sitio donde había hablado más abiertamente con Lina. Miré mi rodilla, la acaricié y me fui a mi casa.

Cuando llegué, me acosté y me quedé dormido una hora. Al despertarme miré el celular, eran las 19 p. m., y tenía mensajes por privado de Javi y de Kevin. Así que, para no estar contando las cosas dos veces, decidí escribir en nuestro grupo de chat: “Amigos a la 5”...

Tomás:

Hola, chicos, ¿cómo están?

Tati:

Holaaaaa, estamos en recreo. ¿Qué tal el partido de hoy?

Noe:

¡¡Buenas, buenas!!

Kevin:

El partido estuvo bueno, pero quiero saber por qué Tomás se fue antes.

Javi:

Al fin aparecés, hermano, nos tenías preocupado.

Tati:

Pero ¿qué pasó?

Chicos, antes que nada, quiero decirles que estoy bien. Me fui de la cancha porque no estaba concentrado y eso hacía que no jugara bien.

Noe:

¿Y por qué no estabas concentrado?

Chicos, les quiero contar algo, por eso escribí por el grupo.

Javi:

¡Hablá, hermano! Dejá de hacerte el misterioso.

tranquilo y, además, todo esto que decís me hace sentir que de verdad te importa Lina.

Javi:

Es verdad, no conocía esa parte tuya, hermano. Posta que te importa.

Kevin:

No sé qué piensan ustedes, el embole es que las chicas están lejos. Pero pensé que nosotros nos podíamos juntar ahora y hablar mejor del tema.

Tati:

Por mí está bien, pero ¡nos cuentan todo, eh!

Noe:

Pienso igual, ¿vos tenés ganas, Tomás?

Precisamente eso les quería preguntar, si no les molestaba que nos juntemos con los chicos... Necesito una charla de amigos, pero solo estamos tres en el mismo barrio.

Tati:

Ja, ja, me encanta cuando te ponés sentimental y me encanta que Lina saque esa parte tuya.

¡Bueno, gracias! ¿Ustedes pueden, chicos?

Kevin:

Yo ya estoy preparando mi bolsito ja, ja, ja, ja.

Tati:

Ja, ja, ja, ja, ja, chicos, nos tenemos que ir, así que ¡buena charla! ¡Y nos mantienen al tanto!
Ja, ja, ja, ja.

Noe:

¡Buena charla, chicos!

Javi:

Yo estoy camino a tu casa, hermano.

Dale, nos vemos dentro de un rato.

Ordené las cosas en mi pieza, encargué unas *pizzas* y esperé a los chicos.

—Disculpá, hermano, tardamos un poco por la declaración amorosa de Javi —dijo Kevin un poco molesto al entrar a mi habitación.

—Bueno, era mi momento de escribir. Antes de que pase todo esto, yo estaba escribiéndole un mensaje a Malena —comentó Javi emocionado.

—No entiendo, ¿le dijiste que te gusta? —pregunté.

—Le dije lo que me pasaba. Ahora hay que ver qué me contesta, pero primero lo tuyo —agregó nervioso.

—Encargué unas *pizzas*, ¿comemos ahora? Después de hablar con ustedes, me volvió el hambre —respondí.

—Ja, ja, ja, ja, ja, ¡qué loco! Contanos cómo fue —dijo Kevin.

Nos sentamos, servimos las *pizzas* y empezamos a hablar.

—Valiente, Lina, ¡eh! La verdad, hay que hablar esas cosas cara a cara.

Inició la charla Javi mientras tomaba un pedazo de *pizza*.

—Sí, no es de las que se declaran por mensaje de texto —respondió Kevin de forma irónica por el mensaje que le había escrito Javi a Malena.

—Hoy Malena no fue a jugar, así que lo tuve que hacer así. Además, ahora tenemos que hablar lo de Tomás. Dale, contanos cómo fue —insistió Javi.

—Ja, ja. Emmm, estábamos hablando de su clase, me dijo que tenía que decirme algo y, como tardaba, pensé que me iba a decir que no le gustaba como había quedado el trabajo. Me pidió que no me enojara y ahí me dijo: “Tomás, vos me gustás” —respondí.

—Fuaa, ¿y qué hiciste vos? —interrogó Kevin emocionado.

—Nada... No sabía qué decirle, le pedí tiempo —respondí tímidamente.

—¿Tiempo? ¿Me estás jodiendo? ¿Para qué tiempo si a vos te gusta también? —dijo Kevin mirándome seriamente.

—Porque siento que no me conoce del todo. Aparte, ustedes saben que en estas semanas se vienen fechas importantes, y tengo la cabeza a mil y no quiero mandarme cualquiera con ella —respondí preocupado.

—¿Y qué es lo que tendría que conocer de vos? Si sos un buen pibe —agregó Javi.

—Siento que le tengo que contar lo que ustedes ya saben. Y, además, no quería hablarlo mucho en el grupo por Tati —respondí.

—Entiendo, para mí no es algo que condicione el hecho de que Lina te quiera o no. Pero, si para vos es importante contarle, está bien que lo compartas con ella —dijo Kevin tratando de comprender la situación.

—Pienso lo mismo que Kevin y, hablando en serio, me cae bien Lina para vos —agregó Javi muy seguro.

—Para mí también. ¿Y qué pasó después? —preguntó Kevin.

—Estaba nervioso, si casi termino rompiendo mi pantalón —respondí avergonzado.

—¿Cómo? —preguntó Javi.

—Me fui con los *jeans* que tienen las rodillas rotas. Cuando me contó lo que le pasaba conmigo, me puse a romper los hilos —respondí.

—Ja, ja, ja, ja, ¡jodeme! Bueno, fueron los nervios —respondió Kevin.

—Sí, le pedí que termináramos el trabajo. Luego de eso me acompañó hasta la puerta. Le dije que tenía que pensar, pero que sentía que no era una chica que tenía que esperar tanto, pero me dijo que me daba el tiempo que necesitara. Nos abrazamos, me dijo que me quería y que me tenía mucho cariño, y yo le dije que también —respondí.

—¿Le dijiste que la querés? —preguntó Javi asombrado.

—Sí —respondí.

—¡Eso! ¡Bien ahí, hermano! ¿Y hoy le escribiste? —pregunto Kevin entusiasmado.

—No, se juntaba con Malena para ver lo de su clase, así que no quise molestarla —respondí.

—¿Y qué pensás hacer ahora? —preguntó Kevin.

—Sé que la quiero y, ahora que estoy más tranquilo, decidí contarle mis cosas y ver qué pasa. —Suspiré—. Gracias por haber venido.

—¿Es joda? Para eso estamos, hermano —respondió Javi.

—Sí, estamos para acompañarnos y, sea lo que te diga Lina, también vamos a estar —reafirmó Kevin.

—Gracias, chicos, me siento afortunado de tenerlos —agregué.

—¡Oh! ¡Sos tan tierno! —respondió haciéndose el gracioso.

—Ja, ja, ja, ja, ja, estás pesado ja, ja, ja, ja —comentó Javi.

—Bueno, ¿nos pedimos unos helados? —preguntó Kevin.

—¡De una!, ustedes pidan. Yo voy a ver si me contestó Malena —respondió Javi emocionado.

Pedimos los helados y pasamos una buena charla con los pibes. No soy mucho de proponer estas juntadas, pero esta vez la necesitaba. También esa noche Malena le respondió a Javier su mensaje: no dijo mucho, solo que quería hablar con él en los próximos días.

Algunas verdades

Luego del fin de semana cargado de emociones, comencé la semana más tranquilo. Eran las 8 a. m. y, antes de entrar a clases, le escribí un wasap a Lina para desearle suerte en su clase.

Tomás:

¡Hola, Lina! ¿Cómo estás? Te escribo para desearte éxitos en tu clase, estoy seguro de que te va a ir muy bien. Después contame qué tal te fue.

Lina:

¡Hola, Tomás! Bien, un poco nerviosa, pero tengo fe de que todo irá bien. Muchas gracias por tu mensaje. Dentro de un rato me toca exponer, así que después te aviso qué tal me fue.

Ese lunes tenía la mañana movida porque tenía que entregar promedios y libretas, pero no voy a negar que hubo momentos en que pensaba en Lina. Quería que pasara la mañana volando para que me avisara qué tal había salido su trabajo y luego poder invitarla a charlar.

Una vez completadas las libretas, recibí una llamada de Lina...

—Hola, Lina, ¿qué tal te fue?

—¡Hola, Tomás! ¡No sabés lo emocionada que estoy! Pero, antes que nada, te quiero decir gracias, ¡¡gracias por haberme ayudado!!

—Ja, ja, está bien, Lina, pero explicame qué pasó porque no entiendo nada ja, ja.

—Sí, sí, disculpá, es que estoy muy emocionada. La cosa es así: en la charla estaban los directivos del laboratorio y también estuvieron representantes de un laboratorio muy importante de Barcelona. No nos habían avisado nada a mis compañeros y a mí para que pudiéramos hacer el trabajo tranquilos. Y, bueno, después de la charla, nos avisaron que estas personas estaban presentes y que iban a elegir cuatro clases. ¡Y entre esas cuatro eligieron la que hicimos nosotros!

—¡¡Noo!! Qué *copado*, Lina, me alegro muchísimo por vos. Sabía que ibas a hacer un gran trabajo.

—Gracias y gracias a vos. Aparte, estas personas te tienen en cuenta para ofrecerte becas en su laboratorio de Barcelona de uno o dos años.

—¡Buenísimo! Me alegro de que todo haya salido bien.

—¡Sí! Mirá, no sé si vos estás ocupado a la tarde, pero me gustaría salir a festejar, tomar algo, no sé.

—¡Sí, obvio! Tipo 20 h estaría bien.

—Buenísimo, nos vemos más tarde.

Esa tarde fui a mi clase de Gastronomía, volví a mi casa, dormí un poco y me entré a bañar. Al salir del baño, mi mamá me avisó que mi celular había sonado varias veces, así que fui a ver qué estaba pasando. Tenía dos llamadas perdidas de Kevin y un mensaje de Lina en el que me avisaba que había tenido un inconveniente y, si me parecía bien, que nos viéramos a las 22 h. Le contesté que no tenía problema y que nos juntábamos a esa hora. Y luego llamé a Kevin.

—Hola, Tomás.

—Hola, Kevin, ¿qué pasó?

—Te lo cuento rápido. Llegué a casa y lo encontré a Javi sentado en mi vereda, llorando.

—¿Llorando? Pero ¿qué le pasó?

—¿Y qué le va a pasar? Se fue a ver con Malena, como nos contó el sábado, y el apresurado se fue con flores y chocolates pensando que la piba le iba a decir que, no sé, se iban a casar, parece. Y, cuando llegó, Malena no entendía por qué se presentó así y le terminó cortando el rostro, y ahora tiene la dignidad por el piso.

—No sé qué decirte, la verdad es que fue muy apresurado de su parte. Recién salgo de bañarme, así que me cambio y me voy un rato a tu casa.

—Dale, hermano, las chicas están en camino, así que estaba pensando en encargar unas *pizzas*, ¿qué decís?

—Mmmmm.

—¿Qué pasa, ya tenías planes?

—Sí, arregle con Lina en vernos tipo 22 h. Le fue bien en su trabajo y queríamos festejar. La llamo y le pregunto si no tiene problema con que nos veamos mañana.

—¡¡NO!! Andá con Lina, nosotros nos encargamos de Javi.

—Hagamos una cosa: voy a tu casa y, antes de las 22 h, me voy a ver con Lina.

—Bueno, pero después te vas a ver con Lina. Vos y Lina son lo más claro que vi durante este fin de semana ja, ja.

—Ja, ja, está bien, está bien, nos vemos dentro de un rato.

Me cambié y salí para la casa de Kevin. Cuando llegué estaban tomando unos mates. Javi estaba acostado en uno de los colchones que estaba en el piso. Lo saludé y le pregunté cómo estaba; me respondió que estaba un poco mejor, pero que todavía se sentía un tonto. Kevin entró a su pieza y trajo unas medialunas, así que le pedimos a Javier que nos contara qué había pasado con Malena.

—Soy un zarpado, chicos, al final Malena me gusta más de lo pensaba —dijo Javi indignado.

—Para mí fuiste apresurado. ¿Qué te hizo pensar que la piba te iba a decir lo mismo que vos sentís? —pregunto Tati.

—Yo lo que quiero saber es qué le escribiste el sábado —agregó Noe.

—Emmm, fue así: el sábado le escribí tipo un testamento donde, en resumen, le dije que me regustaba, que me parecía relinda y rebuena piba, que sentía que había onda, aunque a veces

notaba que era media tímida conmigo. Que esto lo vengo sintiendo hace como dos años y, como en este tiempo tuvimos más contacto, es como que mi sentimiento creció más hacia ella y se lo quería decir —respondió Javi con mucha seguridad.

—Ah, no, pero sos un nabo —respondió Noe indignada.

—Posta, o sea, es como que todo lo que juntaste en estos dos años se lo tiraste en un mensaje, y anda a saber qué otras cosas dijiste, porque nos hiciste un resumen. ¿No tenés la conversación? —preguntó Tati.

—No, la borré. No tengo ganas de leerme como un idiota —respondió Javi.

—Pero ¿ella qué te respondió el sábado? —preguntó Noe.

—Ella solo me dijo que teníamos que hablar y ayer, como estaba ansioso, le escribí preguntándole si nos podíamos ver y me mandó un audio diciéndome que hoy podía después de las tres, y que también le parecía que era hora de hablar las cosas ya que para ella también era importante —respondió Javi.

—Y con eso ya te hiciste la cabeza —dijo Noe.

—A ver, ya sé que, como yo lo cuento, parece así nomás la cosa. Pero, bueno, me la compré solo. Ustedes vieron que Malena tiene una voz seductora, me dijo: “Nos vemos, te dejo un beso”. Y, bueno, yo deliré —respondió Javi haciéndose el canchero.

—Bueno, Malena tiene esa onda de despedirse, a nosotras en el grupo nos dice: “Bueno, *chiquis*, nos vemos el sábado, besos”. Acá está claro que vos no interpretaste bien las cosas —dijo Noe en tono de reto.

—Yo te dije, hermano, a esa chica no le movés ni un pelo. Se va cada tanto a zona norte, no sé por qué se me hace que tiene al vago allá —agregó Kevin convencido.

—Bueno, vos me querés ayudar a sentirme mejor, ¿o qué? —respondió Javi.

—Lo que quiero es que analices las cosas y dejes de estar mal por algo que nunca pasó y que solo estaba dando vueltas en tu cabeza —dijo Kevin indignado.

—¿Vos qué pensás, Tomás? —preguntó Tati.

—Tomás está en otra porque dentro de un rato se va a ver con Lina. Te dije, hermano, que no vinieras, que te concentraras en tus cosas —respondió Javi.

—Ja, ja, mirá, Javi, no estoy en otra, sino que estoy escuchando y pensando las cosas. Además, quiero estar con ustedes acá. Yo pienso como Kevin, te emocionaste demasiado con ella. Aparte, Malena nunca se te acercó o te mandaba mensajes como para pensar que había onda —respondí.

—¿A ustedes, chicas, nunca les dijo nada de si anda en algo? —preguntó Kevin.

—Una vez nos encontramos con ella en el colectivo y queríamos ver si le podíamos sacar algo como para contarle a Javi, pero no es una mina que da lugar a eso, sino que nos pregunta más cosas a nosotras. Así que no, no tenemos ni idea —respondió Tati.

Nos pasamos hablando sobre el tema Malena y Javi durante esas horas. Un rato antes de las 22 h, Lina me mandó un mensaje para que nos encontráramos en la cafetería. Me despedí de los chicos y me fui.

Al llegar a la cafetería, busqué la mesa donde Lina me había dicho que estaba sentada y en eso vi que estaba Malena sola. Me saludó con la mano y me hizo señas para que me dirigiera hasta ahí. Cuando me acerqué, nos saludamos y me invitó a sentarme. Me dijo que Lina estaba en el baño y que ya venía. Noté que sus ojos estaban rojos, parecía que había llorado un buen rato.

—Malena, ¿estás bien?

Me miró y fue como que pensó para responderme.

—Supongo que ya sabés lo que pasó con tu amigo.

—Con Javi, sí, vengo de estar con él.

—Seguramente deben estar reembolados conmigo porque su amigo no debe estar bien.

—¿Y por qué tendríamos que estar embolados con vos?

—Porque tu amigo se enganchó remal conmigo y, después de nuestra charla, no se fue bien. Es más, creo que tenía ganas de llorar.

—Mirá, Malena, si bien Javi no está bien, nosotros no tenemos por qué embolarnos con vos. Si Javier se hizo la cabeza solo, es problema de él. Nosotros como amigos solo lo escuchamos y lo aconsejamos, en ningún momento te puteamos o te insultamos, o pensamos que sos una *forra* con él. Es más, nosotros sabíamos que no había onda de parte tuya porque, las veces que te vimos con él, lo trataste como a cualquiera de los chicos. Así que nosotros no tenemos problemas con vos.

—¿De verdad?

Lloró un poco.

—¡¡Sí!! Es más, ahora que me pongo a pensar, hasta donde yo me quedé con los chicos, nadie le preguntó qué le dijiste.

—Bueno, antes que nada, gracias por no pensar pestes de mí. No es la primera vez que me pasa esto con un chico y muchas veces quedé como creída, agrandada, hasta un monstruo a veces. Cuando fui a hablar con tu amigo, sinceramente no me esperaba que fuera con flores. O sea, no entendía nada. Ya iba nerviosa porque quería decirle las cosas en la cara para que quedaran claras, y me asusté y me salió decirle que cero onda con él, que yo estaba retranquila porque sabía que no le había tirado ningún centro como para que se hiciera la cabeza, y que la estaba *flasheando* mal, y que lo mejor era que no nos habláramos, que no nos viéramos y que conmigo no tenía ninguna chance porque estoy en otra.

—Le fuiste clara y estuvo bien. Y, de mi parte, no parecés creída ni agrandada; es más, para mí sos buena mina.

—Bueno, gracias. Eso me deja más tranquila.

En ese momento, salió Lina del baño y se acercó a la mesa y me saludó. Antes que ella se sentara, Malena se levantó y nos dijo que ella se iba. Nosotros la invitamos a que se quedara, pero no quiso. Así que nos quedamos los dos solos.

—Bueno, ¿tenés ganas de pedir algo para comer? —preguntó Lina.

—Estaba pensando que podríamos comprar algo e ir a comer en la plaza. Dentro de un rato van a hacer una muestra de baile —respondí.

—¿En serio? Me parece genial. Vamos —dijo Lina.

Fuimos a comprar unos sándwiches y un par de gaseosas, y nos sentamos en el mismo lugar de siempre de la plaza, junto al árbol. No sentía que era el momento como para hablar de nuestros temas, así que brindamos por su logro en el trabajo y nos pusimos a disfrutar del *show*, hasta que Lina recibió un mensaje de Malena.

—Es Malena, supongo que ya sabés todo lo que pasó hoy.

—Sí. Es más, antes de que llegaras, estaba hablando con ella y le expliqué que, de parte mía y de los chicos, estaba todo bien.

—Sí, eso me está escribiendo. Parece que Javi le volvió a escribir y ella está un poco incómoda.

—Debe ser que ya está solo en su casa. Es pesado, se le va a pasar dentro de unos días y la va a cortar. Si no, decile a Malena que no se preocupe, que mañana hablamos con él y no le va a mandar más mensajes.

—Sí, bueno. Mirá, Tomás, a Malena le hablé sobre vos y ella me dijo que recién le hablaste muy bien. Sabe que Javier se *copó* con ella y, si bien ella no tenía esa intención con él, me pidió que te contara algo, pero que por favor no se lo dijeras a nadie, pero a nadie.

—Emm, bueno, decime, no sé de qué se trata.

—Bueno, ella piensa que, si vos lo sabés, vas a poder ayudarlo un poco más a Javier a que deje de pensar en ella y esas cosas.

—Bueno, decime.

Se puso pensativa unos minutos y habló.

—Bueno, Tomás, la realidad es que Malena es lesbiana.

—¿¡Cómo!?

Me quedé sorprendido y helado a la vez.

—Lo que escuchaste: Malena es lesbiana, no le gustan los varones. Es por eso que nunca salió con nadie de acá.

—La verdad, me dejaste sorprendido. Nunca me lo hubiera imaginado. Siempre la vi rodeada de varios chicos y, bueno, pensé que con alguno salía.

—Esa fue su ventaja para cubrir esto, pero nunca tuvo nada con nadie. Yo lo sé desde que tenemos catorce años. Fue muy difícil para ella aceptar esto.

—Me imagino, y más con su familia.

—Su familia no tiene problema, la aceptaron tal cual es desde el primer momento. Sí tuvo un rechazo de parte de sus tíos, pero hoy en día ya no les da bola.

—Qué loco, y pensar que Tati en su momento pensó que, esa vez que se acercó a la parrilla la noche que nos conocimos, fue porque quería algo conmigo.

—Bueno, otra cosa que te tengo que contar a pedido de Male es que no se acercó por vos, se acercó por Tatiana.

—¿Le gusta Tatiana!?

—A ver, no está enamorada de ella. Solo le atrae y estaba tanteando el terreno. Se dio cuenta de que no tiene chances, por eso dejó de ir algunos sábados a jugar a la pelota.

—La verdad es que estoy sorprendido. Y Kevin pensando que tenía algún chico en zona norte.

—En zona norte estaba su expareja. Por eso iba cada tanto allá.

—¿En serio?

—Sí, todo esto que te estoy contando lo hago porque tengo el permiso de ella. Hace poco terminó esa relación. Y, si bien no fue fácil, era algo que tenía que pasar porque no estaba siendo muy buena esa relación para ella. Es por eso que un sábado no fui a la cancha, ella volvía mal de zona norte porque había terminado con su pareja. Y con Tatiana lo que pasó es que iba los sábados para estar con ella. Una vez se encontró con tus dos amigas y les empezó a hacer preguntas sobre sus vidas, y ahí se dio cuenta de que no había chances con Tatiana.

—Ya veo, habrá sido muy difícil para ella todo esto.

—Sí, con esto de Javier fue sorpresivo. Por eso yo siempre te decía que, si Javier era bueno con ella en “modo amistoso”, estaba todo bien.

—Ahora lo entiendo.

—No es la primera vez que le pasa igual, hubo otras veces. Y las amistades de esos chicos no fueron muy buenas con ella. Lo que siempre le dije es que se quedara tranquila porque ella nunca, pero nunca le dio lugar a alguien como para que se confundiera. Desde el momento en que se aceptó, solo se ocupó en buscar su bienestar. Y siempre me molestó ver cómo otras personas, por el solo hecho de ser linda, la juzgaran porque no le daba bola a un chico.

—Siempre estuviste con ella desde el primer momento.

—Siempre. El día que me lo contó, lloramos las dos. Ella, porque se liberó de algo tan grande y pesado que sentía de chica, y yo, porque no quería que nadie la lastimara. Pero eso, a veces, es inevitable. Recuerdo que, luego de que me lo contó, me preguntó si la iba a seguir queriendo, si seguía siendo mi hermana, hasta me preguntó si me daba asco haber compartido cosas con ella.

—¿Y qué le dijiste?

—Que lo que menos sentía por ella era asco. La abracé y le dije que la amaba, que esto no cambiaría nada. Que es mi hermana, mi amiga, mi compañera y que siempre la iba a cuidar. Te lo cuento y es como si lo estuviera viviendo otra vez.

Miré a Lina y noté que quería llorar. La abracé, acaricié su pelo y le dije que, si quería llorar, lo hiciera, que yo estaba con ella. Y, luego de eso, lloró un rato. Dejé que se descargara y, después, apoyó su cabeza en mi hombro y me dijo:

—A veces, la gente es muy cruel, Tomás. Yo misma presencié cuando, en una fiesta de sus tíos, la echaron delante de pocas personas diciendo que no querían compartir ese momento con ella por su orientación sexual. Ese día estaban mis papás, ellos sacaron a Male de ahí. Nos fuimos a casa y Male les contó a mis papás la verdad; tenía mucha vergüenza, pero mis papás la abrazaron y le dijeron que siempre podía confiar en ellos. Si la gente comprendiera que hay diferentes formas de amar, este mundo sería un poquito mejor.

—Si bien pasó momentos difíciles, lo bueno es que tiene personas como vos a su lado. Lina, esto que estamos hablando no se lo voy a decir a nadie. Y gracias por confiar en mí. Y hablaré con Javi, así se calma un poco.

—Gracias, a Male también la puso mal la idea de que ustedes se molestaran. La verdad es que la pasa muy bien jugando con ustedes los sábados, pero para evitar problemas decidió no ir tan seguido.

—Mirá, Malena puede venir a jugar las veces que quiera con nosotros. Es más, puede ir hasta el próximo sábado. No sé si querrá porque tal vez siga un poco movilizada por esto; pero, cuando esté más tranquila, que vaya, nosotros la vamos a estar esperando.

Nos quedamos unos minutos más abrazados y, después de eso, nos levantamos para ir a nuestras casas.

Acompañé a Lina hasta la suya. Para cambiar el ambiente, hablamos sobre su clase y, en un momento, rozamos nuestras manos. Nos miramos y bajamos la cabeza, yo pensé unos segundos y le tomé la mano. Ella, con su mirada, me aseguró que estaba bien, y así caminamos hasta su casa. Me sentía tan pleno y feliz. La miraba y no podía creer que quería a alguien tan bueno y transparente como Lina.

Me costó despedirme de ella, así que nos abrazamos y le deseé que tuviera buenas noches. Ella, como de costumbre, me pidió que le avisara cuando llegara a casa.

En el camino, me di cuenta de que ya no quería perder más tiempo con Lina. Estaba consciente de lo que sentía por ella, así que decidí que, en el próximo encuentro que tuviéramos, se lo tenía que decir.

Recordar el pasado

La cancha fue alquilada el sábado, así que, con los chicos del barrio, sentimos que teníamos un fin de semana realmente libre. Esa mañana vino a visitarme Kevin a casa.

—¿Qué podemos organizar hoy? —preguntó Kevin acostado en mi cama, mientras jugaba con una pelota de tenis.

—Seguro algo sale, los chicos se van a organizar —respondí.

—Podríamos organizar algo nosotros.

—Emm, puede ser.

—¿Por qué dudás?

—Hoy quería hablar con Lina.

—¡Bien ahí! ¿Y por qué no me lo decís de una?

—Ja, ja, me da vergüenza.

—Esto va en serio.

—Lo mío con Lina es especial.

—¡Eso! Me gusta sentirte seguro.

—Le quiero contar sobre Macarena.

—¿Qué? Pero ¿por qué?

—Es parte de mi pasado y quiero que sepa las cosas que pasé y en qué estuve.

—Tomás, vos no estuviste en nada, pensé que eso lo tenías claro.

—Bueno, pero quiero contárselo.

—Está bien, yo te apoyo. ¿Querés que les cuente a los chicos?

—Mmmm, bueno, estaría bueno.

En ese momento, le llegó un mensaje a Kevin...

—¿Quién es? —pregunté.

—El Pupi dice que nos espera en su casa hoy a las 22:30. Ya tenemos fiesta —respondió Kevin emocionado.

—Ja, ja, ja, ja buenísimo.

—¿Y vos cómo vas a hacer?

—Voy a hablar más temprano con Lina y de ahí vamos a la fiesta.

—¡Ah, bueno! Estas reseguro de que hoy salís de tu casa con novia.

—Ja, ja te pasás.

—Y sí, hermano, es así. Che, ¿te parece que, después de que hables con Lina, los pasemos a

buscar con Javi, Noe y Tati?

—Eh, sí, por mí no hay problema. Pero capaz que a Lina la viene a buscar Male.

—¿Y qué tiene? Que venga con nosotros también. Javi ya está mejor de eso.

—Bueno, mejor.

En ese instante, le escribí a Lina para que nos encontráramos en mi casa a eso de las 20 h. Ella aceptó, así que sentí que había llegado el momento. No era la primera vez que le pedía a alguien que fuera mi novia, pero debo admitir que estaba nervioso y emocionado al mismo tiempo. Además, era la primera vez que hablaba con alguien que no tenía nada que ver con mi grupo de amigos: de Macarena.

Le envié un mensaje a Tati para que nos viéramos un rato antes de que conversara con Lina.

—¿Qué hicieron hoy con Kevin?

—Hablamos.

—Así que hoy te declararás a Lina.

—Ja, ja, ustedes están más emocionados que yo.

—Vos también estás emocionado, Tomás, solo que lo escondés.

—Bueno, está bien, es verdad. ¿Vos qué decís con respecto a que le cuente lo de Maca?

—Creo que está bien si vos querés.

—Lo quería compartir con vos porque nosotros lo vivimos más de cerca.

—Lo sé, Tomás, pero hay algo que te quiero decir: vos no tenés la culpa de nada de lo que pasó. Vos no sos parte de ese mundo donde estaba Maca. Te lo recuerdo porque parece que te olvidás.

Suspiré.

—Está bien. —Sonó el timbre—. Debe ser Lina.

—Bueno, campeón, ¡todos los éxitos!

Nos dimos un abrazo y quedamos en vernos después de hablar con Lina. Cuando Tati salió de mi pieza, al rato tocaron la puerta. Cuando la abrí, era Lina...

—Hola, Tomás, ¿cómo estás?

—Bien, Lina, pasá... Sentate donde quieras.

Con Kevin ya habíamos acomodado las cosas para dormir en mi habitación después de la fiesta.

—¿Los chicos vienen a dormir acá después de la fiesta?

—Sí, por lo general, nos juntamos en la casa de Kevin, pero hoy tocó en mi casa.

—Genial, ¿qué querías hablar conmigo?

Tomé valor y le dije:

—Lina, yo quiero hablar con vos sobre lo que me dijiste aquella noche en que estábamos haciendo el trabajo.

—Bueno. —Sonrió—. Me puse un poco nerviosa, pero hablemos.

—Bueno, ¿nos sentamos? —Le tomé la mano—. Lina, antes que nada, quiero contarte cosas

que no hablé más que con mi grupo de amigos.

—Está bien, decime.

—Lina, ¿te acordás de que una vez te hablé muy poco de una chica que fue mi novia?

—Sí, ¿qué pasó con ella?

—Bueno, fue en noveno año. En ese tiempo éramos Kevin, Javi, Noe y yo. Teníamos que hacer un trabajo en grupo y nos faltaba una persona más. Ahí conocimos a Tati, pero, como ella se juntaba con otra chica, le pedimos al profe si nos dejaba que el grupo tuviera un integrante más.

—Sí...

—Ella se llamaba Macarena, y la conocimos pocos días antes de presentar el trabajo porque estaba de viaje. Y, bueno, nos conocimos, empezamos a salir, había onda... Otras veces no, porque cada tanto viajaba al exterior para visitar a su papá; sus papás se habían separado. Y, también en ese tiempo, había fallecido mi abuelo. Los dos no estábamos pasando un buen momento y, de cierta forma, nos complementábamos.

—Entiendo.

—También en ese tiempo, jugando a la pelota, me había roto los ligamentos de la rodilla derecha y me deprimí más sumando lo de mi abuelo. No tenía ganas de hacer nada y me la pasaba en mi casa, prácticamente, llorando. Los chicos venían a verme, pero yo no tenía ganas de sobrecargarlos con mi estado de ánimo. Solo recibía a Macarena, hasta que unos días dejó de venir.

—¿Qué le pasó?

—Ella tampoco estaba bien por la separación de sus papás y empezó a hacer un tratamiento psicológico. Tati me avisó, porque Maca le pidió que lo hiciera, que dentro de dos semanas iba a volver a verme. Pasaron esas dos semanas y volvió, estaba mejor de ánimo ella. Y, luego de un tiempo, se volvió a perder de nuevo.

—¿Tuvo una recaída?

—Los primeros días nadie sabía de ella, ni siquiera Tati. Después volvió a aparecer y Tati me dijo que la notaba media rara. Un día me vino a visitar. Y me comentó que había ido a visitar a su papá porque no se bancaba a su mamá y que había encontrado a un profesional que le había dado unas pastillas que le hacían muy bien.

—O sea que ella dejó la terapia con su psicólogo de acá.

—Sí y no, iba cuando quería prácticamente. Yo ya me había operado y había empezado la kinesiología. Tenía mucha ansiedad por saber si iba a volver a jugar, me embolaba ver cómo los chicos jugaban y yo no. Hasta que un día no tuve mejor idea que ir a la cancha. No iba ni cuatro semanas de kinesiología y entré a jugar un rato. Bah, qué rato... No duré ni cinco minutos.

—Pero ¿por qué hiciste eso? No ibas ni un mes recuperándote.

—Sí, lo sé. No sé, no pensaba. Estaba reembolado, necesitaba cosas que me distrajeran y no las encontraba. Tampoco dejaba que mis amigos me vinieran a ver porque no quería ser una carga.

—Pero los chicos que estaban jugando ¿sabían que te habías operado?

—No, por eso aproveché. Si hubieran estado mis amigos, ni loco me hubieran dejado jugar.

Justo en ese momento, llegaron Kevin y Javi. Yo estaba tirado en la cancha con mucho dolor. Ellos llamaron a mis padres y me vinieron a buscar. Cuando llegué a mi casa, querían llamar a un médico, pero yo no quise. Estaba muy molesto, así que me tomé un analgésico y me puse hielo en la rodilla. Estuve encerrado toda la tarde. Y esa noche me vino a ver Macarena. Y la noté media rara.

—¿Rara por qué?

—Estaba como demasiado alegre. Yo le dije que no tenía muchas ganas de que me visitaran, pero ella insistió en que le contara qué me pasaba. Le dije que ya estaba hartito de mi rodilla, que me dolía y que no sabía si iba a poder volver a jugar con los chicos. Y que también me dolía lo de mi abuelo. Que tenía ganas de tirar todo al carajo.

—Se te había juntado todo.

—Sí. Luego de que le conté mis cosas a Macarena, ella sacó unas pastillas; me dijo que ella se sentía igual que yo, pero que esas pastillas la habían ayudado a sentirse mejor. Que la persona que se las había dado le había recomendado que las tomara cuando no se sentía bien, pero solo un cuarto de pastilla. Pero ella se dio cuenta de que tomando una entera estaba rebién.

—¿Y quién le dio esas pastillas?

—No se lo pregunté en ese momento, yo estaba hartito, así que le dije que me diera una. La tomé y me sentí mejor. Así pasó una semana: ella venía a verme y me daba una pastilla, y yo la tomaba. Hasta que una noche...

—¿Qué pasó esa noche?

—Me peleé con Javi porque me dijo que la había visto a Macarena en cosas raras con unos pibes de la cuadra donde él vivía y que no quería que la viera. Yo le dije que ella era mi novia y que, si quería, la iba a seguir viendo. Lo eché y esa noche vino Maca. Yo estaba destrozado, ya no me bancaba nada. Entonces ella me dijo que se sentía igual y que si tenía ganas de meditar.

—¿De meditar?

—Sí, a mí ya me daban igual las cosas, así que le dije que bueno. Teníamos que tomar una pastilla completa cada media hora. En total cuatro, pero ella solo tenía siete, así que me dijo que me daba tres a mí y cuatro para ella porque estaba más cansada de todo.

—¿De qué pastilla se trataba, Tomás?

No quería decirle, así que seguí con la charla.

—A medida que iba tomando cada pastilla, ella me decía que yo era la única persona buena con ella, que no la maltrataba por tomar esas cosas y que encima la acompañaba; que me quería, pero que ella estaba más cansada que yo. Siempre repetía lo mismo.

—Tomás, ¿qué pastilla era?

—Yo empecé a reír y a llorar a la vez, y ella también, hasta que se terminaron todas las pastillas y se cayó al piso. Por intentar levantarla, me caí yo también y rompí un vaso. Eso hizo que entrara mi mamá a la pieza, y nos encontró a los dos idos. Llamó a mi papá y, hasta que subió, tomó a Macarena. Ella solo decía que estaba harta y que no podía hacerme nada injusto a mí. Mi papá llamó a la ambulancia y, hasta que llegó, me preguntó qué habíamos tomado. Yo no

sabía y ni siquiera podía responderle, solo podía escuchar. Mi mamá trataba de que Macarena permaneciera despierta porque cada tanto se dormía. Y, cuando llegaron los médicos, Macarena me dijo una frase y se la llevaron.

—Pero ¿qué frase te dijo?

—La misma que mi abuelo me dijo la última vez que lo había ido a visitar en la clínica. Ella sabía de eso porque se lo había contado. “Tomás, no siempre dos más dos es cuatro, a veces es tres”.

No aguanté las lágrimas al recordar ese momento, así que lloré y Lina me abrazó.

—Tranquilo, Tomás. Ese momento habrá sido muy difícil, pero hoy estás acá con tus seres queridos. ¿Qué pasó con la chica? Y disculpá que te vuelva a preguntar lo mismo: ¿de qué pastilla se trataba?

—Cuando los médicos vieron el pastillero, se alarmaron. Y uno me preguntó a mí cuántas habíamos tomado. Y yo le hice un tres con señas, y luego me preguntó por Macarena y le dije cuatro. Luego me caí al piso y solo logré escuchar que la pastilla era CRP.

En ese momento, Lina abrió grandes los ojos.

—Pero esa pastilla está fuera del mercado hace años. ¿Cómo la consiguió esa chica?

—Las conseguía cuando se iba de viaje. Lina, fui un adicto y no pude ayudar a Macarena.

Lina me miraba.

—Tomás, ¿y qué pasó con la chica?

Me largué a llorar.

—¿Y a vos qué te parece que le pasó si me siento tan miserable en este momento? ¡A los dos nos tuvo que haber pasado lo mismo!

El momento se puso tenso...

—Tomás, vos no tuviste la culpa de nada. ¿Y sabés por qué hoy estás con tus seres queridos?

—¡Andate, Lina! No quiero que me veas así.

—No, Tomás, no te voy a dejar así. Vos no tuviste la culpa de nada. Esta chica sabía muy bien lo que hacía y no te dio la misma cantidad de pastillas porque lo único que quería era que la única persona que no la juzgaba por tomarlas la acompañara. Ella sabía que vos no ibas a terminar igual que ella.

—¡Callate, Lina! ¡Te estoy pidiendo que te vayas y no entendés! ¡¡Andateeeee!!

—¡¡No!! Porque si me contaste esto es por algo. Tomás, vos sentís culpa, y yo te quiero y quiero ayudarte con esto. Ella lo único que quería era estar acompañada, ella sabía que quería terminar con todo porque te lo dijo: estaba cansada de todo.

No podía controlar el dolor, así que esta vez grité más fuerte.

—¡¡¡Andate, no quiero que me veas así!!!!

—Yo me quedo con vos, Tomás. Sé de qué se trata esa pastilla: te hace delirar con una sola toma, luego vas sumando y, al llegar a cuatro, las posibilidades de eliminarlas del organismo son prácticamente nulas. Pero con tres las posibilidades de eliminarla son mayores.

En ese momento, tiré uno de los adornos de mi pieza y, mientras lloraba, le dije a Lina:

—¡Callate, Lina, dejá de escarbar mi dolor! No necesito que me digas esas cosas. ¿Quién te creés que sos? Fui un adicto, fui un cobarde y un inservible. ¡ANDATE!.

—¡No lo sos! Tomás, yo te quiero, y sacaste ese dolor. Y sé que, con las personas necesarias, vas a poder salir de esto.

En ese momento, entró mi mamá a la pieza, no entendía nada. Yo me tiré al suelo. Lina me abrazó y le pidió a mi mamá que llamara a un médico, que ella me iba a contener hasta eso. Solo recuerdo que lloraba como un niño y que Lina me hablaba; me decía que me tranquilizara, que me quería, que no estaba solo, que esto iba a pasar y que iba a estar bien.

Transcurrieron unos minutos y entraron los chicos a mi habitación. Le pedí a Kevin que la sacara a Lina de allí, que ella no me escuchaba, que no la quería ver. (Esa frase me causó mucho dolor). Lina se fue y conmigo solo quedaron los chicos. Cuando llegó el médico, me dio un calmante. Después de eso, solo recuerdo que me dormí.

A la mañana siguiente, me desperté y estaban los chicos durmiendo alrededor mío. Noe estaba dormida en una silla y, al notar que me senté, se despertó. Me preguntó si me sentía mejor y le dije que sí, solo un poco confundido y raro porque hacía rato que no me sentía así.

Ella se acercó y me abrazó. Me dijo que ella, junto con los chicos, me estaban esperando fuera de casa y que habían visto salir a mi mamá y les había contado lo que había pasado. También estaba Malena. Le pregunté por Lina y me dijo que se había ido con Malena, pero que durante la noche había estado preguntando como estaba.

Los chicos se habían turnado cada dos horas, durante la noche, para ver si me despertaba o necesitaba algo. Me quedé un rato en silencio, pensando en mí y en Lina; me preguntaba si, después de lo de la noche anterior, iba a querer hablar conmigo. Noe solo me miraba y luego me dijo: “Tomás, ahora entiendo por qué a veces estás raro: hay cosas que te las guardaste y ayer salieron de nuevo. Nosotros vamos a estar siempre y te queremos ver bien. No estás solo y, en todo lo que necesites, nosotros vamos a estar y Lina también”.

Una charla con amigas

Luego de ese episodio donde mis sentimientos se mezclaron y explotaron, decidí volver a terapia. En el colegio se enteraron de lo que me había pasado y me dieron una semana para acomodar mi cabeza.

Hacía años que no sentía esa culpa en el pecho, esos nervios recorriendo por mi cuerpo y esa fastidiosa sensación de querer gritar y descargar todo. Con los únicos con que me juntaba era con mi grupo de amigos. A Lina no quería verla, tenía vergüenza por cómo la había tratado. Ella me había enviado un mensaje deseándome que me recuperara y diciéndome que me quería; pero, a pesar de eso, sentía que no merecía ni una palabra de aliento de su parte.

Lina, con su forma de ir más allá de lo que uno le muestra, me hizo dar cuenta de que había cosas que no había superado; sentía que una parte de mí estaba tranquila, pero la otra se encontraba vacía. Recordaba la frase de mi abuelo, a veces me daba la sensación de que Lina quería explicármela, pero en ese momento no podía escuchar más nada porque me sobrepasaba. Me acuerdo de que varias veces me dijo que no me iba a dejar solo a pesar de mi estado emocional. En ese instante, seguramente estaría conmigo apoyándome y dándome cariño. Cuando me escribió ese mensaje, le dije que gracias y que necesitaba un tiempo a solas; ella me respondió que me lo respetaba y que me daba el tiempo que precisaba. Era la segunda vez que me lo decía y no quería que me lo dijera una tercera vez, así como también me preguntó tres veces sobre qué tipo de pastilla había consumido.

En ocasiones, me pregunto por qué Lina, siendo la persona que es, te daba tiempo. ¿No se daba cuenta de que dar tiempo es, en realidad, camuflar la espera? ¿Por qué darle tiempo a alguien que no te trató bien? ¿Por qué esperar a alguien que no tiene resueltas cosas del pasado? ¿Cuál era la fórmula secreta y exacta para hacerlo? No lo entendía, a veces me hacía pensar que tal vez una parte de ella no se valoraba. La cabeza de Lina era un mundo que, en ocasiones, no comprendía.

Pero, bueno, así fueron pasando los días hasta que llegó el viernes. Ese día me junté con Noe y Tati a merendar en la plaza...

—Gracias por venir —dije mientras las chicas se sentaban en el pasto.

—No jodas, Tomás, para eso estamos las amigas —respondió Noe.

—Es verdad, hice pastaflora —agregó Tati.

—¡Buenísimo! —exclamó Tati—. Yo traje el mate y unos bizcochitos.

—Yo, unas medialunas —respondí.

—¡Una supermerienda en la plaza! —exclamó Tati.

—Ja, ja. ¡Sí! —dijo Noe.

—¡Qué buen lugar! Si bien está fresco y este árbol da una sombra espectacular, es como que te

transmite el calor del solcito. ¿Qué se te dio por venir acá, Tomás? —preguntó Tati.

—Extraño momentos y necesitaba compartirlo con la gente que quiero —respondí mirando parte de la plaza.

—¿Y qué extrañas? —preguntó Tati.

—A Lina —respondió Noe mirándome.

—¡Ah! Este es el lugar de la plaza donde te viste algunas veces con ella —afirmó Tati.

Me encogí de hombros, no quería afirmarles que lo que decían era verdad, pero estaba aprendiendo a expresar las cosas que sentía, así que lo puse en práctica.

—Bueno, sí, es verdad. Extraño a Lina y, además, quería salir un poco de casa.

—Es entendible, Tomás, vos la querés y te gustaría estar con ella. Y, con respecto a eso de salir de casa, es verdad, está bueno despejar la cabeza —dijo Tati.

—¿No hablaste con ella? —preguntó Noe mientras cebaba un mate.

—No, como les dije, siento que no merezco hablar con ella por un tiempo. No la traté bien, no supe valorar su compañía cuando estaba abrumado por mis emociones.

—Entonces, una forma de valorarla sería privarla de que te acompañe en estos momentos a pesar de que ella te expresó que le gustaría estar con vos —dijo Noe seriamente.

Miré a Noe reflexionando sobre sus palabras.

—No sé, chicas, no sé si la merezco. Los fantasmas que pensé que había eliminado en estos años o que pensaba que había restado los terminé sumando sin darme cuenta.

—No seas tan duro, Tomás. No la trataste mal porque realmente querías, estabas en una situación desbordante —agregó Tati.

—Sí, pero eso no quita que le grité.

—Tomás, ¿podés dejar de ser tan duro con vos y de multiplicar tus “peros”? La verdad es que eso solo divide tu estado de ánimo en grupos pocos reflexivos para vos —dijo Noe.

—Sí, es como que buscás ayuda y a la vez la rechazás —agregó Tati.

—Exactamente, tu capacidad de buscar ayuda es inversamente proporcional a tu capacidad de aceptarla —expresó Noe con una leve sonrisa.

—¿Por qué estás hablando así? —preguntó Tati.

—Porque capaz que, con términos matemáticos, le cierran las cuentas de que no tiene que sentirse siempre tan culpable de las cosas —respondió Noe.

—Ja, ja, ja, ja, está bueno lo que decís, está bien. Quiero a Lina, la quiero ver, la quiero escuchar, la quiero abrazar y, sobre todo, pedirle disculpas por cómo la traté. No fue mi intención hacer eso.

—La verdad, tu táctica funcionó bastante bien, Noe —comentó Tati.

—Era solo cuestión de bajarle la intensidad al denominador. Bah..., al dominador de sus emociones negativas ja, ja —dijo Noe.

—Dijiste *denominador* a propósito, ¿no? —pregunté.

—Ja, ja, ja, ja, sí —respondió Noe.

—Ja, ja, ja, ja, este tipo de charlas son geniales. Creo que deberías hablar con Lina; el que pone la barrera sos vos, no ella —dijo Tati.

—Sí, es más, a mí me escribe preguntando cómo estás. Te lo cuento para que veas que le importás —dijo Noe.

—Está bien, sé que me quiere. Me lo demostró muchas veces. Tati, te quería preguntar algo.

—Decime.

—Antes que nada, disculpame si no es así como yo lo siento lo que quiero decir.

—Todo bien. Decímelo.

—Si bien lo de Macarena nos pegó fuerte a los dos, vos, por ser amiga, y yo, como su novio en ese momento, es como que siempre noté que lo llevaste mejor que yo o como que, no sé, soltaste antes la situación. ¿Es así?

—Yo también noté eso —dijo Noe.

—Mmmm, primero que nada, yo no viví lo que viviste vos con ella. Sí era mi amiga, entramos las dos el mismo año al colegio, y fue la primera persona con la que hablé. Cuando noté que andaba en cosas raras, traté de ayudarla, pero ella se aisló. Les pedí ayuda a los chicos y, cuando notamos que te visitaba seguido, no queríamos que lo hiciera porque ella no nos dejaba darle una mano. Lo hablamos con su mamá, quien también hizo todo por ella. Me sentí mal cuando murió, pero sé que hice de todo para ayudar.

—¿Ves? Es eso: vos lo podés decir, yo no —respondí angustiado.

—Es tiempo, Tomás, cada uno tiene el suyo. Cada uno vive su dolor de acuerdo a su persona, a sus experiencias, a su forma de vivir. Para mí lo importante fue aceptar ese dolor, decirlo, llorarlo, putearlo, gritarlo; en otras palabras, transitarlo. Y así se fue liberando y asumí que Macarena murió, y que no debo tener culpa porque hice cosas para ayudarla. No tan solo me preocupé, sino que me ocupé de eso —respondió Tati muy segura.

—Vas a ver que, con la ayuda de todos los que te queremos, vas a ir saliendo y hasta vos mismo vas a sentir que te ayudás —dijo Noe.

—¿Ustedes piensan que debo dejar de ser tan racional? —pregunté.

—No, sino que debés combinarlo con sentimientos y emociones, así tiene más sabor —respondió Noe.

—Ayudá a tus emociones a ser vividas, así no vas a tener que vivir por tus emociones. Si las cubrís o las tapás por algún lado, van a salir y vos viste que no siempre te hacen pasar un buen momento —dijo Tati.

—Es verdad, voy a escuchar a mis emociones y a ayudarlas a vivir —respondí.

—¿Y qué te dicen ahora? —preguntó Noe.

—¡Que estos mates están espectaculares! Ja, ja —exclamé.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Buenísimo! —dijo Tati.

—Ja, ja, ja. ¡Sí! ¿Y qué te dijeron estos días tus emociones? —preguntó Noe misteriosamente.

—Creo saber a dónde querés llegar ja, ja. Así que, bueno, siento que lo tengo que decir. Estos días me dijeron que extraño a Lina, que la quiero y que quiero hablar con ella —respondí.

—¡Bien ahí! ¿Y qué vas a hacer? —preguntó Tati.

—Eso es lo que no sé, todavía me da vergüenza verla —respondí pensativo.

—Bueno, eso se puede arreglar —dijo Noe.

—¿Cómo? —pregunté.

—Le podés escribir una carta y con Tati se la podemos entregar —respondió.

—¡Es muy buena idea! —expresó Tati.

—¿Les parece? —interrogué.

—¡Sí! Hagamos algo: pensalo y sentilo, después nos avisás —dijo Tati.

—Dale. Gracias por escucharme, chicas —respondí.

—De nada, hermano, faltaron los chicos nomás —dijo Tati.

—Es verdad, aunque creo que la ausencia o presencia de los factores no altera el producto: si bien el hecho que estén todos es sensacional, que ahora estemos solo algunos también lo es —expresó Noe.

—¿Qué querés decir con eso? —preguntó Tati.

—Creo que lo que quiere decir es que, a pesar de que no estamos los cinco ahora reunidos, salen buenas charlas; pero, si estamos los cinco, es mejor —respondí.

—¡Exacto! Yo sabía que, dentro de ese matemático, había una persona sentimental con ganas de crecer emocionalmente —respondió Noe.

—Ja, ja, ja, ja. ¡Buenísimo! —dijo Tati.

Así pasamos esa tarde de mates: riendo y reflexionando. Y, hablando por mí, aprendiendo a disfrutar del momento y de esta charla con amigas, que son mis hermanas de la vida.

CAPÍTULO 19

“Te amo”

Después de esa semana, volví al colegio, con mis compañeros y con mis alumnos. Todos me recibieron con mucho afecto. Me sentí muy acompañado.

Esa misma tarde, también regresé a mi curso de gastronomía. Los profesores sabían lo que me había pasado así que, al terminar la clase del día, hablaron conmigo y me dijeron que podía contar con ellos para lo que necesitara y que mis compañeros habían preguntado por mí, pero que no habían mencionado lo que había pasado; solo les habían comunicado que tenía unos asuntos que tenía que atender. Se los agradecí.

Camino a casa pensé en la propuesta de las chicas sobre escribirle una carta a Lina. Si bien no soy de ese tipo de cosas, sentí que era hora de probar algo nuevo, así que le escribí a Noe para avisarle que en estos días iba a escribir la carta y que, cuando la tuviera lista, se lo iba a comunicar, así iban con Tati a entregársela a Lina.

Pasaron dos días desde que le había escrito a Noe. Esa tarde no tenía curso de cocina, así que volví a mi casa con la idea de escribir la carta y que las chicas pasaran por casa a la noche y se la llevaran a Lina. Pero antes le mandé un mensaje a Tati.

Tomás:
Tati, ¿qué hacés?

Tati:
¿Qué onda, hermano? Yo, comprando unas cosas para la casa.

¡Buenísimo! Te quería contar que decidí escribirle la carta a Lina. Y te quería preguntar si, a eso de las 20 h, podían pasar por casa con Noe para retirarla.

¿En serio? ¡¡Qué bueno!! Sí, obvio que vamos. Es más, después que compre mis cosas, nos vemos un rato con Noe, luego de eso pasamos por tu casa.

¡Dale! ¡¡Gracias!! La verdad es que no sé cómo empezar.
Sé vos, Tomás. Tal vez esa carta te ayuda a descubrir nuevas cosas de vos.

¡Es verdad, gracias!

De nada, hermano.

Ah, y otra cosa: si ves que se te complica escribirla, no te preocupes. Date un respiro y, si no terminás a las 20 h, nos avisás y la pasamos a buscar más tarde u otro día.

Avisanos cuando sientas que es la carta que verdaderamente le querés dar a Lina. Te lo digo porque, hasta donde sé, es la primera vez que escribís una carta ja, ja, ja, ja.

Ja, ja, ja, ja, bueno, ¡¡gracias por el apoyo!!

De nada, hermano, ¡nos estamos hablando!

Me preparé unos mates y empecé a pensar qué podía escribirle a Lina. Al principio, me estaba costando y pensé en comunicarme con los chicos, pero sabía que se iban a emocionar, así que decidí avisarles cuando la tuviera lista.

Los minutos pasaban y lo único que hacía era escribir pequeñas frases y tirar papeles. Me puse música y hasta salí a comprarme mis medialunas preferidas, pero nada. No entendía cómo podía pensar tanto y que no me saliera algo que me gustara, hasta que recordé lo que me había escrito Tati a lo último: “Avisanos cuando sientas que es la carta que verdaderamente le querés dar a Lina”.

Entonces, en ese instante, me di cuenta de que lo que estaba haciendo era pensar y no sentir. Si pensaba demasiado, no me llegaban ni las canciones ni la comida que usaba para motivarme. Así que me acosté un rato en mi cama, empecé a recordar los momentos que había pasado con Lina: cuando la había abrazado y tomado su mano por primera vez. Cerré los ojos y sonreí. Tomé mi celular y, en la parte de notas, comencé a escribir, y fue mágico como nacía cada palabra por el solo hecho de sentir...

Terminé la carta cerca de las 19 h, les avisé a las chicas y me dijeron que a las 20 h pasaban; estaban tan o más ansiosas que yo. Cuando acabé de hablar con ellas, le mandé un mensaje a Kevin contándole que le había escrito una carta a Lina, y al toque hizo una videollamada y lo sumó a Javi. Ellos estaban contentos por mí, les dije que estaba muy feliz por lo que había escrito y que me sorprendía de que todo eso hubiera salido de mí. Ellos me comentaban que estaba bueno que me diera esa oportunidad de expresar lo que sentía, hablamos un rato más y, después, cortamos la videollamada.

Faltaba media hora para que fueran las 20 h. Leía y releía lo que había escrito, me sentía reemocionado; no sabía cómo iba a reaccionar Lina al leerlo, si me iba a escribir en el momento o no. Pensaba en muchas cosas, hasta que se me cruzó una idea: “¿Y si se la doy yo?”. Luego se me ocurrió otra cosa: “¿Y si se la leo?”. “No, pará, Tomás, son muchas cosas a la vez”, me dije. Me quedé en silencio y volví a llamar a los chicos, y les conté la locura que se me había ocurrido. Ellos me miraron y me dijeron: “Eso no es locura, hermano, eso es amor. Andá y hacelo si es lo que sentís y, pase lo que pase, acá estamos”.

En ese momento, me alisté y, mientras trataba de buscar el número de Tati para avisarles que no vinieran, al salir de mi casa, vi que estaban las dos esperando...

—Chicas, ¿qué hacen? Pensé que estaban en camino.

—Estábamos haciendo tiempo hasta que se hicieran las 20 h —respondió Tati.

—También estamos muy emocionadas ja, ja. ¿Dónde está la carta que tenemos que llevar? —agregó Noe.

—Las estaba por llamar para avisarles que lo pensé y que decidí ser yo quien le entregue la carta a Lina.

—¿Es joda? —preguntó Tati sorprendida.

—No, siento que se la quiero entregar yo. Disculpen que las haya hecho venir hasta mi casa.

—¡Es joda, Tomás! ¡No pidas disculpas, es buenísimo lo que decidiste! —exclamó Noe emocionada.

—¡Es verdad! ¿Y qué esperás? —preguntó Tati impaciente.

—¿Cómo qué espero?

—¡Y para irte a la casa de Lina! —gritó Tati.

—¡Ah! Sí, es que ahora se me ocurrió mandarle un mensaje para saber si está en su casa.

—Sí, está en su casa. Le envié un mensaje para preguntarle si estaba, así pasábamos un rato —dijo Noe.

—¡Buenísimo! —respondí emocionado.

Las chicas me dieron un abrazo. Salí corriendo y pude escuchar que me gritaban: “¡Vamos, campeón!”, “¡Por más hombres como Tomás ja, ja!”. Eso último me dio gracia, así que también compartí sus risas.

Iba tan rápido que, cuando llegué a la casa de Lina, me tomé unos minutos para tranquilizarme. No lo pensé mucho y toqué la puerta. Me atendió su mamá, quien me invitó a pasar, pero le dije que prefería esperarla afuera, así que me pidió que esperara un momento, que ya la llamaba a Lina. Me puse nervioso y más cuando Lina salió...

—¡Hola, Tomás! —Me saludó sorprendida y con una sonrisa—. ¿Cómo estás?, ¿qué hacés acá?

—Hola, Lina. —La saludé medio nervioso—. Bien, pensé que tu mamá te iba a avisar que yo estaba esperándote.

—No, solo me dijo que me buscaban, así que pensé que eran Tati y Noe; supuestamente, iban a venir a esta hora.

—Ah, sí, ellas iban a venir, pero decidí venir yo.

—No entiendo, Tomás ja, ja. ¿Cómo que decidiste venir vos?

—Es que ellas te iban a traer algo que hice para vos y, bueno, decidí entregártelo yo.

—¿De verdad? —Se puso muy contenta—. ¿Y qué es?

—Lina, antes que nada, te quería pedir disculpas por cómo me comporté aquel fin de semana y los siguientes días...

—Tomás, no me tenés que pedir disculpas. Esos momentos son difíciles y uno no mide cómo responder ante esas situaciones a veces. Además, yo tampoco tuve que preguntar tanto, así que disculpame a mí.

—No, Lina, vos siempre me querés ayudar. No es muy grande lo que te traje.

—¿Y qué tiene que ver? Lo lindo es que lo hiciste vos.

Cuando quise darle la carta, me di cuenta de que no la había impreso, de que seguía en mi celular. Me puse algo nervioso y pensé rápido.

—Sabés que no la tengo en papel, la tengo en mi *celu*.

—Ja, ja, ¿en serio? Bueno, si querés la leo y te entrego el *celu*. O si querés me la mandás al WhatsApp.

En ese momento, sentí que tenía que ser valiente. Lina siempre me había dado sus muestras de afecto de frente.

—No, Lina. ¿A vos te molesta que te lea mi carta ahora?

Me miró sorprendida.

—Para nada, me gustaría mucho que me la leyeras. —Cerró la puerta—. Ahora sí.

Sonrió. Respiré profundo, la miré a los ojos, tomé valor y empecé a leerla:

Muchas veces no logro comprender de dónde nace tanta comprensión y amor por un ser como yo, no me siento merecedor de un ser tan especial como vos. Pero no te puedo negar que cada palabra tuya, cada sonrisa, cada vez que veo tu pelo moverse al compás del viento, me generan una paz tan profunda y genuina que hacen que todo mi caos se acomode en un segundo. No tengo ninguna cuenta exacta con vos, Lina, porque con tu mirada se me desordenan todos los números, pierden su valor y dejan revelar su sentir. No comprendo cómo das el tiempo necesario a alguien como yo para acomodar sus ideas, no entiendo cuál es tu fórmula. Solo sé que llegaste a mi vida sin avisarme, sin precisión, sin calcularlo. Apareciste y me hiciste sentir querido y acompañado. Con estas palabras quiero expresarte y hacerte sentir que te he extrañado estos días, pero sobre todo quiero decirte que...

La miré y podía reflejarme en el espejo de sus ojos. Mi corazón quería decirle que la amaba, pero pensé que era muy apresurado, así que me lo guardé y seguí tal cual había escrito la carta:

... TE QUIERO, y que cada palabra que me decís me ayuda a transformarme en un ser que no sabía que existía dentro de mí. Quiero vivir muchos más momentos a tu lado, reír y llorar, soñar y despertar en la realidad de nuestros sueños. Y espero ser merecedor, en algún momento, de tanta magia, de tanta poesía nacida de tu voz y de tanto amor. Gracias por mirarme, gracias por descubrirme, gracias por elegirme entre tantos, gracias por haber conocido mis miserias y mi pasado y, aun así, preguntar por mí, Gracias por ser vos, Lina, y gracias por formar parte del presente de mis sentimientos y darme la oportunidad de formar parte de tu presente.

Tomás

Lina me miró con tanto cariño y amor que hasta podía ver dibujar en su rostro unas pequeñas lágrimas que se negaban a salir. Sonrió y me tomó de la mano.

—Me dejaste sin palabras. Estoy pensando cómo puedo agradecer tan hermosa carta.

—No pienses, decime qué sentís.

“¿De dónde me salió eso?”, me pregunté interiormente.

—Ja, ja, tenés razón. Tomás, sos tan hermoso cuando dejás que tus sentimientos nazcan. Es hermoso lo que escribiste, me llegó cada palabra. No tenés que agradecerme nada. Cuando te conocí, no pensé que ibas a ser tan importante para mí. Y me hace muy feliz verte y saber que estás mejor, que te dejes ayudar y que tengas amigos que te acompañan. Estos días estuve

preguntando por vos.

—Lo sé, Noe me lo dijo; no de chusma, sino para que yo supiera que preguntaste por mí.

—Ja, ja, está bien, no me molesta que te lo haya contado. Te extrañé mucho estos días, no sabés las ganas que tenía de ir a verte para brindarte un poco de cariño y acompañarte.

—Yo también te extrañé mucho, pero sentía que no te había tratado bien y me daba vergüenza escribirte o pedirte que nos viéramos.

—Eso ya está, por eso quise darte tu espacio y tu tiempo.

—¿Por qué me das tiempo, Lina?, ¿no te cansás de esperar?

—Cuando la espera es buena, el tiempo lo vale.

—¿No te da cosa mi pasado, el saber que consumí pastillas, mi dolor?

—Decime quién no tiene un pasado y dolor. Todos los tenemos, Tomás.

—Te miro y no comprendo tanta magia en tus palabras. Lo único que sé es que no me quiero ir, que quiero quedarme con vos.

—Vos en tu carta escribiste preguntas, me gustaría responderlas.

—Bueno.

En ese momento, se acercó un poco más a mí.

—Me preguntaste cómo podía darte tiempo para que acomodaras tu cabeza. Bueno, ya te dije que, cuando la espera es buena, el tiempo lo vale. Y vos lo valés, porque siento que, detrás de ese chico amante de los números y de las precisiones, se encuentra una persona con mucho sentimiento y del bueno. Y fórmula, hay una que es la base de muchas: el amor.

—¿El amor?

—Sí, Tomás. O, mejor dicho, no tengo un teorema de Pitágoras. —Sonrió—. Pero sí tengo un teorema del amor. Un teorema es una proposición que afirma una verdad demostrable, y el amor ha demostrado que es un ingrediente primordial en cualquier relación. El amor sano renueva, transforma, enseña y hace un montón de cosas maravillosas. Yo te amo, Tomás.

En ese momento, sentí millones de cosas dentro de mí; no eran mariposas lo que sentía en mi estómago, sino libélulas de lo rápido que volaban. Miré a Lina, solo quería refugiarme en su abrazo y saber que todo dolor y pasado se transformaría en su regazo. Hasta me pregunté por qué no le había dicho que yo también la amaba al leer la carta. Ella se acercó más y tomó mis mejillas y, mientras me acariciaba, me dijo...

—Te amo porque conocí tus virtudes y tus miserias. Te acepto tal cual sos porque mi deseo no es cambiarte, sino que crezcamos juntos, que aprendamos el uno del otro sin depender, acompañados de un viento cargado de libertad, respeto, escucha y vida. Te amo y amo cada chispa que nace de tu interior. Y no me *da cosa* tu pasado, Tomás, me *da cosa* que no intentemos vivir esto tan lindo que sentimos los dos. Y creeme que es la primera vez que me siento tan valiente con mis sentimientos.

—¿Y me creés si te digo que, mientras te leía la carta, cuando te dije que te quiero, en realidad, te quería decir que te amo y que, por cobarde, por que pienses que soy un apresurado, no me animé a decírtelo?

—Sí, te creo que me amás. ¿Sabes por qué? Porque me veo en el reflejo de tus ojos.

—Te amo, Lina, y no sabés lo feliz y afortunado que me siento en este momento.

—Yo también te amo, Tomás, y me siento feliz y afortunada de poder mirarte en este momento.

Tomé su rostro. Los dos sonreímos, cerramos nuestros ojos para dejar de reflejarnos por un instante y poder sentirnos en la dulzura y profundidad de nuestro primer beso. Toda la magia del amor sano recorrió mi cuerpo. Fue algo tan hermoso, tan puro y tan real que solo me quedó ser agradecido con la vida. La amaba y ella a mí, todo ese momento fue hermoso.

Cuando nos volvimos a ver, acaricié su rostro, la abracé y le dije que no quería soltarla por un momento; ella me expresó que tampoco quería que me fuera. Luego de eso miré la hora, al otro día tenía que ir al colegio. Le dije a Lina que me tenía que ir, ella entendía porque también tenía que ir al laboratorio al día siguiente. Nos abrazamos muy fuerte, nos dimos un beso y nos deseamos una buena noche. Y, como siempre, me pidió que le avisara cuando llegara a mi casa.

Y, para dar descanso a una noche tan cargada de buenos sentimientos, nos dijimos un “Te amo” cargado de amor y sentir. Uno de esos tantos “Te amo” que nos profesaríamos a lo largo de esta relación tan pura y verdadera.

Creciendo a tu lado

Luego de esa noche, con Lina empezamos nuestra relación y la compartimos con nuestros seres queridos. Recuerdo la primera vez que me presenté como su novio en su casa. Estaba muy nervioso, pero los nervios se esfumaron al ver que su familia me recibió muy bien. Es más, su mamá ya sabía que algo pasaba entre nosotros; fue por eso que no le había dicho a Lina que yo era la persona que la había ido a buscar aquella noche, su mamá quería que fuera una sorpresa para Lina.

Cuando Lina fue a mi casa, la primera en saltar de alegría fue mi abuela. La recibió con un fuerte abrazo y lo primero que me dijo fue lo siguiente: “Hijo, disfrutá a esta señorita porque vuelan alto”. Mis padres también estaban muy contentos. Nuestras amistades se alegraron por nosotros. Sentía que todos los días aprendía algo de Lina y ella de mí. Tomarla de la mano me hacía sentir mucha paz; a veces, teníamos alguna que otra diferencia, pero siempre lo hablábamos y reflexionábamos sobre lo ocurrido.

Pasamos las fiestas, cumpleaños, partidos donde Lina nos iba a alentar a Malena y a mí. Con Malena desarrollamos una gran amistad, y Lina con mis amigos también. Transcurrieron unos meses y Lina decidió mudarse a los departamentos que estaban enfrente del laboratorio. Habíamos pensado en mudarnos juntos, pero en ese momento mi abuela había tenido una neumonía, estuvo internada unos días y, cuando le dieron el alta, decidí permanecer en mi casa para cuidarla. Lina estaba de acuerdo y quedamos en que más adelante íbamos a vivir juntos.

Pasaron unas semanas, mi abuela se recuperó y me quedé una semana en el departamento de Lina.

—¿Querés que hagamos unas *pizzas* por ser sábado? En toda la semana no comimos *pizza*.

—Mejor a la noche, los invitamos a los chicos.

—Dale.

—Ahora comamos algo rápido, dentro de un rato va a ser el partido.

—Dale, y vamos en bici, así comemos más tranqui.

—No, hoy no voy a poder ir. Tengo que ordenar unas cosas para entregar el lunes. Quiero hacerlo ahora, así a la noche nos vemos con los chicos.

—Ah, bueno, entonces yo tampoco voy.

—¿Por qué?

—Y porque vos no vas, prefiero quedarme y ordenar algunas cosas de acá.

—Pero, Tomás, estuviste toda la semana acá, ni viste a tus amigos. Aparte, es raro que te pierdas un partido.

—No importa, los voy a ver hoy a la noche a los chicos, si vienen.

—¿No importa?

—Sí, Lina, ¿cuál es el problema?

—El problema es que te digo que no viste a tus amigos y me decís que no importa. Toda la semana estuviste acá ayudándome, y te lo agradezco. Los chicos te llamaron como tres veces para juntarse y les dijiste que no por ayudarme; no te dije nada porque pensé que hoy te ibas a juntar con ellos. ¿Qué es lo que te pasa?

—Nada, Lina, quiero estar con vos nada más.

—Ese es el problema.

—¿Que quiera estar con vos y no con mis amigos?

—¡Exacto!

—Lina, estuve mucho tiempo con mis amigos, ahora quiero estar con vos.

—Es que eso es lo que pasa, Tomás. Vos vas a estar acá, quizás, toda la semana; no me molesta porque sé que en algún momento vamos a convivir, pero no quiero que te alejes de tus amigos. Si te dejo pasar este fin de semana, quizás pase que el próximo tampoco quieras ir con tus amigos por querer estar conmigo. Yo te amo, pero tampoco para estar atados. Tus amigos estuvieron antes que yo, te ayudaron en varios momentos hasta el día de hoy y, seguramente, van a querer verte y compartir como todos los sábados. Necesitás tus momentos con los tuyos, como yo también con los míos.

Pensé por un momento en las palabras de Lina.

—Es verdad, creo que me emocioné tanto por el hecho de vivir juntos que, sin darme cuenta, estaba dejando de lado a las demás personas que me hacen bien.

—Eso es lo que no quiero que pase.

Me acerqué a Lina.

—Gracias, Lina, por recordarme quién soy cuando me pierdo.

—Vos también me ayudás cuando me estreso por las cosas del laboratorio, cuando me aíslas de los otros. Yo crezco a tu lado, Tomás.

—Yo también, Lina. Almorcemos y después me voy a despejar un poco la cabeza con mis amigos. Y los invito a la noche, así compartimos una buena cena.

—Buenísimo.

Nos abrazamos y cocinamos algo para almorzar. Luego me fui para la cancha, los chicos estaban contentos de verme. A veces, no nos damos cuenta de cuánto nos pueden llegar a extrañar nuestros amigos, sobre todo, si estamos acostumbrados a hablar siempre. Ese día jugamos, reímos y arreglamos para cenar *pizzas*. La pasamos bien tanto a la tarde como a la noche. Lina vio a Malena, que había vuelto de sus vacaciones.

Es muy bueno poder crecer y madurar con alguien que te da la libertad de ser uno mismo. Cada mañana saludo a Lina, es mi manera de hacerle saber que cada día la elijo para compartir esta aventura que es la vida. Recuerdo que mi abuela, cuando la acompañaba mientras estaba internada, me dijo que Lina era como un ave que volaba y soñaba en alto, que la hacía muy feliz verme con alguien así, que seguramente habría pasado por varias cosas y que eso la había

ayudado a poder comprender y escuchar a las personas.

Siempre me recalcaba que la disfrutara, que viviera el día a día con ella; que, si quería soñar a futuro, estaba bien, pero que no creara expectativas tan grandes; que no me olvidara de mí porque, aunque uno esté con alguien, nunca debe olvidarse de uno mismo. Hay que recordar que, ante todo, nos tenemos a nosotros mismos, que debemos querernos y aceptar nuestros aciertos y errores, abrazarnos. Siempre me gustaba escuchar a mi abuela, solo que no imaginaba que sus palabras iban a cobrar tanta importancia en los próximos días.

Sueños que se asoman

Se acercaba la fecha en la cual había conocido a Lina, en aquella fiesta en la casa del Pupi. Le dije que quería hacer algo especial ese día. Ella estaba de acuerdo, así que decidimos ir a cenar.

Había algo que siempre me entusiasmaba recibir de Lina y eran sus cartas, las cuales estaban cargadas de mucha emoción y sentimiento. A veces, las vuelvo a leer y me generan la misma sensación de la primera vez que las leí. Podía regalarme cualquier cosa, pero lo primero que leía siempre eran sus cartas. Esos momentos eran muy especiales para nosotros.

También, en el colegio, estaban organizando la fiesta anual de exalumnos, y ese día los que se encargaban de entregar los reconocimientos estaban averiguando si alguno había logrado algo importante. Sabía que Lina iba a recibir una distinción porque hacía poco le habían entregado un reconocimiento en el laboratorio por sus tareas realizadas. Así que, cuando terminó esa reunión, uno de los organizadores se acercó y me avisó que Lina iba a recibir algo el día de la fiesta.

Siempre me alegraban los logros de Lina, ambos los vivíamos con mucha felicidad. A mí me faltaban dos clases para terminar el curso de gastronomía y, el lunes siguiente a la fiesta, era mi último examen, así que también estaba disfrutando ese momento. Con Lina aprendí eso, “a disfrutar”.

Esa tarde nos encontramos con Lina. Estaba muy nerviosa porque uno de los doctores del laboratorio le había dicho que, dentro de dos días, le tenía una excelente noticia. Le aconsejé que se tranquilizara, así podía recibir esa noticia, pero la intriga de Lina era de dónde venía porque no había hecho ningún trabajo ni había participado en ninguna exposición en los últimos meses.

Los días pasaron y llegó nuestro día. Los dos estábamos emocionados por festejarlo y también porque íbamos a saber qué noticia le tenían a Lina de parte del laboratorio. Quedamos en encontrarnos directamente en el restaurante.

Cuando llegué, Lina estaba en la puerta y, cuando me acerqué, me abrazó fuerte y solo me decía gracias...

—¡Gracias, gracias!

—Pero, Lina, ¿qué pasó?

—Los del laboratorio me dijeron que los doctores del laboratorio de Barcelona me eligieron para darme una beca de unos meses en su laboratorio por la clase que di el año pasado, la que me ayudaste a hacer, ¿te acordás?

—¡Sí! Te felicito, Lina, la verdad es que estoy muy feliz por vos. Vayamos a festejar doble.

Nos dimos la mano y entramos al restaurante. Me hacía muy feliz ver a Lina llegar a sus

objetivos; todavía no sabía cómo iba a ser su curso, recién se lo iban a contar la próxima semana. Esa noche festejamos y recordamos todos los momentos que habíamos vivido hasta este día.

Al día siguiente, en el colegio, se habían enterado del logro de Lina. Muchos me felicitaron y me dijeron que le hiciera llegar sus saludos, sobre todo, la señorita Peñalba.

—¡Ay, hijo, estoy tan feliz por Lina!

—Yo también estoy feliz por ella.

—Es tan lindo ver como se acompañan el uno al otro. Van a tener que tenerse paciencia en este tiempo que van a estar alejados. ¿No pensaste en pedir que te transfieran a una escuela de Barcelona?

—La verdad que no. Van a ser unos meses, así que no lo veo necesario.

En ese momento, la señorita Peñalba me miró un poco confundida.

—¿Unos meses?

—Sí, la semana que viene, le van explicar mejor.

—Mmmm, está bien, hijo, solo te aconsejo que se acompañen mucho. Pero... ¿aceptarías la transferencia en el caso de que sea por más tiempo?

—La verdad, no me veo en otro país. Aparte, si fuera por más tiempo, Lina lo pensaría mejor.

—Está bien, hijo, solo te pido que se acompañen el uno al otro.

Nos saludamos con la señorita Peñalba y me fui pensando un poco en lo que me había dicho.

El fin de semana llegó y nos encontrábamos en la fiesta. A Lina le entregaron dos reconocimientos y los del grupo estábamos muy feliz por ella, sobre todo, Malena, que siempre la aplaudía con mucho cariño.

Esa noche bailamos y con Lina recordamos nuestros lentos del año anterior. Lo más lindo fue que pasaron esas tres canciones, pero además agregaron otra más: *One*, de Ed Sheeran. La disfrutamos y, luego, nos fuimos cada uno a su casa.

Cuando llegó el lunes, todos en casa estaban muy ansiosos por mi examen de Gastronomía. Salí del colegio y fui derecho al curso. Los chefs me pidieron que eligiera un plato tradicional de Argentina, así que decidí hacer unas empanadas salteñas. Cuando terminé, las probaron y quedaron encantados; hasta uno de los chefs que tiene un restaurante de comidas tradicionales me ofreció trabajo para los fines de semana, se lo agradecí y le dije que lo iba a pensar.

Tomé mis cosas y, cuando salí del salón, estaba mi familia, mis amigos y Lina esperándome. Por mi sonrisa se dieron cuenta de que todo había ido bien, me abrazaron y me dieron un cartel que decía: “Para el chef más preciso y matemático del barrio”.

Salimos a celebrar y, luego de eso, con Lina nos fuimos a su departamento y pedimos helado para acompañar con unas películas.

—¿Qué te gustaría que te cocinara tu chef?

—Ja, ja, ¿puedo elegir cualquier cosa?

—Lo que quieras. Dulce, salado, vos decime.

—Mmmm, a mí me gustaría que me hicieras leche planchada.

—¿Qué cosa?

—Ja, ja, ja, ja, leche planchada. Mi otra abuela sabía hacérmela de chica y me gustaría volver a probarla, pero esta vez hecha por vos.

—Tengo que buscar la receta.

—No hace falta, yo la tengo. —En ese momento, Lina se levantó y se dirigió a una caja donde solía tener fotos y unas libretas; tomó una y se volvió a sentar en el sillón—. Mirá, acá está.

—A ver, dejame leer. No parece tan complicado. Mañana te lo preparo.

Fue muy lindo ver esa receta escrita por la abuela de Lina.

Cuando terminó la peli, le pregunté si tenía más recetas; me dijo que sí, así que las leímos juntos. Tenía de arroz con leche, pastafrola, medialunas, maicenas, entre otras cosas. Lina se sentía muy emocionada de poder compartir esa parte conmigo, así que le dije que iba a hacerle las recetas de su abuela.

A la mañana siguiente, me levanté temprano. No tenía que ir al colegio por la jornada que había a la tarde, y Lina tenía la mañana libre porque a la tarde se juntaba con los doctores para saber cómo iba a ser su beca.

Mientras Lina dormía, preparé la leche planchada y unas maicenas. Cuando se despertó, se acercó a la cocina.

—Pensé que ibas a dormir un poco más.

—Mi novia me pidió leche planchada, así que me levanté temprano.

—Entonces, puedo desayunar eso.

—No, tenés que esperar hasta que se enfríe.

—Ja, ja, ja, ja, bueno, entonces, lo comeré de postre.

Desayunamos café con leche con maicenas, luego ordenamos la cocina, nos pusimos a ver nuestras cosas para la tarde. Así se nos pasó la mañana. Almorzamos y después, de postre, comimos la leche planchada.

—¿Y? ¿Qué tal?

—Ja, ja, estoy probando.

—¿Te recuerda a la de tu abuela?

Lina siempre me remarcó el sabor dulce y cremoso.

—Está muy rica, la verdad. Me voy a comer dos potes ja, ja.

—Pero el sabor no es igual.

—La verdad que no, pero ¿sabés qué?

—Decime.

—Ahora tengo dos sabores para recordar, el tuyo y el de mi abuela. Gracias por hacerla, de verdad hace años que quería probarla y nadie se animaba a hacerla.

—Me alegro de que te haya gustado, la próxima lo haré mejor.

—Esta es la mejor para mí.

Le di un beso en la frente, terminamos nuestro postre y cada uno se fue a sus reuniones.

Pasó la tarde y nos volvimos a encontrar en el departamento de Lina.

—¿Y qué tal te fue? Me olvidé de contarte que uno de los chefs que me tomó el examen me ofreció trabajo en su restaurante.

—Me parece una buena idea.

—¡A mí también! ¿En el colegio se enteraron de que te recibiste de chef?

—Sí, ja, ja. Me dijeron que por qué no se lo comenté, así me daban un reconocimiento el día de la fiesta.

—Seguro te lo dan el año que viene.

—Sí. ¿Y a vos cómo te fue? —Lina, en ese momento, se puso un poco seria e intranquila—. ¿Pasó algo?

—No, me fue bien, me explicaron que lo que me ofrecen es un doctorado nuevo. El programa está genial, iríamos cuatro compañeros.

—¡Genial! ¿Y cuál es el problema?

—El tiempo...

—¿El tiempo? Pero ya lo hablamos, son unos meses.

—No son unos meses.

—Bueno, ¿qué te dijeron? ¿Un año? Tampoco es tan grave.

—No, Tomás, no es un año.

—¿Entonces?

—Son cinco años.

—¿¡Cinco años!?! ¿Y qué pensás hacer?

Suspiró.

—Mirá, yo sé que es mucho tiempo. Me darán vacaciones para volver una vez al año, pero no es seguro. Es muy importante lo que me ofrecen.

—Pero, Lina, es mucho tiempo, demasiado.

—Lo sé, por eso quería preguntarte si estás de acuerdo en hacer una transferencia para dar clases en Barcelona.

Recordé las palabras de la señorita Peñalba, pero en ese momento no sabía si podía acompañar a Lina.

—Yo no sé si quiero eso.

—Sería por ese tiempo, para que no estemos separados.

—Lina, yo no sé si quiero estar lejos de mi familia y de mis amigos.

—Yo tampoco, pero es una oportunidad que no quiero dejar de lado.

—Sí, una oportunidad que yo mismo te ayudé a conseguir.

En ese momento, sentí angustia y que estaba siendo egoísta con Lina.

—¿Ya no estás contento por mí?

—No es eso, en este momento no entiendo nada. ¿Vos te querés ir?

—Sí, esto lo esperé hace mucho tiempo. Y quisiera que me acompañaras.

—Yo no puedo irme, Lina.

—Entonces ¿qué se te ocurre hacer?

Ya tenía la voz entre lágrimas.

—En este momento, no lo sé. No me pidas que te diga qué vamos a hacer porque no se me ocurre nada.

—Yo sí puedo seguir con esta relación a la distancia. Confío en vos y en el amor que nos tenemos. ¿Vos no confiás en mí?

—Sí, confío en vos, Lina, solo que no sé si quiero estar lejos de vos y tampoco quiero estar lejos de los míos por tanto tiempo.

—Yo podría pedir esas vacaciones para venir una vez al año.

—Pero no es seguro, Lina, me lo acabás de decir.

—Yo puedo seguir esta relación a la distancia.

Miré a Lina con lágrimas en los ojos.

—Pero yo no.

—¿Me lo estás diciendo de verdad?

—Sí, Lina, no sé si quiero seguir esta relación estando tan lejos.

Me dolían todos los sentimientos. Esa tarde le dije a Lina que pensáramos esto. Ella estuvo de acuerdo, llamó a Malena y yo me fui a mi casa. No podía entender cómo nos estaba pasando esto, y como un sueño que se asomaba podía alejar una relación como la nuestra.

CAPÍTULO 22

“Era demasiado bueno para ser verdad”

Esa noche que hablamos con Lina, llegué a mi casa. Mi familia cenaba, así que entré, los saludé y pasé directo a mi habitación. Cuando cerré la puerta, sentía tanto dolor en mi pecho que no podía ocultarlo más, así que respiré profundo y las lágrimas fueron naciendo de mis ojos hasta inundar mis palabras. Era muy grande el dolor que sentía, pensaba en todas las cosas vividas con Lina y como una situación derrumbaba tantos sueños.

A los pocos minutos, tocaron la puerta. Era mi abuela, así que la dejé pasar.

—Hijo, ¿qué pasó?

Se acercó a mi cama y se sentó junto a mí.

—Abuela, Lina se va a ir...

—¿A dónde?

—¿Te acordás de que del laboratorio le tenían que explicar sobre su beca?

—Sí...

—Bueno, hoy le comunicaron que se tiene que ir por cinco años a Barcelona y no sabe si va a poder volver en ese tiempo. Estoy destrozado. Ella me dijo que hiciera una transferencia para dar clases en Barcelona durante ese tiempo, pero siento que no quiero eso.

—Hijo, en este momento debe ser muy difícil para ambos. ¿Recordás que te dije que, a pesar de estar en pareja, nunca debés olvidarte de vos?

—Sí...

—Bueno, te lo dije porque uno no sabe si lo que tiene es para siempre, en sí nada es para siempre. Cuando se fue tu abuelo, me sentí muy sola, que no iba a poder seguir, pero gracias a ustedes, a mis amistades, me di cuenta de que no lo estaba y, sobre todo, aprendí que me tengo a mí.

—Abu, vos pensabas que Lina se podía ir, ¿no?

—La verdad, no lo sabía, pero ella siempre habló de sus sueños y siempre la sentí muy comprometida con ella. Hijo, ella te ama muchísimo y sé que vos también, por eso ustedes deben ver cómo pueden solucionar esto.

—¿Vos creés en el amor a la distancia?

—Yo creo en el amor por sí mismo, y para mí el amor, junto a otros valores, todo lo puede.

—¿Qué pasa si ella se va y se enamora?

—¿Y qué pasa si en ese tiempo vos te enamorás de otra persona?

—Eso no va a pasar porque yo la amo y mi sentimiento no va a cambiar.

—¿Y por qué pensás que ella sí se puede enamorar de otra persona?

—Porque va a estar lejos y, sobre todo, porque siento que soy un cobarde por no acompañarla. Lo que pasa es que no quiero irme, yo quiero estar con ustedes también, con mis amigos, en mi barrio. Y ella puede irse y conocer a otra persona que se anime a seguirla por donde quiera ir.

—Hijo, tu vida te pertenece a vos y no se trata de seguir a alguien, sino de acompañar. Tal vez sentís que, si no la seguís vos, estás siendo egoísta con ella. Pero, si no sentís tus sentimientos, estás siendo egoísta con vos mismo.

—Sí, me siento egoísta y cobarde. ¿Qué tengo que hacer, abuela?

—Primero, llorar todo lo que quieras, descargar y luego reponerte. Pensar más tranquilo. Y, si deciden terminar con su relación para que cada uno siga sus sueños, porque vos también tenés los tuyos, sabés que nosotros estamos para acompañarte. Y, si deciden seguir, siempre ser sinceros con ustedes mismos.

—¿Por qué me hablás de mis sueños?

—Porque te ofrecieron un buen trabajo como chef y esas son oportunidades que hay que agradecerlas, hijo. Además de ser un gran profesor, la cocina también es algo que te gusta.

—Sé que tengo que ser más agradecido por las oportunidades que me ofrece la vida. Solo que esto me cayó de la nada. A veces, creo que lo de Lina era demasiado bueno como para ser verdad.

—Es bueno y es verdadero, y esto te va a ayudar a crecer. Siempre crecemos, hijo, siempre. Y vas a salir de esta como saliste de muchas otras cosas.

—Gracias, abuela. ¿Te podés quedar conmigo un rato más? No quiero llorar solo.

—Claro que sí, hijo.

Mi abuela me abrazó y me dio un beso en la frente. Me sentí un niño, creo que siempre lo somos y lo llevamos en nuestro interior. Necesitaba cariño y que alguien me acompañara en ese momento, y una de las mejores compañías era, sin dudas, mi abuela. Lloré y lloré, descargué todo lo que pude hasta que me quedé dormido.

A la mañana siguiente, sonó el despertador. Tenía que ir al colegio, me sentía cansado y sin ganas de nada; pero, a pesar de eso, me levanté, me cambié y bajé para desayunar. Por lo general, caliento el agua para el mate y luego se levanta mi familia; sin embargo, esta vez mi abuela estaba esperándome para desayunar con las medialunas que me gustan. No hizo falta decir nada, con la mirada nos entendíamos.

Desayunamos juntos y luego salí hacia el colegio. Esa mañana di mis clases y, al terminar la jornada, uno de los directivos se me acercó y me dijo que se había enterado de lo de Lina, que la felicitaba y que le hiciera llegar sus saludos. Solamente se lo agradecí y, mientras caminaba para la salida, me encontré con la señorita Peñalba...

—Hola, hijo.

—¿Cómo está, señorita Peñalba?

—Bien, ¿y vos? Te noté triste esta mañana.

No quería dar vueltas sobre el asunto, así que le fui sincero.

—Usted tenía razón, no eran solo meses la beca de Lina; son años y ni siquiera sabe si va a tener vacaciones. Me dijo de hacer la transferencia para dar clases en Barcelona, pero no sé si quiero eso. La verdad es que estoy destrozado porque sé que Lina se va a ir igual y no puedo, y tampoco quiero, hacer nada al respecto porque es su sueño.

Ella me miró y me dio un abrazo.

—Hijo, en estos casos, siempre es bueno ser sincero con uno mismo y con su pareja.

—Tal vez muchos piensen que soy egoísta por no acompañarla, pero la verdad es que no quiero eso. Me ofrecieron un buen trabajo en un restaurante para los fines de semana; amo mi colegio, a mis amigos, a mi familia, a mi barrio. Siento que no los puedo dejar, pero también amo a Lina.

—No sos egoísta por no seguirla, Tomás, tenés que hacer lo que sentís. No todos actuamos de la misma manera, nadie debe juzgarte; al contrario, deben respetarte. Además, vos mismo estás aceptando que ella se puede ir y lo respetás, eso habla del gran amor que le tenés.

—Lo que pasa es que ella se va a ir. Lo siento y, a pesar de que me angustia, se lo respeto. Solo que hay momentos en que siento que lo de Lina era demasiado bueno para ser verdad.

—Como personas, físicamente no somos eternas, lo que nos hace eternas es el recuerdo que las demás personas forman de nosotros a partir de cómo fuimos con ellas, y estoy segura de que ustedes dos crearon un hermoso recuerdo de cada uno. Traten de hablarlo y, si siguen, sigan con sinceridad y, si no siguen, terminen bien, en buenos términos. No vale la pena que tanto amor termine en enojo. Su amor es puro y verdadero, hagan que sea un buen recuerdo.

—Gracias, señorita Peñalba, gracias por sus palabras. Ahora voy a comer algo.

Nos dimos un abrazo y salí camino a la plaza. En el camino me compré unas empanadas y, al llegar a la plaza, me senté en el mismo lugar de siempre. Estaba centrado en mis pensamientos hasta que alguien me saludó...

—Hola, Tomás.

—¡Malena! —La saludé sorprendido—. ¿Qué hacés?

—Ja, ja, no te asustes. Estaba sentada en una de las bancas y te vi, así que decidí acercarme. ¿Me puedo sentar?

—Sí, sí, servite unas empanadas.

—Gracias. —Se sentó al lado mío—. ¿Y cómo estás?

—La verdad es que me siento destrozado.

—Somos dos.

—¿Cómo está Lina?

—Igual que vos. Me quedé a dormir en su departamento anoche, se despertó sin ganas de nada, pero igual se fue al laboratorio. Y, por lo que veo, ninguno de los dos se saludó esta mañana.

—No tenía ganas, la verdad. ¿Vos cómo te tomaste la noticia?

—Me lo contó por mensaje, estaba contenta y triste a la vez. Cuando terminamos de hablar, me largué a llorar con mi mamá. Pero, bueno, si nos duele tanto a los dos es porque sabemos lo que

va a pasar, ¿no?

—Que se va a ir...

—Así es, se va a ir, Tomás. Lina siempre lo dijo, ella no deja sus sueños por nadie.

En ese momento, recordé una frase que Lina alguna vez me había dicho. Al pronunciarla Malena fue como que pude levantar mi cabeza y ver más allá de la plaza...

—Es verdad, ella me lo dijo en algunas oportunidades.

—Tomás, Lina te ama. Es la primera vez que la veo tan feliz con alguien y creeme que le duele irse; pero, si deciden seguir a pesar de la distancia, ella siempre te va a ser fiel y te va a esperar.

—Ella me sugirió que me fuera a Barcelona, pero no sé si quiero eso.

—Me parece bien si no es lo que querés, no estás obligado a irte con ella.

—A veces, me siento egoísta.

—Eso es porque nos enseñaron que, si uno ama, debe estar dispuesto a seguir a su pareja, y eso no es así. Cada uno tiene sus sueños, no porque estés en pareja se termina tu vida.

—¿A vos te pasó?

—Sí, al principio fue duro, pero terminé con esa persona. No sé qué harán vos y Lina. Pero es duro, Tomás. A vos se te va un gran amor y a mí, una gran amistad.

—Lina siempre estuvo con vos, ¿no?

—¡Siempre! Ella fue la primera persona a la que le conté que soy lesbiana, fue duro porque no sabía cuál iba a ser su reacción. Siempre me acompañó y su familia también. Luego me ayudó a contarles a mis papás y a otras personas que me importaban. El mundo no respeta las diferencias, piensa que hay una sola forma de vivir, y eso hace que la vida a veces sea más difícil.

—Algo me contó.

—Me sentí muy triste con lo que pasó con tu amigo, me dio bronca de mí misma. A veces, no sé cómo tratar a los chicos para que no se fijen en mí. No me sale ser cortante, pero a veces lo soy cuando me encaran de una.

—Con Lina siempre te sentiste libre.

—Lina te hace sentir libre porque ella es libre, siempre se lo dije. Te hace sentir amado porque ella ama, vos das lo que sos. Pueden pasar años de no verla y, cuando la volvés a ver, es como si nada hubiera pasado. Uno la acepta con sus defectos y virtudes, y ella también a uno.

—A veces, siento que lo de Lina era demasiado bueno para ser verdad.

—Es bueno y es de verdad, Tomás. Y no es “era” porque todavía está y te ama.

—Sos la tercera persona que me dice lo mismo.

—Claro, porque 2+2 no siempre es 4, a veces es 3, ¿no?

Miré a Malena sorprendido.

—¿Cómo sabés?

—Ese día que estábamos esperándolos a vos y a Lina fuera de tu casa, Tati nos contó un poco lo que pasó. Disculpame que te diga, pero ¿no te parece que te la tomás muy a pecho esa frase?

—Me la dijo mi abuelo antes de irse, me quedó grabada.

—¿Y alguna vez pensaste qué te quiso decir tu abuelo con eso?

—La verdad que no.

—No soy tu abuelo, pero creo que él siempre tomó tu precisión y tu forma estructurada de ir por la vida y, para mí, usó números por tu pasión por las matemáticas para dejarte un mensaje.

—Sí, puede ser.

—A lo que voy es que tu abuelo, tal vez, te quiso decir que las cosas a veces no son como nos las enseñan, que la vida es mucho más que números y que seguirla tal cual nos la imponen, a veces, no es bueno. Supuestamente, si una es mujer, tiene que estar con un hombre; ese no es mi caso porque a mí me gustan las mujeres. La vida no es exacta, a la vida hay que vivirla lo mejor posible. Tu abuelo capaz no quería que te pasaras la vida pensando en el 3, sino que fueras libre, que rompieras las estructuras que no eran sanas para vos, que te relajaras, que dejaras de sentir culpa; que, si tenías que mandar todo a la mierda, lo hicieras. No es fácil, pero hay que hacerlo, intentarlo y poder ver qué es lo que realmente queremos.

—¿Por qué me estás diciendo todo esto?

—Porque sos igual a Lina en algunas cosas. Lina no siempre fue así como es ahora. Ella siempre se escondía, vivía encerrada. Buscando la perfección en sus libros, en sus notas, porque sin querer los que nos crían nos hacen pensar que eso es lo correcto. Siempre fue muy sensible, le dolía lo que uno le podía decir. Una vez se estresó tanto que tuvo que ir al médico y le sugirió que hiciera terapia y, con el tiempo, fue aflojando. Yo la ayudé, empezamos a salir y así Lina fue mejorando en esos aspectos que no eran sanos para ella. Y vos también podés, Tomás. Lina se va a ir, eso lo sabemos los dos, ¿y qué vas a hacer? ¿Contar hasta tres cuando se vaya el avión y sentir el vacío?

—No, no quiero eso para mí. La verdad que tus palabras tienen mucho sentido. Sos muy directa para decir las cosas y eso está bueno. Ya no me siento tan destrozado la verdad.

—Ja, ja, ja, ja, yo tampoco, escucharme me hizo sentir mejor. A veces, ayudando a otros nos ayudamos a nosotros mismos.

—Muchas cosas me recuerdan a Lina, quisiera darle algo especial antes de que se vaya.

—Escribible una carta y dásela, pero que no se quede en tu celular.

—¿Por qué una carta?

—Porque un recuerdo en papel expresado en palabras, a veces, es mucho más valioso que otras cosas. Lina siempre nos regala cartas, ¿no te parece que le gustaría tener una tuya?

—¿Ella te lo dijo?

—No, pero es mi amiga y la conozco. Si querés, dale algo más, pero que la carta no falte.

—Gracias, lo voy a hacer.

Terminamos de comer y luego nos dimos un fuerte abrazo, compartíamos el mismo dolor y a la misma persona. Ambos sabíamos lo que sentíamos y fue bueno hablar con Malena y conocerla un poco más. Sin dudas, Malena es una gran compañera de vida para Lina y una buena amiga para mí.

Una carta para Lina

Cuando llegué a mi casa, me di cuenta de que me había quedado sin batería en el celular, así que lo puse a cargar. Al prenderlo tenía dos llamadas perdidas de Lina y mensajes de los chicos, que me preguntaban cómo estaba. Les pedí que me aguantaran un toque y llamé a Lina. Me atendió, me dijo que quería saber cómo estaba; le comenté que me encontraba pensativo, pero que había podido descargar un poco. Luego le pregunté por ella, y me dijo que estaba bien y que me extrañaba. Le expresé que yo también la extrañaba y le ofrecí, si le parecía bien, que nos viéramos al día siguiente. Ella estuvo de acuerdo, los dos nos dijimos: “Te amo” con la voz medio tomada por alguna que otra lágrima. Hablé un rato con los chicos y, luego, me acosté.

Mientras pensaba en la carta, recordé la primera vez que había besado a Lina. Me produjo varios suspiros y mucha felicidad y, sin darme cuenta, me dormí. Al despertarme, miré el *celu*, eran las 19 h. Me levanté, bajé a la cocina y, como no había nadie en casa, puse el agua para el mate y volví a mi pieza. Tomé lápiz y papel, en ese instante olvidé la angustia y el dolor, solo hice presentes los buenos momentos con Lina y comencé a escribir...

Pase lo que pase, quiero darte algo para que nuestro recuerdo sea eterno. Por un momento me dispuse a olvidar lo que estamos pasando para revivir todo lo que pasó. Lina, me gustaría que leyeras esta carta cada vez que me extrañes o lo sientas necesario. Lo primero que se me viene a la mente es aquel día en que nació mi valentía por lo nuestro y pude leerte aquella carta; tu mirada y la mía, bailando en un solo corazón. Tu sonrisa y la mía, unidas por el mismo brillo; tu mano y la mía, conectadas por el mismo calor; y tus latidos y los míos, compartiendo el mismo valor, el mismo amor, el mismo deseo de querer estar juntos. No tengo idea de a dónde nos llevarán nuestros destinos, pero sé dónde estamos hoy y todo lo de hoy es mágico porque nos tenemos, porque nos amamos, porque aprendimos a disfrutarnos. Siempre voy a apoyarte en tus sueños y alentarte con distancia o sin ella.

Conocernos es hermoso, es hermoso saber que existen seres como vos. Gracias por haberme ayudado a conocerme, a ir aceptando lo que antes no aceptaba y a ir sanando las heridas del pasado. Me enseñaste la libertad a través de tu compañía y ahora no sé si tendré que seguir aprendiendo lejos de tu mano, pero sé que podré, sé que seré valiente y, aunque a veces llore, me levantaré con todo lo aprendido en este tiempo. El tiempo lo vale si la espera es buena, y vos no tan solo sos buena, sos verdadera.

Te amo, Lina, y mi amor es tan grande como la infinidad de las estrellas, las cuales brillan como el resplandor de tus ojos, donde me descubrí. Te amo y en mis recuerdos

siempre será así.

Te amo con el alma,

Tomás

Cuando terminé la carta, me sentí tan aliviado que pude mirar por la ventana, ver las estrellas y sonreír. “Pase lo que pase, Lina es un gran amor, y eso nada lo va a cambiar”, pensé. Esa noche, antes de dormir, observé la foto que tengo con Lina en la fiesta del colegio; sin duda, ese momento reflejaba todo lo vivido hacía un año. Luego me dormí.

A la mañana siguiente, comencé mi día como siempre y, después del colegio, me encontré con Lina en su departamento. Nos abrazamos y, cuando nos miramos, nos dimos cuenta de que, a pesar de la tormenta, el amor seguía intacto. Le entregué la carta, le pedí que la leyera y que, si después quería decirme algo, lo hiciera. Compartimos unos mates y, luego, me fui a mi casa.

Esa noche cocinamos unas *pizzas* con mi abuela y, mientras cenábamos, tocaron la puerta. Mi mamá fue a atender y, cuando volvió a la cocina, me dijo que me buscaban, así que me levanté y me dirigí a la puerta. Cuando la abrí, era Lina.

—Hola, Tomás.

—Lina, ¿por qué no me avisaste que venías?

—Quería darte una sorpresa.

—Bueno, igual mucho no entiendo. Pasá, hablamos adentro.

—No, no, quiero hablar acá. Por favor.

—Bueno, te escucho. ¿Qué pasó?

—Leí tu carta...

—Ah, y... ¿te gustó?

—Ja, ja, sí, obvio que me gustó. Pero sentí que es mi momento de ser valiente.

—Lina, vos siempre fuiste valiente en nuestra relación, siempre tuviste claro lo que querías.

—Sí, pero esta es otra etapa de nuestra relación. Donde sentí miedo y quiero transformar estos miedos en valentía, en valentía de mis sueños.

—Decímelo, Lina, vamos a estar bien.

En ese momento, sus ojos se tiñeron de pequeñas lágrimas.

—Tomás, acepté la beca, me voy a ir.

—Lo sé, Lina, lo supe desde el primer momento en que me diste la noticia. Por eso me dolió, me enojé y quise estar solo unos días.

—Pero quiero que sepas que no es porque no te ame.

Y se largó a llorar. No quería verla así, la abracé tan fuerte como pude.

—Lo sé, Lina, yo sé que me amás, yo también te amo.

—Quisiera que sea distinto, pero no se puede. Hablé en el laboratorio, pero no me dan a elegir

entre más opciones. Es mi sueño, no sé cuándo voy a tener otra oportunidad como esta, pero tampoco te quiero perder.

—Es que no me vas a perder. Nosotros ya nos encontramos, nos miramos, nos elegimos. Nos amamos. —En ese momento, acaricié su rostro—. Lina, el tiempo es bueno cuando la espera es buena, y yo te voy a esperar, pero sabiendo que las cosas pueden cambiar. Ahora solo quiero disfrutar el tiempo que nos queda juntos para tener muchos más recuerdos que me hagan sonreír cuando te extrañe o te recuerde. ¿Cuándo te vas?

Lina secó sus lágrimas.

—Dentro de dos meses.

—Bueno, entonces, ¿qué te parece si empezamos a vivir de la mejor manera estos dos meses para que nuestros corazones se queden cargados de toda nuestra magia?

—¿Podés mirar el cielo? —Ambos miramos y vimos las estrellas—. Esas son las estrellas que me escribiste en tu carta. Cuando esté en Barcelona, miraré esas mismas estrellas...

—Y yo miraré esas mismas estrellas desde acá.

—Y todas esas estrellas titilarán un mismo sentimiento.

—¡AMOR!

Sonreímos, nos abrazamos y luego nos besamos. Permanecemos un rato abrazados mirando el cielo. Después acompañé a Lina hasta su casa y empezamos a disfrutar ese tiempo que nos quedaba juntos.

Siempre serás mi infinito

Quedaban pocos días para que Lina viajara. Con los chicos decidimos hacerle una fiesta para desearle éxitos después del partido. Muchas personas colaboraron, hasta gente del colegio. Realizamos la fiesta en la casa del Pupi. Malena hizo un cuaderno para que todos firmáramos y entregárselo a Lina. Fue una fiesta sorpresa; Lina no sabía que era para ella, pensaba que era una fiesta más. Y, cuando llegó y todos gritamos: “¡Sorpresa, Lina!”, se emocionó, no se lo esperaba. Luego, Malena dijo unas palabras muy emotivas y sentidas donde remarcaba la gran persona que era Lina y todo el cariño que le tenía. Después de eso, comenzó la fiesta. Comimos, cantamos y bailamos hasta el amanecer.

A la mañana siguiente, limpiamos la casa del Pupi. Entre todos ayudamos y vimos algunos de los regalos que le habían traído a Lina: había relojes, anotadores, pulseras, cadenas, delantales, lapiceras, cuadernos. De todo un poco. Algunas cosas las dejamos en su departamento. Malena se iba a encargar de cuidarlo durante el tiempo en que no estuviera Lina, y yo me iba a ocupar del pago de los impuestos.

La noche antes de viajar, salimos a cenar Lina, Malena y yo. Lina quería una cena de los tres. Fue muy emotiva esa cena. No hablamos de su viaje, sino de las cosas que habíamos pasado desde que nos habíamos conocido. Nos reímos y alguna que otra lágrima hizo su presencia durante la charla, pero siempre mantuvimos ese sentimiento de felicidad.

Esa noche me quedé con Lina en su departamento. Ordenamos las últimas cajas y nos fuimos a dormir. Nos miramos hasta que Lina se durmió. Quería contemplarla dormir, acariciar su rostro y ver cómo se dibujaba una sonrisa al saber que el cariño que recibía era el mío. Al pasar unos minutos, me dormí yo también.

Cuando sonó la alarma, nos levantamos, tomamos unos mates. Mientras esperábamos el remis, nos sentamos en el sillón y nos abrazamos; no emitimos sonidos, solamente nos concentramos en sentir el calor de cada uno. En un momento, cuando nos estábamos durmiendo, sonó el timbre. Lina atendió y era el remis, así que tomamos sus cosas y bajamos.

Cuando llegamos al aeroparque, nos esperaban los papás de Lina, Malena, Noe, Tati, Kevin y Javi. Los papás de Lina ayudaron con unos bolsos, y con los chicos llevábamos las cajas. Lina y las chicas fueron a hacer el *check in*. Luego de eso, subimos y esperamos hasta que fuera la hora de embarcar de Lina. Ella hablaba con sus papás y las chicas, mientras que yo estaba con los chicos...

—¿Cómo estás, hermano? —preguntó Kevin.

—Solamente sé que estoy, hermano. En este momento, no tengo ganas de pensar en cómo estoy —respondí con cierta tristeza.

—Es entendible —agregó Javi.

—Gracias por venir —respondí.

—Todo bien, Tomás, es obvio que íbamos a estar en este momento con vos —dijo Kevin.

—Y sí. Después de acá ¿tenés ganas de que vayamos a comer por ahí? —preguntó Javi.

—Sí, así no pienso, estoy nervioso—respondí.

—No es para menos. Pero, bueno, acá estamos nosotros para acompañarte —contestó Kevin mientras me daba unas palmadas en los hombros.

En ese momento, hablaron por el altavoz: “Se les informa a los pasajeros del vuelo N.º 823 con destino a la ciudad de Barcelona que pueden empezar a embarcar. Muchas gracias”. Cuando terminó, el corazón me empezó a latir a mil. Lina comenzó a despedirse de su familia; luego, de Tati y Noe. Los chicos se acercaron y la saludaron. Yo me quedé sentado viendo como Lina se despedía de Malena. Ambas lloraban y se abrazaban, y juntaron sus dedos meñiques, tal cual como las había visto la primera vez, antes de empezar a jugar en la cancha. Luego, Lina me miró, así que no me quedó otra que enfrentar el momento. Me levanté y me dirigí hasta ella. Cuando nos tuvimos frente a frente, todo lo demás se borró, éramos solo ella y yo.

—Te voy a amar toda la vida, te deseo lo mejor y que brilles. Siempre voy a estar muy feliz de saber que soy parte de este sueño tuyo porque gracias a eso nos conocimos.

—Yo también te voy a amar toda la vida, Tomás. Sos el amor más puro y sano que tengo. Mirá, te escribí una carta, no podía faltar la mía.

Tomé la carta y volví a mirarla.

—Gracias, la voy a leer. No sé cuándo, pero la voy a leer.

—Lo sé, ¿me das esos abrazos fuertes, así me puedo ir?

Nos abrazamos, cerramos los ojos y nos besamos como si fuera la primera vez, y luego Lina pasó la puerta de embarque. Pude sentir la palma de Kevin en mi hombro y las palmas de Javi en mi espalda; al rato, sin darme cuenta, tenía a Tati y a Noe abrazándome. Me quedé un rato observando la puerta de embarque hasta que Malena me dijo: “Nos tenemos que ir si queremos ver cómo sale el avión. —La miré y agregó—: Va a ser bueno para los dos, prefiero ver cómo se va el avión antes que quedarme con la imagen de una puerta azul”.

Todos nos dirigimos hacia los vidrios grandes. Podía ver el avión donde estaba Lina, podía sentirla. Cuando el avión empezó a andar por la pista, tenía ganas de salir corriendo para detenerlo, pero sabía que no podía hacerlo, así que me preparé para verlo partir. Cuando sucedió eso, vibró mi celular y, al mirarlo, era un mensaje de Lina que decía: “Te amo, siempre serás mi infinito”, a lo cual respondí de la misma manera: “Yo también te amo y siempre serás mi infinito”. Así se fue Lina, volando tras sus sueños, tras sus anhelos, tras lo que era ella. Con los chicos nos fuimos a comer y pasar el día...

Amar también es crecer

Pasaron dos semanas desde que se fue Lina. Fueron días duros. Solo hablamos una sola vez. Mis amigos están muy presentes y mi familia también. En el colegio, cuando me ven con los ánimos de más a menos, me animan, sobre todo, la señorita Peñalba. En casa la que más está atenta es mi abuela, siempre está con sus palabras y sus chistes para hacerme reír.

Una tarde después de jugar a la pelota, volví a mi casa para darme un baño y luego salir con los chicos. Mientras buscaba unas hojas en mi escritorio, sentí que se cayó un papel. Cuando lo levanté, me di cuenta de que era la carta que me había dado Lina antes de irse. Me senté en mi cama y, antes de abrirla, pensé. Me quedé en silencio y me pregunté: “¿Cuánto tiempo más voy a tener esta carta sin abrir?”. Tomé valor y la leí...

De todas las cartas que te di, esta es la más cargada de sentimientos que pude escribir. Tomás, llegaste a mi vida de la forma más inesperada de todas y, sin darme cuenta, de un “Te quiero” pasó a un “Te amo”. Y sabés todo lo que te amo, sos el ser más hermoso y bueno que pudo haberme dado la vida. Compañero, cariñoso, valiente y soñador. Sí, soñador porque vos también cumplís tus sueños, también tenés tus objetivos, tus motivos en el mundo. Tenés una familia hermosa y a unos amigos de fierro que te acompañan; tenés los sábados de fútbol, donde agradecerés a tu rodilla por darte la chance de disfrutar de un partido más. Y, para tener una rodilla tan compañera, hace falta un gran corazón, y vos lo tenés. Sos luz, amor, paz, tranquilidad, escucha y sostén. Quisiera que siempre lo tengas presente, sobre todo, en este tiempo.

Gracias por acompañarme y enseñarme tanto en este tiempo, es mágico todo lo que vivimos, y esta experiencia también lo será. Vos mismo me lo recordaste aquella noche en donde te invité a ver las estrellas: “El tiempo lo vale cuando la espera es buena”. Y quiero decirte que sos el tiempo más dulce, puro y verdadero que puedo sentir. Haberte encontrado es una gran experiencia de amor, respeto, compañerismo y aventuras. Te amo con todo mi corazón. Sos mi inspiración más bonita. Sos mi sonrisa más verdadera. Sos mi infinito máspreciado. Sos la fiel muestra de que el amor es sano y que, cuando ama, ama de verdad, tanto que deja volar. Sos libertad, cariño, lentos de bailes, cartas leídas. Gracias por ser como sos; gracias por tus abrazos, por tus besos, por tus palabras. Sos la fiel muestra de que el amor también es crecer.

Te amo, Tomás, sigamos disfrutando y miremos al cielo mientras las estrellas brillen, porque ese será el momento donde más nos sentiremos. Te amo feliz, con tus amigos, con tus partidos de fútbol, con tus charlas con tu abuela. Te amo tal cual sos.

Con mucho cariño y amor,

Lina

Una vez que terminé de leer la carta de Lina, pensé: “En la vida hay personas y personas, algunas se van y otras se quedan en el corazón, pero hay algo que es seguro: te enseñan. Somos grandes maestros y muchas veces ni nos damos cuenta”.

Me cambié y, al salir de mi casa, estaban mis amigos: Kevin, Javi, Tati, Noe y Malena. Los miré y pude ver que ellos también son todo lo que soy. Contemplé el cielo y vi las estrellas, sonreí y sentí a Lina. Saludé a los chicos y, mientras íbamos camino a la fiesta, nos reíamos, cantábamos y recordé las palabras de Lina: “Amar también es crecer”. Ella también es la fiel muestra de eso y, sobre todo, soy un afortunado de saber que existe, que está en mi presente. Soy un agradecido de la vida por aprender a amar a su lado.

Agradecimientos

Es mi primera novela, disfruté mucho hacerla porque me acompañó en momentos importantes de mi presente. Sin duda, Lina y Tomás son personajes importantes en mi vida, me dieron lugar para expresar mi sentir y liberar cosas que antes no me animaba. Cada personaje tiene una luz especial.

Quiero agradecer a todas las personas que me apoyaron, que me brindaron sus buenos deseos y su buena onda. Y, sobre todo, a los que creyeron en mí. Para mí es importante tener gente que sean grandes espejos en la vida de uno, donde poder mirarse y saber que te quieren tal cual sos y que están para ayudarte a crecer y a mejorar. Gracias a cada canción y a los momentos de silencio que me acompañaron mientras escribía.

Aprendiendo a amar a tu lado es una novela que te permite sumergirte en tus sentimientos más profundos. Espero que la disfruten tanto como yo disfruté escribirla. ¡Gracias por leerla!

Índice

[CAPÍTULO 1](#)

[Yo Pág. 13](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[Los pibes Pág. 15](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[El clásico de los sábados Pág. 21](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[Resaca Pág. 33](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[Buenos días, profesor Greco Pág. 39](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[Abuelos Pág. 47](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[Chicos y chicas, ¡a jugar! Pág. 51](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[La previa Pág. 61](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[Fiesta “Exalumnos del colegio N.º 823” Pág. 63](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[Posfiesta Pág. 75](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[Una charla en la plaza Pág. 81](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[No estoy raro, me “siento” distinto Pág. 87](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[Helado de menta granizada Pág. 91](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[“Me gustás” Pág. 103](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[Una charla entre amigos Pág. 111](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[Algunas verdades Pág. 121](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[Recordar el pasado Pág. 133](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[Una charla con amigas Pág. 145](#)

[CAPÍTULO 19](#)

["Te amo" Pág. 153](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[Creciendo a tu lado Pág. 165](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[Sueños que se asoman Pág. 169](#)

[CAPÍTULO 22](#)

["Era demasiado bueno para ser verdad" Pág. 179](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[Una carta para Lina Pág. 189](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[Siempre serás mi infinito Pág. 195](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[Amar también es crecer Pág. 199](#)

[Agradecimientos Pág. 203](#)

Dale
la oportunidad
a un novel

Conocé más sobre esta obra en
www.tintalibre.com.ar
o escaneando el código.



Este libro se terminó de imprimir
en marzo de 2024
Córdoba - Argentina

www.tintalibre.com.ar
info@tintalibre.com.ar
+54 351 3581899

